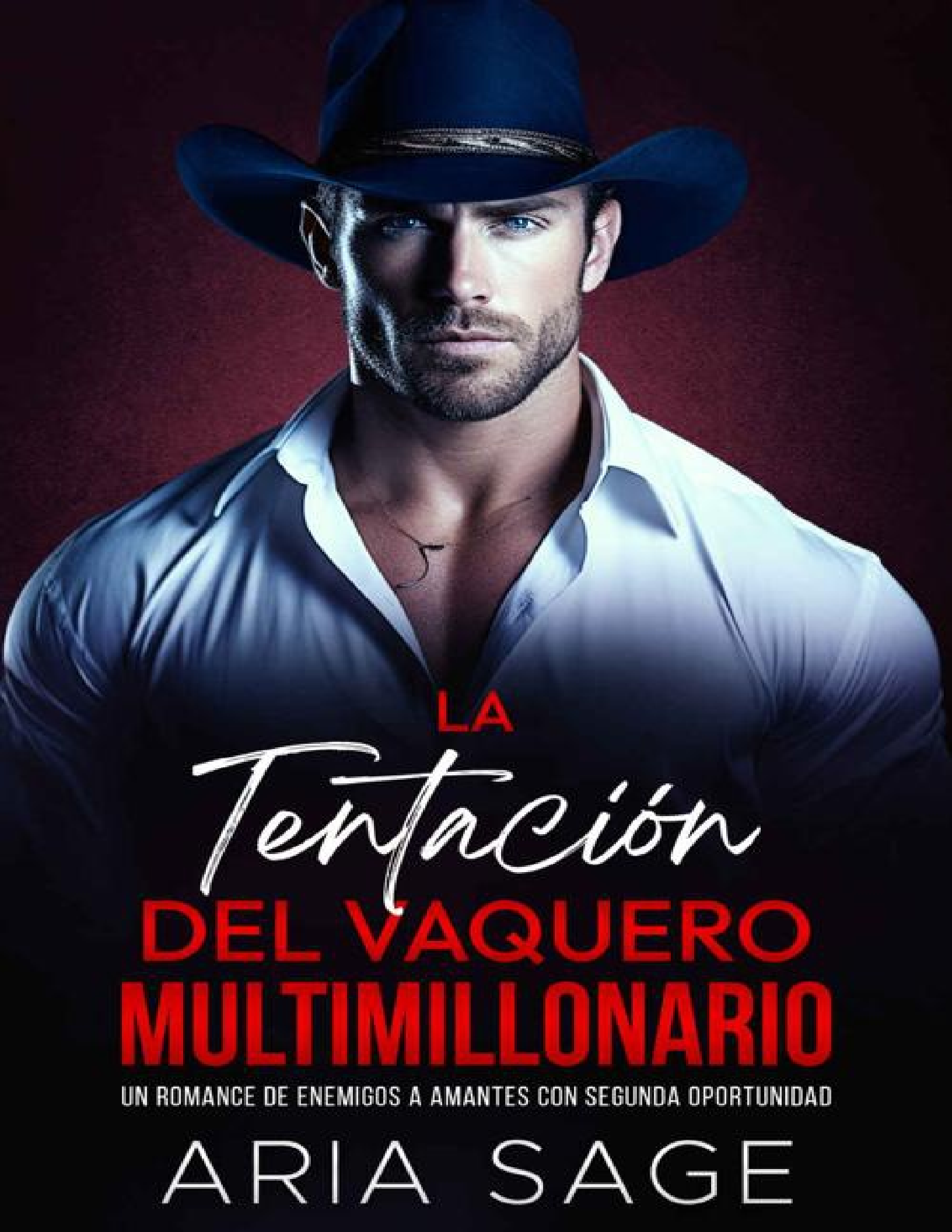


# LA Tentación DEL VAQUERO MULTIMILLONARIO

UN ROMANCE DE ENEMIGOS A AMANTES CON SEGUNDA OPORTUNIDAD

ARIA SAGE

# La Tentación del Vaquero Multimillonario

Un Romance de Enemigos a Amantes con Segunda Oportunidad

Aria Sage

Copyright © 2024 por Aria Sage

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

# Contenido

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. EPÍLOGO

26. Vista Previa

# Capítulo 1

*Amelia*

"Damas y caballeros, bienvenidos al Aeropuerto Internacional de Jackson. Acabamos de llegar de nuestro vuelo procedente de Nueva York..."

Suspiré aliviada cuando los anuncios resonaron en la terminal del aeropuerto. Los pasajeros empezaron a abandonar sus asientos y una corriente de gente entró en el pasillo principal a toda prisa. Mientras abandonaba mi asiento y me unía a ellos, me pregunté brevemente si alguna de estas personas estaba aquí por motivos laborales, como yo.

Era un vuelo matutino de Nueva York a Jackson, y no veía por qué alguien lo tomaría de no ser por motivos laborales.

Al bajar del avión, me sentí atrapada entre el cansancio y la emoción. El bullicio del aeropuerto me envolvía, con viajeros apresurados y el incesante eco de los anuncios. Todo era un torbellino de luces y sonidos que resonaban en mi cabeza. Sin perder tiempo, me dirigí a la zona de entrega de equipajes para recoger el mío.

Mientras caminaba por el aeropuerto con mi gran maleta, no podía dejar de preguntarme si mi instinto había acertado. Durante todo el vuelo, mis sentimientos estaban divididos acerca de la decisión que había tomado.

La razón por la que estaba en Jackson a esa hora era mi trabajo. La empresa de ingeniería para la que trabajo, donde soy ingeniera residente y Gerente de Proyectos, anunció el verano pasado que planeaba expandirse a Wyoming. Vi en esto una gran oportunidad y decidí aprovecharla para supervisar el desarrollo de un proyecto en un rancho de la zona. Este proyecto, que duraría seis meses, me asustaba un poco por ser algo nuevo, pero lo veía como una oportunidad para ampliar mi red de contactos y crecer profesionalmente.

También ayudó que Melody, mi antigua amiga íntima de la universidad, residía en Jackson. Cuando le había informado de mi visita, se había mostrado más que encantada de ofrecerme ayuda con el alojamiento.

Así pues, allí estaba yo, dejando Nueva York, la ciudad donde había vivido la mayor parte de mi vida adulta, por Jackson, una pequeña ciudad de Wyoming.

Me encantaba mi trabajo. Según los que me rodeaban, era una adicta al trabajo, pero no me importaba. Ser Gerente de Proyectos e ingeniera residente me permitía combinar mi pasión por la ingeniería con mi inclinación natural por la organización y el liderazgo. Me gustaba la responsabilidad de supervisar todo un proyecto, desde su concepción hasta su finalización. Además, yo disfrutaba de la sensación de logro que me producía terminar un nuevo proyecto desafiante.

Así que ahora, mientras estaba en el Aeropuerto Internacional de Jackson, no podía evitar que una sensación de emoción corriera por mis venas.

Aprovechar esta oportunidad fue una decisión impulsiva. Hice algunos cálculos rápidos en mi mente: tenía una amiga en Jackson, lo que significaba que contaría con alguien para ayudarme a integrarme en la ciudad. Además, ya tenía el alojamiento asegurado, así que pensé que todo estaba bajo control.

Pero ahora que empezaba a darme cuenta de la realidad, me di cuenta de que había dado un gran paso.

Había aceptado lo desconocido y había salido de mi zona de confort.

Era aterrador, pero me sentía feliz.

Sabía que había abierto las puertas a muchas oportunidades y experiencias nuevas. Así que, con una sonrisa en la cara y el corazón lleno de gratitud, recogí mis pertenencias y empecé a dirigirme hacia la salida.

Sacar todo mi equipaje yo sola no resultó una tarea fácil. Quizá había empaquetado demasiado en mi entusiasmo por una estancia de seis meses.

Busqué el móvil en el bolso cuando vibró en mi bolsillo. Lo saqué y lo encendí. Era un mensaje de Melody.

*¡Bienvenida! Estoy ansiosa por verte. Lamentablemente, ha surgido un imprevisto y no podré ir a recogerte. Luke estará allí en mi lugar. Le mostré tu foto, así que te estará esperando para llevarte a casa.*

Suspiré.

Esto era un fastidio. Tenía muchas ganas de verla después de tanto tiempo, y no estaba segura de estar de humor para que Luke me recogiera. Luke era uno de los hermanos mayores de Melody, el callado y raro. Melody casi nunca hablaba de él cuando estábamos en el colegio, y él tampoco venía de visita. Nunca habíamos tenido una conversación real, a pesar de que había sido amiga de Melody durante años y conocía bien a su familia.

¿No podía haber enviado a alguien más? ¿Tenía que ser Luke?

Supongo que no tenía otra opción. Aunque me decepcionó un poco, me recordé que solo era un viaje. Podía soportar un trayecto incómodo. Además, no quería parecer desagradecida, porque no lo estaba. Que Melody se emocionara al aceptarme fue un gran alivio, y agradecí su gesto amable.

Mientras me acercaba a la sala de espera cerca de la salida del aeropuerto, miré a mi alrededor en busca de alguna pancarta con mi nombre. Al forzar la vista para leer una de las pancartas, choqué contra un muro de ladrillos

Pero no era un muro de ladrillos, sino un hombre alto y musculoso. Mi boca se secó y, al levantar lentamente la vista hacia su rostro, tragué saliva.

¡Era realmente imponente!

Sus intensos ojos azules se fijaron en mí. Tenía la piel muy bronceada, una nariz casi perfecta y una mandíbula fuerte cubierta de una barba negra. Sus labios eran carnosos y rosados.

“¿Amelia?”, exclamó con su tono de voz profundo.

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar.

Cuando observé detenidamente el rostro del desconocido, me di cuenta.

Era Luke.

¿Era Luke? ¿Qué le había pasado? Maldita sea, era un dios hecho realidad.

Mi corazón latía con fuerza y sentía un nudo en la garganta.

“Te traeré la bolsa”, dijo Luke, con una sonrisa radiante mientras tomaba la bolsa. “Vamos. He aparcado en este nivel”.

Lo seguí en silencio, incapaz de articular palabra. El hombre que caminaba a mi lado era completamente diferente del extraño que había conocido en la universidad.

Mientras lo seguía, no podía evitar asombrarme. Me tomé mi tiempo para apreciar su complexión musculosa y su estatura imponente. Era el prototipo de vaquero, pero con un sentido de la moda impecable.

Llevaba unos vaqueros ajustados de un azul intenso que acentuaban su aspecto rudo. Los vaqueros se asentaban con elegancia sobre sus botas de cuero marrón, ligeramente desgastadas

pero aún elegantes. Su torso estaba cubierto por una camisa blanca abotonada, con las mangas remangadas que dejaban ver sus robustos antebrazos.

Encima, llevaba un sombrero de vaquero bien usado. La forma y los pliegues del sombrero acentuaban su rostro robusto y atractivo, enmarcando sus penetrantes ojos azules.

Él caminaba con un aire de tranquila confianza, sorteando con facilidad a las numerosas personas que pasaban a nuestro lado. Sus pasos eran largos, lo que me hizo esforzarme por seguirle.

Rápidamente volví a mirarle a la cara. Tenía la mandíbula apretada, pero su rostro no mostraba ninguna expresión. Parecía que recogerme no era más que otra tarea que tenía que realizar. Otra tarea molesta.

Exhalé un profundo suspiro.

*No concluyas todavía*, dijo una parte de mí, pero era difícil no hacerlo.

Ni siquiera me preguntó cómo me fue en el vuelo, ni si me gustaba la ciudad. No se molestó en entablar una conversación trivial.

*A lo mejor es que no es muy sociable, repliqué. Y yo tampoco he sido muy amistosa. Ni siquiera le saludé.*

Así que decidí que tendría que tomar la iniciativa.

Pero cuando abrí la boca para hablar, en su lugar se me escapó un suave jadeo ante la visión que tenía a mi lado.

Trent, mi exnovio, había estado obsesionado con los coches, lo que me permitió identificar el Jeep Wrangler de Luke, uno de los favoritos de Trent. Ahora sé por qué le encantaba. El coche era lujoso, con bordes afilados y un exterior negro brillante.

Luke abrió la puerta del asiento del copiloto antes de moverse para meter mi equipaje en el maletero. Subí mientras el olor a cuero nuevo me llenaba los pulmones. Admiré en silencio el interior de cuero negro de primera calidad del coche, con un elegante metal plateado que le daba un toque lujoso.

La puerta del conductor se abrió y Luke entró en el coche antes de cerrarla de golpe.

“Tienes un coche muy bonito”, le dije en un intento de iniciar una conversación. Capté una sonrisa en sus labios, pero desapareció demasiado rápido.

“Gracias,” dijo secamente. Giró la llave y el coche arrancó. Mientras el vehículo se alejaba de la entrada, me esforzaba por encontrar algo más que decir.

“¿Es nuevo tu coche? Parece nuevo”.

“Sí, es nuevo”, respondió, y luego me sorprendió preguntando: “¿Te interesan los coches?”

“Eh... en realidad no. Pero mi ex estaba obsesionado...”, hice una mueca de dolor. Trent era un tema delicado para mí.

“Ah, vale”, dijo con indiferencia.

“Sí”.

Un silencio incómodo nos envolvió, haciéndome sentir incómoda e inquieta. ¿Por qué no podía ser normal y al menos fingir que le interesaba mantener una conversación conmigo?

Me aparté y miré por la ventanilla. Pasamos por las afueras de la ciudad, conduciendo entre colinas onduladas y montañas majestuosas.

Unos minutos después, estábamos en el centro de la ciudad. La calle principal bullía de vida mientras la gente paseaba por las aceras, siguiendo sus rutinas diarias. Cafés y tiendas se alineaban a lo largo de la calle, creando un ambiente colorido y acogedor.

Mi mente volvió a Trent, y eso no ayudó a mejorar mi estado de ánimo. Solíamos reírnos y hablar de todo. Yo le escuchaba cuando hablaba de las cosas que le gustaban, como los coches y los deportes, y él me escuchaba a mí cuando yo divagaba sobre mi trabajo y mis pasiones. Es decir, hasta que dejó de escucharme, dejó de prestarme atención por completo.

*No pensaré más en ese imbécil manipulador*, me recordé a mí misma.

Sabía que lo había superado, pero a veces, pequeñas cosas como ésta me recordaban el tiempo que compartimos.

Nos detuvimos ante un semáforo y eché un vistazo a los pocos coches que circulaban.

“Aquí las carreteras son tan libres, a diferencia de Nueva York”, observé. Me encantaba vivir en la ciudad, pero el inconveniente de vivir en un lugar como Nueva York eran los habituales atascos.

“Hmm”, murmuró Luke.

Exhalé y volví a apartar la mirada ante su indiferencia, fijándola fuera de la ventana.

La sensación de opresión en el pecho empezó a aliviarse un poco al pensar en trabajar aquí, en esta pequeña y lenta ciudad. La sencillez de este lugar era un agradable contraste con el ajetreo y el bullicio de la vida en la ciudad.

Me pregunté brevemente cómo sería vivir en el rancho. Mi imaginación conjuró diferentes escenarios, y me mordí el labio para contener mi emoción. En todos mis años de trabajo en la construcción, nunca había estado en un rancho. Era una experiencia totalmente nueva, que me entusiasmaba.

También me hacía ilusión ver a Melody. Después de la universidad, ella volvió a vivir aquí, y yo conseguí inmediatamente un trabajo en la compañía donde había hecho prácticas. Eso

significó que me mudara a Nueva York y que no volviera a ver a mi amiga durante años. Seguíamos en contacto, gracias a las redes sociales, pero no era nada comparado con pasar tiempo juntas. Por suerte, ésta también era una nueva oportunidad para ponerme al día con ella.

Me volví hacia el hombre sentado a mi lado y, de nuevo, me sorprendió lo guapo que era. Su mandíbula cincelada estaba cubierta por una ligera barba, y me pregunté brevemente qué sentiría al pasar la mano por ella.

Intenté leer la expresión de su rostro, pero estaba inexpresivo. Se había quitado el sombrero de vaquero, dejando al descubierto una masa de pelo oscuro y ondulado. Lo tenía un poco largo y necesitaba un corte de pelo, pero aun así conseguía parecer sexy.

Como si fuera una señal, se pasó la mano por los mechones oscuros, echando hacia atrás los mechones de pelo que enmarcaban su rostro esculpido. No sabía cómo un gesto tan sencillo podía resultar tan sexy.

“Tal vez quiera tomarte una foto con la forma en que me miras”.

Mis mejillas se calentaron de inmediato.

¡Qué hombre más grosero!

“No seas tan presumido”, fue mi débil respuesta. Estaba demasiado aturdida para pensar en algo más potente que eso. Le oí reírse y odié la forma en que el sonido me derretía por dentro.

“No era yo la que miraba fijamente”.

Tragando saliva, me aparté de él.

El aire estaba cargado de un silencio incómodo. Inconscientemente le lancé otra mirada, pero su mirada estaba fija en la carretera, sin prestarme atención.

Me moría de ganas de que llegáramos a nuestro destino. El aire del coche era casi asfixiante. Gruñí para mis adentros, dándome cuenta de que tendría que seguir con la cháchara hasta que llegáramos a casa.

# Capítulo 2

*Luke*

No seas tan presumido.

Me burlé por dentro mientras sus palabras resonaban una y otra vez en mi mente. Apreté las manos contra el volante y fijé la vista en la carretera, intentando ignorar a la mujer que estaba a mi lado. Era casi imposible, sobre todo porque su aroma impregnaba todo el coche.

Y justo cuando pensaba que no diría nada más, comenzó a hablar de nuevo.

"¿A qué te dedicas?"

"Dirijo el rancho", respondí con sencillez. ¿Qué más podía decirle para que entendiera que no me interesaba mantener una conversación?

"Me lo imaginaba, dado el traje de vaquero".

Así que había notado mi atuendo. ¿Ahora le gustaban los vaqueros?

¿Y desde cuándo me importaban esas cosas? Llevaba menos de veinte minutos con ella en el coche y ya me hacía querer saber más sobre ella. Lo único que yo sabía era que ella era la mejor amiga de Melody de la universidad, y eso era todo.

Cuando me topé con ella en el aeropuerto, sentí como si se me cortara la respiración. Era despampanante, de una forma que hacía que nunca quisieras apartar la mirada de ella. Todo en ella era perfecto. Su largo pelo castaño le caía por los hombros en suaves ondas, enmarcando su rostro ovalado. Sus ojos color avellana eran redondos y grandes. Tenía la nariz recta en el centro de la cara y los labios carnosos y rosados.

Mis ojos recorrieron rápidamente su cuerpo y, aunque sólo llevaba un sencillo vestido negro, pude ver el contorno de sus curvas por la forma en que el vestido se ceñía a su piel. Era hermosa, fácilmente la mujer más hermosa que había visto nunca. Había necesitado mucha fuerza de voluntad para apartar los ojos de ella.

Ahora, varios minutos después, no podía sacármela de la cabeza. Imaginé brevemente cómo sería tenerla entre mis sábanas.

Apreté la mandíbula. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, y no estaba seguro de querer complicarme la vida con ella. Tenía una hija a quien cuidar y un rancho que dirigir. No tenía tiempo para distracciones, ni para relaciones.

Ni siquiera para el amor.

Un sentimiento amargo me envolvió el pecho mientras ajustaba el aire acondicionado, tratando de distraerme. Necesitaba sacármela de la cabeza.

“Entonces, ¿qué hacen exactamente los vaqueros? Sí, ya sé que diriges el rancho”, preguntó de nuevo, con los ojos en blanco.

Gruñí para mis adentros. ¿ Acaso no sabía cuándo parar? ¿O lo hacía a propósito? Creí que era lo segundo, porque era imposible que no supiera que no me interesaba la conversación.

“Tienes un teléfono. Búscalo en Google”.

Se rio entre dientes, y me di cuenta de que me gustaba el sonido de su risa. Me pregunté cómo sería escucharla reír en persona. Desafortunadamente, no creo que eso suceda, porque no tenía intención de ser su amigo ni de mantener ninguna conversación. Me hacía sentir que no controlaba mis emociones, y eso no me gustaba.

“Touché”, dijo en voz baja.

El coche volvió a sumirse en un incómodo silencio. Sabía que estaba siendo un imbécil, pero era lo mejor. Sería más fácil ignorarla si ambos nos odiáramos a muerte.

Mis manos volvieron a apretar el volante mientras recorría las carreteras familiares de camino a casa. El motor zumbaba debajo de mí, y las suaves vibraciones reverberaban en el coche, creando un ritmo reconfortante.

“¿Ustedes se criaron aquí, en Jackson?”, preguntó con curiosidad en su tono.

Desde mi visión periférica, la vi mirando por la ventanilla, admirando la vista de la ciudad.

“Sí”, respondí.

“Es genial”, exclamó.

Aunque no lo dijo, pude ver la felicidad y emoción en su rostro. Por alguna razón, eso me molestó.

Jackson era mi hogar y el rancho mi santuario. Siempre había amado y apreciado mi vida tranquila en el rancho, lejos del ruido. Pero con Amelia aquí y las obras en curso, sentía que mi espacio se invadía, y eso no me gustaba. Solamente acepté el desarrollo del rancho porque sabía que me reportaría más beneficios y expansión en el futuro.

Ya me costaba abrir mi casa a extraños, y Melody me había enfadado más al pedirme que recogiera a su amiga del aeropuerto. Haría cualquier cosa por Melody, por eso acepté hacer de chófer, aunque tenía mucho trabajo en mi oficina.

Afortunadamente, llegamos a las carreteras familiares de mi calle. Cuando mi coche se acercó a las puertas de la finca, los hombres de seguridad las abrieron. Intercambiamos saludos mientras me adentraba en el largo y sinuoso camino de entrada.

El aroma familiar del campo llenaba el aire, mezclándose con la suave brisa que susurraba entre los árboles. El paisaje se extendía ante nosotros, con vastos campos adornados con flores silvestres meciéndose al viento.

"Es precioso", jadeó Amelia, y por primera vez desde que nos conocimos, aprecié sus palabras. "Debes de estar orgulloso", agregó, y yo sonreí.

"Lo estoy".

El Rancho Callahan era un legado familiar que había pasado de generación en generación y que finalmente me había confiado mi padre. La belleza del terreno era el resultado del duro trabajo y la dedicación que habían dado forma a la tierra, el sudor y el trabajo que la habían transformado en el paraíso en que se había convertido. Recordé los diversos retos y obstáculos que había superado para llegar a donde estaba hoy el rancho.

Así que sí, estaba orgulloso.

Pasamos junto a graneros y un rebaño de vacas que pastaban en los campos. La casa principal se erguía en el corazón de la finca, una estructura gigantesca con un porche acogedor y grandes ventanales que invitaban a la luz del sol.

Aparqué el coche cerca de la casa principal, luego fui al maletero, saqué la maleta de Amelia y la llevé a la casa.

"Sígueme", dije.

Amelia caminó en silencio detrás de mí mientras entrábamos en la casa vacía. Eran poco más de mediodía, así que mi hija estaba en el colegio y las asistentas ya habían terminado sus tareas de la mañana. Le di a Amelia un momento para que explorara el salón antes de llevarla a la habitación de invitados donde se alojaría.

"Ésta es tu habitación", le anuncié, dejando su maleta en el suelo.

"Gracias", respondió.

"Para vivir aquí, hay algunas normas importantes que debes seguir".

Una expresión de curiosidad cruzó su rostro mientras enarcaba una ceja y me miraba.

“El desayuno, la comida y la cena son a las 7 de la mañana, a la 1 de la tarde y a las 7 de la noche, respectivamente. Debes bajar al comedor a la hora de las comidas. Si tienes alguna alergia, comunícaselo al cocinero para que pueda solucionarlo”.

“De acuerdo”, respondió en voz baja.

“No se permiten visitas. No hagas ruido. No se puede fumar ni beber”.

El semblante de Amelia cambió a una expresión grave y cruzó las manos. La acción empujó ligeramente su escote hacia arriba, dejando al descubierto la exuberante piel del escote de su vestido.

“No soy una adolescente”, dijo con tono firme. Apreté la mandíbula y me encogí de hombros.

“Mi casa, mis normas”. Ya podía ver cómo se sonrojaba de enojo, y me sorprendía lo atractiva que se veía cuando se enfadaba.

“Las puertas de la finca se cierran a las once de la noche, así que vuelve antes, a menos que tengas otro lugar donde dormir. Tengo una hija, así que no harás nada que la haga sentirse incómoda en su propia casa”.

Se quedó en silencio, esperando que terminara.

“Por último, no dejes tus cosas por la casa. Ya es suficiente con que estés aquí. No necesito recordatorios constantes de tu presencia. Evita las molestias innecesarias, quédate en tu habitación y, quién sabe, tal vez hasta me olvide de que hay una extraña en mi casa”.

Amelia soltó una risita amarga cuando terminé.

“¿Eso es todo, señor? ¿O debería llamarle amo?”

Casi sonrío ante sus palabras.

“No me van los juegos de rol contigo, *Pastelito*. Llámame Luke”.

Ella vaciló un momento, antes de que la ira volviera a arder en sus ojos.

“Me llamo Amelia”.

“Creo que *'Pastelito'* te queda mejor”, bromeé, disfrutando de su reacción.

“¡No me llames así!”, exclamó. “Me llamo Amelia. Y entiendo que no me quieras aquí. Está bien, y te pido disculpas si mi presencia te resulta molesta, pero no toleraré que me faltes al respeto”.

Su voz era firme y tranquila, casi excitante.

Iba a disfrutar con esto.

# Capítulo 3

*Amelia*

¿Cómo se atreve?

Nadie me había hablado nunca con tanto desprecio, y mucho menos alguien a quien acababa de conocer.

Me esforcé mucho por mantener un tono ecuánime al hablar, aunque aquel hombre no merecía ninguno de mis respetos, sobre todo porque se empeñaba en tratarme con tanto desprecio. Me inventé excusas por este tipo, *quizá no sea tan sociable, quizá sea introvertido*. ¿Pero qué recibí a cambio? Su comportamiento grosero y burlón.

Y tuvo el descaro de ponerme un apodo. ¿De verdad? ¿Quién se creía que era?

“En realidad, puedo hacer lo que me dé la gana”, respondió despreocupadamente, igual que había hecho durante todo el trayecto de vuelta a casa. “Ésta es mi casa”.

En ese momento me di cuenta de que había sido culpa mía. Debería haberme dado cuenta de que era un completo narcisista y no un chico introvertido y guapo. Le di el beneficio de la duda cuando no se lo merecía. Es mi culpa.

Se me desencajó la mandíbula mientras cerraba los puños, pensando en la forma perfecta de expresar mis pensamientos con palabras.

Abrí la boca para decirle lo que pensaba, pero me interrumpió un chillido.

“¡Amelia!” Me giré para ver a Melody acercándose a mí con la mayor de sus sonrisas.

“¡Mels!” chillé, yendo hacia ella y abrazándola por los hombros. Sonó su risa y toda la rabia que había sentido antes se esfumó rápidamente.

“¿Cómo has estado? ¿Y qué tal el vuelo? ”, preguntó Melody cuando por fin terminamos nuestro largo abrazo.

“Ya sabes cómo ha ido todo con el trabajo”, respondí a su primera pregunta. “Y mi vuelo estuvo bien, aunque deseé haber dormido lo suficiente anoche”.

Melody se rio entre dientes. “Recuerdo cómo odiabas los vuelos matutinos. Supongo que eso no ha cambiado”.

“No, no ha cambiado”.

“Volveré a mi despacho”, la voz nerviosa de Luke interrumpió nuestra conversación. Casi había olvidado que seguía en la habitación con nosotros.

“Gracias por tu ayuda, Luke”, dijo Melody con una sonrisa, y me sorprendió lo diferentes que eran entre sí.

Aparte de los magníficos rasgos de los Callahan, no había nada parecido en la forma de comportarse de ambas. Melody era una persona sinceramente agradable y alegre. Iluminaba todas las habitaciones en las que entraba y siempre estaba dispuesta a ayudar cuando alguien lo necesitaba. A diferencia de Luke, que era gruñón, arrogante, irrespetuoso, grosero, molesto...

¡Uf!

“No hay problema”, él murmuró, encogiendo sus hombros perfectamente esculpidos. Percibí su aroma masculino cuando se acercó y estampó un beso en la frente de su hermana.

Sin dedicarme una sola mirada, salió de la habitación.

Gracias a Dios, Melody no pareció notar ningún tipo de incomodidad entre su hermano y yo. En lugar de eso, cerró la puerta y tiró de mí hacia la cama.

“Vale. Tienes mucho que hablar. Necesito saber todo lo que ha pasado en tu vida”.

Solté una risita ante su emoción.

“Tú primero. Seguro que tienes mucho más que decir que yo”.

Ella se rio.

“¿Por dónde empiezo?”

Levanté los hombros. “Por donde quieras”.

“De acuerdo. Empecemos por lo más emocionante que me ha pasado últimamente”, hizo una pausa, y mi corazón empezó a latir más deprisa mientras esperaba a que hablara. Temía seriamente el momento en que me preguntara por él.

“¡Me han contratado para ser la diseñadora de moda de Luxora, la mayor marca de moda de Jackson!”, chilló con alegría.

“¡Dios mío, Melody!” La abracé de nuevo. “Estoy muy orgullosa de ti”.

Me retrotraje a nuestros días de universidad, cuando ella dudaba de que pudiera triunfar en la industria de la moda.

“Gracias”, resopló, y vi que sus ojos brillaban con lágrimas. “En realidad estaba reunida con un cliente muy importante, por eso no pude venir a recogerte”.

Su voz sonaba a disculpa, y la ignoré. “No pasa nada. Ya has hecho bastante ofreciéndome alojamiento”.

Sonrió.

“Espero que Luke no te haya causado ningún problema. A veces puede parecer antipático, pero es muy reservado”.

*Bueno...*

“Oh, no, no lo hizo”, la mentira surgió con facilidad. “Todo fue bien”.

Parecía satisfecha con mi respuesta. Hablamos un poco más de todo y de nada, poniéndonos al día de todos los años que habíamos pasado lejos el uno del otro.

“No puedo creer que casi se me olvidara preguntar. ¿Cómo está Trent?” Sentí que me invadía una oleada de pesada incomodidad cuando la conversación dio un giro no tan inesperado. Resurgieron recuerdos que había enterrado hacía tiempo y se me hundió el corazón.

Por supuesto, ella no sabía que Trent y yo habíamos terminado. No mucha gente lo sabía.

Trent y yo éramos la pareja ideal. Empezamos a salir meses antes de que yo entrara en la universidad, y mantuvimos una relación incluso después de graduarme. Todo el mundo pensaba que acabaríamos juntos, pero, por desgracia, no fue así.

“La verdad es que no lo sé. Nosotros... terminamos”.

Aunque intentó ocultar su sorpresa, pude verla en su cara.

“Lo siento mucho, Amelia”.

Forcé una risita.

“No pasa nada. Han pasado meses. Estoy bien”.

No era del todo cierto, pero tampoco era mentira.

Estaba superando lo de Trent. Claro que había veces en que me perdía en mis pensamientos y suspiraba por él, pero sólo ocurría en contadas ocasiones, o cuando me encontraba con algo que me recordaba a él.

El ambiente se volvió un poco sombrío y, por suerte, Melody se dio cuenta.

“Muy bien, dejaré que te instales”, dijo con su sonrisa habitual. “Debes de estar muy cansada, y yo aún tengo que volver al trabajo”.

“Muchas gracias, una vez más”, le dije.

Ella me dio un beso en la mejilla.

“Fue un placer”.

Solté un profundo suspiro cuando Melody salió de la habitación. Había sido un día muy largo, pero todavía no había terminado la tarde.

Me levanté de la cama y por fin pude ver la habitación. Era grande, demasiado para ser una habitación de invitados. Las paredes estaban pintadas en un relajante tono marfil, que proyectaba un ambiente cálido y acogedor por toda la habitación. Unas suaves cortinas enmarcaban los grandes ventanales, dejando que se filtrara la brillante luz del sol. La alfombra de felpa bajo mis pies era lujosa, y la habitación desprendía un aire de elegancia y comodidad.

El armario era grande, y lo agradecí. Había metido demasiada ropa en la maleta, y agradecía tener suficiente espacio en el armario.

Con otro suspiro, me lancé a deshacer las maletas.

Cuando terminé de deshacer las maletas, cargué con una bolsa mediana que contenía mis artículos de aseo y me dirigí al cuarto de baño. Al igual que la habitación principal, el cuarto de baño estaba impecable y casi reluciente. Abrí la bolsa y empecé a organizar mis artículos de aseo sobre la encimera y los armarios del baño, creando una ordenada exhibición.

Estaba agotada y somnolienta, así que me desnudé para darme una ducha rápida. Sin embargo, en lugar de eso, pasé largos minutos bajo el agua. No fue completamente mi culpa; había algo en ese baño que te invitaba a quedarte y dormir allí mismo.

Después de ducharme, me puse ropa de casa informal y me desplomé en la cama. Ya había pasado la hora de comer, así que programé la alarma del móvil para que me despertara por la noche. Cerré los ojos y pronto me quedé profundamente dormida.

***

“Ughh”, gemí, dándome la vuelta en la suave cama.

Mis ojos se abrieron lentamente, y me di cuenta de que afuera estaba oscuro. Me tomó unos segundos recordar dónde estaba. Me incorporé en la cama y solté un gran bostezo. Mi estómago rugió, recordándome lo hambrienta que estaba. Solo había tomado un café Frappuccino por la mañana antes de mi vuelo, y no había comido nada más en todo el día.

Agarré el móvil de la cama y miré la hora. Solté un suspiro al ver que ya eran las nueve de la noche. ¿Tendría que soportar el hambre hasta el día siguiente? Seguro que debía haber algo para comer o beber en algún lugar.

Al pensarlo, me di cuenta de lo seca que tenía la garganta. Levantando las piernas de la cama, salí a trompicones de la habitación. Recorrí la casa en busca de la cocina.

*Él se apresuró a darme las normas, pero ni siquiera me dio una vuelta por la casa, pensé con un resoplido.*

Finalmente, localicé la cocina y, de nuevo, me maravillé de lo grandiosa que era cada parte de esta casa. Cogí un vaso vacío y saqué una botella de agua del refrigerador.

Cuando empecé a engullir el agua, sonó mi teléfono en la silenciosa habitación.

Contesté rápidamente a la llamada sin comprobar quién era.

"Chica. No me has llamado ni enviado mensajes desde esta mañana. Estaba muy preocupado".

Suspiré al reconocer la voz de mi mejor amigo, Bobby.

"He estado muy ocupada y estresada. Acabo de despertarme de una siesta muy larga", dije riendo entre dientes.

"Te perdono", dijo rápidamente. "Ahora, cuéntame cómo te ha ido el viaje. No omitas ningún detalle".

Fruncí el ceño, preguntándome por qué parecía tan emocionado.

"Bueno, el vuelo fue como cualquier vuelo normal. Llegué al aeropuerto y Melody me envió un mensaje diciendo que no podían recogerme, así que vino su hermano en su lugar".

Bobby soltó un largo suspiro.

"¿Luke Callahan te recogió?"

Solté una risita al darme cuenta.

"Por favor, no me digas que lo has buscado en Google".

"Sólo encontré un artículo sobre él", resopló Bobby para defenderse.

Silencio.

"Vale, de acuerdo. Lo he buscado en Google".

Me reí entre dientes mientras continuaba.

"Sólo quería información sobre dónde iba a pasar seis meses mi mejor amiga, así que busqué en Google el rancho Callahan, y chica, ¡no sabía que Luke Callahan iba a estar tan guapo!"

Puse los ojos en blanco.

"No es tan guapo", mentí.

Por supuesto, Bobby no me creyó. Resopló.

"Sé lo que he visto, nena. Ese hombre es guapo. No sabía que aún existieran hombres guapos como él".

Odiaba que Bobby tuviera tanta razón. También odiaba que me hiciera imaginar la cara de Luke.

"Él es un completo idiota".

"Un idiota que puede conseguirlo en cualquier momento. Su carácter ni siquiera importa. Al menos tú puedes ver esa hermosa creación de Dios todos los días".

A pesar de mi enfado, seguí riendo entre dientes ante las palabras de Bobby.

“Por desgracia, él no opina lo mismo. Ni siquiera me quiere cerca”.

Bobby guardó silencio unos segundos antes de volver a hablar.

“¿Lo has supuesto o te lo ha dicho él?”

“No exactamente con esas palabras, pero básicamente insinuó que el hecho de que yo estuviera en su casa ya era suficiente problema para él, y ni hablar del hecho de tener que verme la cara con frecuencia”.

Me di cuenta de que me estaba volviendo la rabia. Me puse una mano en la cabeza y cerré los ojos.

“¿Qué?” Oí la sorprendida respuesta de Bobby a través del teléfono.

“Es odioso y totalmente arrogante. Es el peor ser que ha pisado la faz de la tierra. El tío es un completo idiota”.

Me reí y me serví otro vaso de agua.

“Es tan exasperante. Tenía ganas de darle un puñetazo en la cara...”

Mis palabras murieron en mis labios cuando Luke entró en la cocina.

***

# Capítulo 4

*Luke*

No he podido quitarme a Amelia de la cabeza en todo el día. Tras nuestra breve discusión de la tarde, volví a mi despacho para una reunión importante que tenía. Durante toda la reunión, lo único en lo que podía pensar era en cómo olía y en lo ardiente que parecía cuando se enfadaba. Imaginaba lo que sentiría al tocarla y sentir su piel contra la mía.

Para despejar mi mente, salí de mi despacho y me dirigí al campo para supervisar las distintas actividades que se llevaban a cabo. Comencé por el ganado, revisando primero las reses marcadas como enfermas antes de examinar al resto. Luego, me dirigí al granero para revisar los productos cosechados. Los trabajadores del granero se mostraron sorprendidos de verme, ya que había estado allí inspeccionándolo esa misma mañana.

Rápidamente inspeccioné el lugar, di algunas instrucciones y me marché. En una tarde normal, solía moverme por el rancho en un camión, pero hoy decidí caminar. Por alguna razón, pensé que caminar bajo el sol ardiente me ayudaría a alejar cualquier pensamiento sobre Amelia.

Lamentablemente, tampoco funcionó. Me preguntaba qué estaría haciendo, si le agradaba la habitación de invitados o si había sido demasiado duro con ella. También me preguntaba cómo se sentiría descansar en sus brazos después de un largo día de caminar y trabajar bajo el sol abrasador.

El día pasó lentamente, hasta que finalmente cayó la noche. Dejé lo que estaba haciendo y entré en la casa. Me pregunté si estaría en la sala, viendo uno de esos programas de telerrealidad que tanto gustaban a las mujeres, o si seguiría enfadada y se habría encerrado en su habitación.

Entré a la casa y me dirigí rápidamente a mi cuarto. Me quité la ropa y tomé una ducha larga. Cuando terminé de ducharme y cambiarme, ya era hora de cenar. Sentí una creciente expectación

dentro de mí y me di cuenta de que realmente quería volver a verla. Sabía que no debía sentirme así, pero no podía controlar mis pensamientos.

Salí de mi habitación y bajé las escaleras hacia el comedor. Milly me recibió con una gran sonrisa y un abrazo en cuanto entré.

“Hola, cariño. ¿Qué tal tu día?”

Milly comenzó a contarme todo lo que había pasado en el colegio. Mientras la escuchaba con atención, no pude evitar echar un vistazo a la puerta, esperando a que Amelia entrara en la habitación. La comida llegó con unos minutos de retraso, y me pregunté si Amelia habría prestado atención cuando le mencioné la hora en que normalmente servían la comida.

La mesa de la cena estaba vacía, sólo estábamos Milly y yo. Melody me había informado antes de salir hoy de que ella pasaría la noche en casa de su novio. La compañía de moda en la que trabajaba estaba al otro lado de la ciudad, un poco lejos del rancho. Como la casa de su novio estaba en esa zona, pasaba allí la mayor parte del tiempo. Pero eso no le impedía venir al rancho de vez en cuando.

Terminamos de cenar y Amelia seguía sin aparecer. Milly me había preguntado si había llegado la invitada que debía venir hoy.

“Sí. Está en la habitación de invitados”, le contesté.

Después de cenar, los dos fuimos a la sala a pasar un rato juntos. Vimos el programa de cocina favorito de Milly antes de darme cuenta de que se había quedado dormida. La llevé a su habitación, le di un beso de buenas noches y me fui a la mía.

***

Ahora estaba en mi cama, dando vueltas en la cama. No podía dormir ni siquiera después de haber intentado forzarme durante la última hora.

¿Por qué no había bajado a cenar? ¿Estaba enfadada conmigo? ¿Ya me odiaba?

Me pasé una mano por el cabello mientras emitía un leve gruñido. Me levanté de la cama, buscando algo que me distrajera. Me dirigí al cajón de la mesilla de noche y decidí revisar algunas fotos de bebé de Milly. Saqué el álbum del último cajón y comencé a pasar las páginas. Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras miraba sus fotos con esa sonrisa inocente.

Sin embargo, me detuve al encontrar una foto de Loretta sosteniendo a Milly en brazos y mirándome fijamente. Cerré el álbum de inmediato.

Salí de mi habitación, sintiendo una inquietud que no podía identificar. No sabía a dónde quería ir, pero necesitaba salir de allí.

Fui a la habitación de Milly para ver cómo estaba, como hacía casi todas las noches desde que nació. Se había convertido en una rutina de la que no podía deshacerme, y aunque sólo lo hiciera para asegurarme de que dormía bien, una parte de mí tenía miedo de que le pasara algo y yo no estuviera allí.

Empujé lentamente la puerta y sentí un nudo en el corazón al ver a Milly profundamente dormida en medio de la cama. Me reí al escuchar sus suaves ronquidos que llenaban la habitación. Tenía la boca ligeramente abierta, y me tentó la idea de tomarle una foto para bromear más tarde. Sin embargo, decidí no hacerlo y cerré la puerta con cuidado.

Mientras me dirigía al salón, pasé frente a la habitación de invitados y, en un instante, mi mente se llenó de pensamientos sobre Amelia. Me pregunté qué estaría haciendo, aunque era un poco absurdo, ya que ella estaba dormida.

Con la mandíbula apretada, seguí avanzando hacia el salón, quizás para ver una película o simplemente para distraerme con algo que me aburriera hasta dormir. Mis pasos se detuvieron al escuchar una voz débil que parecía provenir de la cocina.

Me volví hacia la cocina y, al acercarme, oí su inconfundible voz.

“...es un completo idiota”.

Ella se rio suavemente, y el sonido hizo algo en mi interior.

Llegué a la entrada de la cocina y vi que estaba hablando con alguien por teléfono. Me pregunté quién sería, y una extraña sensación me invadió por dentro.

Estaba celoso.

Probablemente era su amiga, sobre todo por la forma en que se reía.

Además, ¿por qué me importaba?

Cuando entré en la cocina, ella emitió un pequeño gemido antes de volver a hablar.

“Es tan exasperante. Tenía ganas de darle un puñetazo en la cara...”, sus palabras se interrumpieron cuando me vio entrar. Y por la forma en que abrió los ojos, supe que se refería a mí.

“Si quieres insultarme en mi propia casa, al menos hazlo donde no te pillen fácilmente”.

Vi que la ira cruzaba sus ojos mientras me miraba fijamente.

“Bobby, supongo que tendremos que hablar en otro momento”, dijo al teléfono antes de terminar la llamada.

¿Así que, después de todo, era un chico?

De repente me ardió el pecho de rabia.

“No te estaba insultando”.

“¿Ah, sí? ¿Así que no te acabo de oír?” Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, estaba caminando hacia ella. “No me mientas a la cara, *Pastelito*”, le dije bruscamente con un gruñido bajo. Ella retrocedió, intentando esquivarme, pero ya era demasiado tarde. Ya la había acorralado contra la pared.

La miré con desdén, esforzándome por mantener el enojo. Su olor invasivo llenó mis sentidos, dificultando mi concentración. Era casi imposible pensar con claridad mientras ella estaba cerca.

“¡Sí!”, ella dijo bruscamente. “Si hay alguien que me ha estado insultando todo el día, eres tú”.

Solté una risita sombría antes de acercarme a ella. Una expresión cruzó sus ojos y la reconocí como una mezcla de miedo... y algo más.

“Intentas intimidarme, pero no te tengo miedo”, dijo en voz baja, pero pude ver cómo su pecho subía y bajaba al respirar.

Su cálido aliento me ventiló la cara cuando me acerqué un centímetro más a ella, y me di cuenta de que yo quería más de eso.

“Si lo único que vas a hacer es hablar a mis espaldas, quizá no deberías quedarte en mi casa”.

Mi voz era baja y nivelada, y me esforzaba por no tocarla.

Un destello brilló en los ojos de Amelia mientras me miraba fijamente. Ella tragó saliva y yo no podía apartar la mirada de su cuello, imaginando cómo sería besarla allí.

“Volveré a mi habitación”, dijo, apartándose de la pared y tratando de pasar a mi lado. Antes de que pudiera pensarlo, la tomé del codo y la atraje hacia mí.

Un suave jadeo escapó de sus labios cuando la acerqué a mi pecho. Desde nuestra posición podía sentir sus duros pezones contra mi pecho, y fue entonces cuando me di cuenta de que podía arrancarle fácilmente el endeble camisón de su cuerpo.

Si ella me dejaba.

Sentí un cosquilleo en la piel y se me puso dura al instante, mientras sus ojos se oscurecían de deseo. Tenía muchas ganas de besarla.

Ella me enfurecía demasiado y, sin embargo, lo único que deseaba era lamer su piel y sentir su cuerpo contra el mío.

“¡Joder!” dije, soltándola al instante.

Ella se tambaleó un poco, pero pudo mantener el equilibrio.

“Te lo voy a decir una sola vez: no vuelvas a entrar en esta cocina en mitad de la noche”, dije.

Sus cálidos ojos se nublaron inmediatamente de ira mientras me reprendía.

“No te entiendo. Has sido muy grosero conmigo desde que me recogiste en el aeropuerto, y ni siquiera sé qué he hecho para merecerlo”.

Apreté la mandíbula mientras me tiraba del pelo con la mano.

“¿Por qué eres tan frío conmigo?”, preguntó ella, hablando ligeramente en voz alta. Respiraba con dificultad y cerré los ojos con fuerza para contenerme.

“Te he hecho una pregunta, Luke. ¿Qué he hecho?”

A la mierda.

Le agarré la cara y aplasté mis labios contra los suyos.

***

# Capítulo 5

*Amelia*

Oh, Dios...

El beso fue salvaje. Era la única forma en que podía describirlo. En el momento en que nuestros labios se tocaron, algo en mi interior se quebró. No estaba segura de si el sonido que se escapó de mi garganta procedía de la intensidad o del placer, pero en cualquier caso, el efecto fue instantáneo. Me dejó sin aliento, y jadeé al sentir cómo el calor se extendía por mi columna vertebral.

El beso fue duro, pero los labios de Luke eran suaves y encajaban perfectamente con los míos. Sabían a whisky, su boca era cálida y tentadora. Su mano serpenteó por mi nuca hasta que sus dedos se enredaron en mi pelo.

Dejé escapar un susurro suave y cerré los ojos. Me sentía perdida, sin saber qué hacer, pero deseaba que estuviera más cerca. Rodeé su cuello con la mano, y él respondió con un suave murmullo de aprobación. Una de sus manos descendió por mi espalda, apretándome contra él, mientras que la otra me sujetaba firmemente por la nuca, manteniéndome en su lugar. Sentía mi cuerpo arder de deseo mientras su lengua se movía suavemente alrededor de la mía, haciendo que contuviera un gemido. Era nuestro primer beso, y me encantaba su sabor. Hacía tanto tiempo que no experimentaba un beso así.

Me perdí en las diversas sensaciones que asaltaban mis sentidos: el calor de su cuerpo, su olor, su sabor, la aspereza de su pelo y su barba contra mis mejillas cuando me inclinó la cara hacia arriba y profundizó nuestro beso.

Sólo era un beso y, sin embargo, me sentía así. Nunca había sido así con Trent. Con Trent, todo era lento y cuidadoso. Todo lo que hacíamos parecía una rutina, como si lo hiciéramos porque era lo que teníamos que hacer. Teníamos que acostarnos porque era lo que hacían las parejas.

Debíamos vivir juntos porque era lo que hacían las parejas. Incluso nuestra relación empezó porque, en aquel momento, parecía que era lo que debíamos hacer.

Éramos amigos que siempre estaban juntos, y en algún momento, la gente comenzó a preguntarnos si estábamos saliendo. Yo ya me había acostumbrado a él y asumí que él sentía lo mismo por mí. Cuando llegamos al final de la etapa en el instituto, simplemente comenzamos a salir. No hubo fuego, ni pasión, ni lujuria, solo una sensación de deber. Al final, empecé a quererle porque habíamos pasado mucho tiempo juntos, y eso era lo que se suponía que debía suceder en ese momento.

No debería comparar a Luke con Trent. Trent fue mi novio durante cuatro años, y Luke era sólo un hombre que conocí esta mañana. Pero era difícil no hacerlo, sobre todo por la forma en que su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío.

Trent nunca hizo que mi piel se calentara de necesidad. Nunca me besó como si no pudiera saciarse de mí. Sus besos nunca encendieron nada en mí. Nunca me tocó como si me deseara. Nunca me dejó sin aliento. Con él, todo era demasiado fácil. Siempre estaba ahí, y me sentía segura a su lado. Sentía que podía confiar en él y hacer cosas sin preocuparme de que me juzgara o me mirara de otra manera. Éramos amigos, así que podíamos salir, hablar, jugar a videojuegos y hacer todo juntos. Me sentía cómoda a su lado y era lo que necesitaba. O eso creía, porque, al fin y al cabo, nuestra relación terminó acabando de forma dolorosa.

La lengua de Luke rozó la mía, haciendo desaparecer todos mis pensamientos. Esto era lo que me había estado perdiendo todo este tiempo. Su tacto en mi piel, su sabor en mi boca.

Me agarré al cuello de su camisa, tiré de él hacia mí y cerré la pequeña brecha que nos separaba mientras su lengua seguía acariciando la mía. Emitió un sonido grave y profundo en la garganta cuando bajé las manos para pasárselas por el pecho.

“Amelia” gruñó. “Sólo he pensado en esto desde que te recogí en el aeropuerto”.

Se me escapó un grito ahogado cuando me levantó y me colocó sobre la encimera de la cocina. Se me escapó una respiración agitada cuando apartó los labios de los míos y me miró el muslo expuesto con lujuria en los ojos.

“¡Joder, *Pastelito*! ¿Qué me estás haciendo?”

Sentí un cosquilleo en la piel mientras él hablaba.

“Ni siquiera podía mirarte durante un minuto sin pensar en besarte”.

¿Por eso él no quería hablar conmigo? ¿Estaba luchando por contenerse?

Ante la confesión, el calor se acumuló en mis calzoncillos y, de repente, deseé tener sus manos sobre mí. Mi raciocinio pareció desvanecerse en el aire. Sólo podía pensar en el contacto de su

cuerpo sobre el mío.

“Y tu puto olor”.

Parecía enfadado, pero un sonido de placer escapó de mis labios cuando acercó su cara a mi cuello y olfateó.

“Como a vainilla y fresas”.

Me mordí los labios cuando sentí la humedad de su lengua detrás de mi oreja. Me lamió por todas partes hasta más no poder.

Sin pensarlo, le agarré la cara y volví a apretar mis labios contra los suyos. Nuestras lenguas lucharon por el dominio mientras él separaba mis muslos y se colocaba entre mis piernas. Pude sentir su calor y su dureza contra mí, y necesité todo lo que tenía para quedarme quieta y no sacudirme contra él. Mi cuerpo era un revoltijo de nervios que enviaban chispas a cada parte de mi ser.

Una de sus manos encontró la piel desnuda de mi cintura y acarició suavemente la zona. No sabía que un simple movimiento pudiera enloquecerme tanto. Sentí que la piel se me ponía de gallina por todas partes, y un gemido escapó de mis labios cuando sus dos manos me agarraron por la cintura y me acercaron a él.

“Luke...”

En cuanto su nombre salió de mis labios, se apartó de mí como si mi cuerpo lo pinchara de repente.

Los dos respirábamos agitadamente mientras nos mirábamos fijamente. Le miré confusa, preguntándome qué había pasado o si había hecho algo mal. El calor de sus ojos seguía ahí, potente y fuerte, pero estaba mezclado con algo más que casi no podía descifrar.

Hasta que él habló.

“No puedes estar aquí”.

“¿Qué quieres decir?”

“Esto”, señaló entre los dos. “No puede continuar”.

Parecía enfadado, y sentí que mi propia ira surgía lentamente de mi interior.

“De verdad que no te entiendo”.

Mi voz era un siseo grave. Él entrecerró los ojos y vi cómo apretaba las mandíbulas.

“¿Quieres que te lo explique?” dijo con ironía. “Para mañana, no quiero que estés en mi casa. Recoge tus cosas y vete. No quiero verte cuando me levante por la mañana”.

Lo miré, completamente atónita y herida. Allí estaba yo, sentada en la encimera donde me había colocado, con los labios aún hormigueantes por el beso que acabábamos de compartir. Y

mientras me pedía que me fuera de su casa, no podía creer lo que estaba pasando.

Las lágrimas amenazaban con brotar de mis ojos, pero nunca le daría la satisfacción de verme llorar.

Bajé de un salto de la encimera, me ajusté la ropa de dormir y salí de la cocina, no sin antes decirle lo que pensaba.

"¡Vete al infierno!"

Sin esperar respuesta, salí furiosa de la cocina y me dirigí a la habitación de invitados. Cuando entré en la habitación, cerré la puerta tras de mí e inmediatamente me desplomé en la cama.

*¡Lo odio, lo odio, lo odio!*

No me sería difícil encontrar otro lugar para quedarme. Quizás podría pedirle ayuda a Melody para alquilar un apartamento. Mientras tanto, podría alojarme en un hotel o en algún otro sitio. ¡No necesitaba a Luke Callahan para nada! Esta noche me iría a la cama, y mañana por la mañana haría las maletas y me iría. Así de sencillo.

Pero el dolor que sentía en el pecho era demasiado para soportarlo. Sabía que no debía sentirme así. Era un hombre que acababa de conocer hoy. Ni siquiera le conocía, así que no merecía la pena que yo reaccionara así. No merecía la pena que me sintiera herida o disgustada por él.

"¡Deja de pensar en él!" murmuré, dando vueltas en la cama.

Sabía que era inútil sacármelo de la cabeza. Aún podía sentir su sabor en mi boca. Aún recordaba cómo se estremecía mi cuerpo cuando me besaba y tocaba mi piel. Aún recordaba el calor de su piel contra la mía. Aún podía recordar sus gemidos bajos y la forma en que el sonido desataba algo incontrolable en mí.

"¡Uf!" gemí, antes de tirarme de la almohada cercana sobre la cara y gritar dentro de ella.

*¡Lo odio, lo odio, lo odio!*

Tenía que recordármelo cada día. Era la única persona que lograba hacerme sentir una montaña rusa de emociones en minutos. Primero, me enfurecía; luego, me hacía sentir sexy y deseada, para finalmente desecharme como si fuera un objeto sin valor.

Aunque no quería admitirlo, me dolió. Me sentí utilizada y abandonada. La única vez que bajé la guardia con un hombre después de Trent, él me mostró por qué construí esos muros alrededor de mi corazón en primer lugar.

¿Fue todo una mentira? Las palabras que me dijo mientras nos besábamos. ¿De verdad no podía sacarme de su cabeza, o acaso no se daba cuenta de lo que me estaba haciendo?

¿Por qué cambió de repente? ¿Fui demasiado ansiosa? ¿Demasiado desesperada? ¿Demasiado fácil?

Una lágrima se me escapó. Una vez más, me encontraba atrapada en ese ciclo de pensar demasiado y dudar de mí misma. No merecía que me trataran así. Ni siquiera habíamos pasado un día juntos bajo el mismo techo, y ya me había mostrado su verdadera cara.

Quizá tenía razón. Quizá lo mejor era que me marchara.

# Capítulo 6

*Luke*

Era una tranquila mañana de sábado y yo estaba sentado en mi despacho, rodeada de montones de archivos y documentos repartidos por el gran escritorio de roble. La luz del sol entraba por la ventana, proyectando cálidos rayos que iluminaban la habitación. El aroma del café recién hecho llenaba el aire, mezclándose con el tenue aroma de los libros encuadernados en cuero.

Después de lo ocurrido anoche en la cocina, era incapaz de pegar ojo. No había necesidad de intentarlo, así que a las cinco y media de la mañana ya estaba en mi estudio. Era sábado por la mañana y debería haber estado descansando, pero necesitaba algo que mantuviera mi cerebro ocupado y distraído.

Enfundado en un cómodo sillón, estaba de todo menos cómodo. Varios pensamientos llenaban mi cabeza, y lo único que parecía mantenerme cuerdo era la cantidad de expedientes que tenía ante mí. Con el tiempo, me enfrasqué en revisar los archivos sobre mi rancho y los inversores. Cada carpeta contenía información importante, y examiné meticulosamente los estados financieros, los estudios de las tierras y los informes de producción, buscando ideas y oportunidades que llevaran el éxito a mi rancho. Profundicé en los detalles, mis dedos trazaban los bordes desgastados de los documentos.

Se me escapó un bostezo y me detuve para dar un sorbo a mi taza de café. Mis ojos recorrieron la habitación y miré la puerta, con la tentación repentina de salir. Odiaba admitirlo, pero una parte de la razón por la que permanecía en mi estudio desde la madrugada era que no quería ver ni enfrentarme a Amelia antes de que se marchara. Si era posible, permanecería en mi estudio hasta estar seguro de que ella se había marchado.

Gemí y me pasé una mano por la cara. Ella había vuelto a colarse en mis pensamientos. Miré alrededor de la habitación, intentando sacármela de la cabeza. Las paredes del estudio estaban adornadas con viejas fotografías enmarcadas, que recogían recuerdos del crecimiento y los hitos del rancho, un recordatorio de la dedicación y el duro trabajo invertidos a lo largo de los años.

Miré por la ventana del estudio y vislumbré el extenso paisaje del rancho, la vasta extensión de campos verdes y ganado pastando. El trinar de los pájaros a lo lejos ponía una banda sonora relajante a mis pensamientos.

Tomé otro sorbo de café e intenté concentrarme en los archivos. Tomé notas, subrayé detalles importantes, pero mi mente vagaba. Mis ojos estaban fijos en los delicados patrones grabados en la madera del escritorio, pero su voz y sus suspiros llenaban mi cabeza. Cerré los ojos, deslizando mis dedos por las líneas de la mesa, recordando lo suave y plena que se sentía contra mí, lo perfectamente que su cuerpo encajaba en el mío.

Una sutil brisa se filtró por la ventana parcialmente abierta, haciendo que las cortinas bailaran y se balancearan. Abrí los ojos y vi cómo la tela se movía con gracia, lo que me recordó la forma en que ella caminaba: con aplomo y elegancia.

Una risa nerviosa se me escapó al pensar en eso. Una simple cortina me hacía recordarla. Oficialmente, estaba perdiendo la cordura. Por suerte, hoy ella se iba.

"¡Maldita sea!", maldije tirándome del pelo.

*Anoche ella tenía sus manos en ellos.*

Cerré los ojos con fuerza y volví a abrirlos. Luego, con gran esfuerzo, volví a centrar mi atención en los archivos que estaba revisando. Pero mi renovado sentido de la concentración se vio interrumpido por el sonido de la puerta al ser empujada.

Con el ceño fruncido, levanté la cabeza y vi a una Melody muy cabreada.

"¿Qué demonios has hecho?" gritó.

Melody rara vez se enfadaba, era algo tan inusual que apenas podía recordar la última vez que lo hizo conmigo. Quizá ocurrió cuando éramos niños, época en la que solía disfrutar molestándola. Pero desde que crecimos, podría contar con los dedos de una mano las veces que se ha enfadado por algo que hice. Yo siempre he tratado de evitar molestarla. Después de todo, aparte de Milly, ella es la única familia que me queda.

"¿Qué he hecho?" El desconcierto se adueñó de mi voz, pero eso pareció enfurecerla aún más.

"¿Quieres fingir que no sabes de qué estoy hablando?"

Un suspiro frustrado salió de mis labios.

“Mira, Melody, soy un hombre ocupado y, como puedes ver, ya lo estaba antes de que me interrumpieras. No tengo tiempo para esto”.

“¿Qué le has hecho a Amelia?”

*Mierda*. ¿Así que se trataba de ella?

Melody puso las manos en las caderas y arqueó las cejas, esperando una respuesta. Sabía a dónde se dirigía esta conversación y no quería tener que explicarle nada a mi hermana. Probablemente no lo entendería.

“No le hice nada”.

*Excepto besarla y decirle cosas feas.*

“¡Deja de actuar de una vez!”, dijo Melody bruscamente.

“Le dijiste que recogiera sus cosas y se fuera de tu casa a primera hora de la mañana”, citó con los dedos.

Volví a suspirar, pasándome una mano por el pelo.

“Mira. No la quiero aquí”.

“¿Por qué?” volvió a preguntar Melody, y de repente sentí picor en la piel.

No sabía cómo responder a la maldita pregunta.

Melody continuó. “Sé que tienes tus reservas, pero no tuviste ningún problema con que Amelia se quedara aquí cuando te lo mencioné por primera vez. Tampoco protestaste cuando te supliqué que la recogieras en el aeropuerto, así que ¿por qué la tratas como si te obligaran a aceptarla en tu casa? Nuestra casa”.

Apreté los dientes ante las palabras de Melody.

“Entonces, quiero saber por qué”.

“¿Por qué es para tanto?”, me burlé. “No la conocía antes de ayer, así que no sabía que no me gustaría su presencia en esta casa”.

“Luke”, dijo Melody, “la pregunta es por qué. ¿Qué hizo para que le pidieras que se fuera, apenas un día después de mudarse? Ni siquiera le diste la oportunidad de quedarse y demostrar su valía. ¿Qué pudo hacer exactamente para que le pidieras que se fuera?”

Apreté la mandíbula, odiando cómo las preguntas de Melody parecían apuñalarme en el pecho.

Una emoción fugaz cruzó sus ojos, y supe que estaba tratando de entenderme. Detestaba cuando hacía eso, porque casi siempre acertaba. Era como si pudiera leerme la mente y anticipar cada uno de mis pensamientos.

“¿Por qué siempre haces esto?”, ella preguntó por fin.

Gemí por dentro.

“¿Hacer qué?”, dije bruscamente.

“Alejar a la gente incluso antes de que se acerquen”.

“¡Ni siquiera conozco a Amelia! Puedo alejarla si quiero”.

“No se trata sólo de Amelia”, replicó Melody.

Los dos respirábamos con dificultad. Había rabia y frustración en sus ojos, y yo me esforzaba por no perder los estribos.

“Haces esto a todo el que se atreve siquiera a respirar cerca de ti. Intentas intimidar a la gente en cuanto la conoces”.

“Eso no es cierto”, me burlé.

“Eres extremadamente grosero e inaccesible con cada persona que se atreve siquiera a acercarse a ti”.

“Y tú crees que ya me tienes completamente descifrado, ¿eh?”

Melody suspiró, e inmediatamente reconocí la nueva mirada de sus ojos.

Lástima.

“No todo el mundo será como Francesca”.

Sus palabras me oprimieron el pecho. Una mezcla de ira, dolor y tristeza llenó mi cabeza. Decidí centrarme en la ira.

“Hace tiempo que no pienso en Francesca. Gracias a ti, Melody, por traerla a colación sin motivo alguno en esta conversación”, gruñí.

La voz de Melody era suave y calculada al hablar. “Estás enfadado porque sabes que tengo razón, pero soy tu hermana y te quiero, así que siempre te diré la verdad”.

“No quiero tener esta conversación, Mels”.

“¿Acaso nunca te detienes a pensar en cómo tus acciones afectan a los demás?”, me preguntó, y pude notar que estaba comenzando a enfadarse de nuevo. Como permanecí en silencio, ella continuó: “Amelia me llamó llorando, preguntándome si conocía algún otro lugar donde pudiera quedarse. Por eso estoy aquí”.

Exhalé un suspiro agudo, resistiendo el impulso de frotarme el pecho adolorido. ¿Por qué me dolía tanto el pecho? ¿Por qué de repente quería ir a disculparme con Amelia por todo?

“Ella me acaba de decir que le pediste que se fuera, pero no quiso entrar en detalles sobre lo que pasó, por más que intenté obtener respuestas. Pero te conozco, Luke. Sé cuánto te esfuerzas en alejar a la gente. Lo sé porque a mí me hiciste lo mismo”.

Le tembló la voz y cerré los puños.

Amelia tenía razón. Yo era un imbécil.

Abrí la boca para decir algo, lo que fuera, pero ninguna palabra salió de mis labios.

“Arregla esto”, dijo finalmente Melody, y se dio la vuelta y salió de la habitación.

Agarré el estuche de lápices que tenía junto a la mano y lo lancé contra la pared. Vi cómo bolígrafos y lápices de distintos colores se esparcían por el suelo de madera.

Detestaba cómo Melody lograba desenterrar mis mayores miedos e imperfecciones solo para arrojármelos en la cara. Pero lo que más odiaba era que siempre tenía razón. Siempre.

*Tenía que sacar el tema de Francesca*, pensé con un gemido interior.

Pero la verdad era que Francesca me había hecho mucho daño.

Tras la muerte de mi esposa Loretta durante el parto, centré toda mi atención en criar a Milly y dirigir el rancho, mientras aún me recuperaba de la pérdida de mi esposa. Así lo hice, y todo parecía ir sobre ruedas.

Unos años después, cuando Milly había cumplido cuatro años y empezaba la guardería, asistí a la boda de un amigo. Allí conocí a Francesca. Era justo lo que necesitaba en mi vida en ese momento, y me hizo sentirme rejuvenecida y llena de nuevas posibilidades. Su presencia me hizo replantear la idea de dar otra oportunidad a las relaciones.

La invité a salir y al principio todo parecía perfecto. Me quería y estaba obsesionada con mi hija, lo cual también era importante para mí.

Las cosas empezaron a complicarse cuando comenzó a exigir que eliminara a Loretta de mi vida. Se quejaba de que sentía que la estaba usando para reemplazar a mi difunta esposa, algo que le aseguré que no era cierto. Fui paciente, tratando de entender su punto de vista. Quizás pensaba que estaba en una competencia por mi atención con mi esposa fallecida, pero eso también era falso, ya que la amaba a ella de una manera diferente. Sin embargo, eso no fue suficiente para ella.

Ella se quejó de que tuviera fotos de Loretta en mi cartera y quitó la mayoría de las fotos que colgaban por la casa. Decía que me resultaría más difícil superar a Loretta si tenía recordatorios de ella por todas partes. Incluso llegó a decir que yo estaba demasiado roto y que parecía que ella intentaba arreglarme.

Intenté escucharla y hacer todo lo que quería, pero le dejé claro que Loretta siempre formaría parte de mi vida y de la de Milly. Quería que entendiera que valorar los recuerdos de mi esposa no significaba que no la quisiera a ella. Sin embargo, a pesar de todo lo que hice para que la relación funcionara, no fue suficiente para Francesca.

No era suficiente.

Cuando Francesca recibió una oferta de trabajo en otro estado, la aceptó, rompió conmigo y se fue. Me rompió el corazón por segunda vez. Desde entonces, no podía permitir que la gente se me acercara. Les hacía daño antes de que ellos me lo hicieran a mí, y no me importaba. Era egoísta, tanto conmigo mismo como con mi hija. No podía arriesgarme a dejar entrar a nadie de nuevo.

Pero Amelia llegó a mi vida sin previo aviso. Mis sentimientos por ella surgieron de forma intensa, rápida y repentina. Anoche, en la cocina, me dejé llevar y me asustó lo difícil que era controlar mis emociones cerca de ella.

¿Tenía razón Melody esta vez?

¿Había algo que yo debía arreglar?

***

# Capítulo 7

*Amelia*

Me sequé una gota de sudor de la frente mientras observaba mis pertenencias esparcidas por todas partes. Mi maleta estaba abierta de par en par; algunas prendas ya estaban dobladas dentro, pero el resto se encontraba esparcido por toda la cama.

Había empacado todas mis cosas del baño y del armario, así que sobre la cama se acumulaba una mezcla de ropa, zapatos y artículos de aseo.

Esta mañana me desperté temprano, habiendo dormido apenas treinta minutos. Al principio, me quedé en la cama, incapaz de moverme o pensar. Me sentía entumecida. Habían pasado muchas cosas en un solo día.

Cogí un vuelo de Nueva York a Jackson y conocí al hombre más insufrible con el que jamás había estado en contacto, que además resultó ser un hombre por el que me sentía locamente atraída. Este mismo hombre me insultó, me pidió que abandonara su casa y ahora aquí estaba.

Me invadían varias emociones, entre las que destacaban la ira y el dolor. No conocía a nadie aquí, excepto a Melody. No tenía adónde ir, y aunque quisiera ir a un hotel, sólo sería temporal. Aún tendría que encontrar un apartamento, porque no podía quedarme en un hotel durante seis meses. Aquí no tenía coche y no conocía ningún hotel ni ningún apartamento de alquiler. Era una extraña en un lugar donde no me querían.

Una extraña indeseada, como él decía claramente.

Me sentía abrumada y, con lágrimas en los ojos, llamé a Melody. A pesar de todo, seguía siendo mi amiga y en ese momento era la única persona a la que podía recurrir. Melody intentó calmarme por teléfono y me prometió que hablaría con su hermano. Pero yo ya había tomado una decisión: no me quedaría en un lugar donde no me sentía bienvenida. Si Luke quería que me fuera, eso era exactamente lo que haría.

Con un profundo suspiro, seguí doblando la ropa y metiéndola en la maleta, ignorando el dolor en mis manos. No tenía tiempo ni la libertad para ordenar mis cosas con cuidado.

Miré el reloj y vi que ya pasaban unos minutos de las ocho de la mañana. La luz del sol matutino se filtraba a través de las cortinas, arrojando un cálido resplandor sobre el espacio que brevemente había sido mío. Alcancé la mesilla de noche y guardé mis libros con cuidado, encajándolos en los bordes de mi maletín.

Gemí cuando mi teléfono empezó a sonar, con el tono amortiguado por las diversas ropas bajo las que probablemente estaba enterrado. Tardé unos segundos en localizar de dónde procedía el sonido y, cuando lo hice, vi que era Bryce quien llamaba.

Sonreí y me puse el teléfono en la oreja.

"Hola, Amelia". Su voz era ligera y etérea, como siempre.

"Hola, Bryce", saludé cansada.

Bryce era mi compañero de trabajo. También era el hijo del CEO de Heritage Constructions, la compañía para la que yo trabajaba.

"¿Cómo te ha ido? Pensaba llamarte ayer, pero estaba tan ocupado que al final me olvidé".

Sonreí ante su explicación. Ni siquiera tuvo que explicarme nada, pero así era Bryce. Era un tipo agradable y encantador. A veces, demasiado bueno para su propio bien.

Fue la primera persona de la que me hice amigo cuando empecé a trabajar en Heritage Constructions. Incluso antes de saber que era el hijo del CEO.

"No pasa nada", le quité importancia a su explicación.

"Espero que te hayas adaptado. ¿Y qué te parece Jackson hasta ahora? He visitado la ciudad en el pasado, y debo decir que es un lugar genial".

Se me oprimió el pecho ante la primera pregunta, así que la ignoré.

"¡Sí! La ciudad es preciosa. No podía dejar de admirar el paisaje y la serenidad".

Intenté forzarme a sonar emocionada, pero mi voz cansada sólo salió aguda en su lugar.

"¿Estás bien?" preguntó Bryce. Sonaba preocupado, y gemí para mis adentros.

¿Tan evidente era que me pasaba algo?

"Sí, estoy bien". Fingí un bostezo. "Sólo estoy cansada. Anoche no dormí lo suficiente".

Por alguna razón, no quería que Bryce supiera que tenía problemas de alojamiento. Sabía que insistiría en ayudarme a encontrar un sitio, y yo no quería eso.

Él ya estaba haciendo mucho por mí como amigo, y no quería aprovecharme de su amabilidad, especialmente porque sabía que deseaba algo más que solo amistad. No quería que pensara que estaba interesada.

“¿Estás segura de que ésa es la razón por la que suenas así? ¿Hay algo más que no me estés contando?”, volvió a preguntar, y sonreí.

Así era Bryce.

“Es solo eso, Bryce. No he descansado lo suficiente desde ayer”.

“Bueno, gracias a Dios, es fin de semana. Podrás descansar antes de que empiece el trabajo el lunes”, dijo, con su tono preocupado teñido de alivio.

“Sí, lo haré”.

“Bien. Sabes que me preocupo por ti”, se interrumpió. Desde luego, no estaba de humor para aquella conversación.

Bryce y yo íbamos a supervisar el proyecto del rancho. Aunque estaba agradecida por hacerlo con la ayuda de alguien con más experiencia y con quien también era fácil trabajar, también sabía que eso le daría más oportunidades de intentar invitarme a salir.

De vuelta en Nueva York, no nos veíamos mucho, sobre todo después de que me ascendieran a Gerente de Proyectos. Los dos teníamos una agenda muy apretada, así que siempre utilizaba eso como excusa para no quedar con él cada vez que me invitaba a comer o a almorzar.

Sabía que Bryce sentía algo por mí. Aún no me los había confesado, pero eso era porque yo nunca le daba la oportunidad de hacerlo. Siempre cambiaba de tema cuando me daba cuenta de adónde se dirigía la conversación. Era simpático, atento y guapo. Estaba sin duda capacitado para ser el novio perfecto, pero yo no lo veía así.

“Dicho esto, mañana llego a Jackson. Estoy deseando verte”. Su voz fría y profunda interrumpió mis pensamientos. De repente, sentí que el corazón me pesaba. Estaba segura de que había movido algunos hilos para venir antes de lo previsto. Bryce era... insoportable.

“¿De verdad? ¿Vienes mañana?” Fingí sorpresa.

“Sí. Tengo un bonito apartamento en la ciudad. Podemos cenar el lunes, después de reanudar el trabajo en la obra. ¿Qué te parece?”

Mi pensamiento inmediato fue negarme, pero la culpa roía mi conciencia. Bryce sólo se había portado bien conmigo desde que lo conocí. Tal vez pudiera hacerlo. Sólo era una cena. ¿Verdad?

“Es una buena idea”.

“¡Genial!”

Su entusiasmo me hizo sonreír.

“Puedes ponerte esos tacones rojos que tienes”, comentó, y yo me reí.

Nuestra compañía organiza una fiesta de fin de año cada Navidad. Era mi primera vez en esta celebración y quería causar una buena impresión, así que elegí mis tacones de aguja rojos

favoritos. Todo fue muy divertido hasta que tropecé en la pista de baile mientras bailaba con Bryce, que también era mi pareja en ese momento.

Se convirtió en una broma interna para nosotros, y Bryce se burlaba de mí siempre que podía. A menudo bromeaba sobre cómo les diría a nuestros hijos que me enamoré literalmente de él la primera vez que bailamos.

"No seas tonto", me reí entre dientes.

Mi corazón se sintió cálido, y mis pensamientos y preocupaciones anteriores desaparecieron momentáneamente.

"Me alegra haberte hecho reír. Lamentablemente, tengo una reunión en treinta minutos, así que debo irme. Hablamos más tarde. No me extrañes demasiado".

Puse los ojos en blanco con una sonrisa en los labios.

"Vale, adiós".

Mi sonrisa se apagó lentamente al terminar nuestra llamada.

¿Por qué él no podía gustarme? ¿Por qué no podía sentir algo?

Comencé a hacer una lista mental de todas sus cualidades. Era alto, guapo, encantador, un verdadero caballero, rico y amable. Además, sentía cosas genuinas por mí.

Él era perfecto.

Pero yo no sentía nada cuando estaba cerca de él. No había chispa, ni excitación en mis venas, ni tensión sexual, ni pasión. Nada.

Mi mente volvió lentamente a pensar en Luke y en cómo mi atracción por él había sido instantánea, e incluso un poco aterradora. Me encendía por él, me erizaba la piel. Y el beso... el beso había sido fenomenal. Aún recordaba cómo su lengua se había aventurado en mi boca, envolviéndome por completo.

*Pero es un idiota inútil, y te pidió que te fueras de su casa justo después de darte el mejor beso de tu vida, me recordé a mí misma.*

*¡Uf!* Mi cuerpo estaba en conflicto con mi mente, y lo odiaba.

No debería haberme encariñado con Luke, especialmente después de cómo me trató. Claro, era como un dios griego hecho realidad, pero eso no significaba nada. Yo no le gustaba, y sus acciones lo demostraban claramente.

Necesitaba darle una oportunidad a alguien como Bryce. Alguien que realmente me tratara como a una persona, y no sólo como a un objeto de lujuria.

Cogí el móvil y empecé a poner música pop. La música siempre me ayudaba a concentrarme, y eso era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

Cuando terminé de recoger mis cosas, empecé a marcar el número de Melody. La última vez que la llamé, me dijo que estaba de camino a casa. Mientras empaquetaba, creí escuchar una voz que parecía ser la suya. Intenté llamarla más de tres veces, pero no conseguía que la llamada se conectara. Parecía que había un problema con el servidor de red.

Me rugió el estómago al salir de la habitación de invitados y recordé que llevaba casi veinticuatro horas sin comer nada. Imaginé cómo me habría regañado Bryce si hubiera sabido que no había comido, y eso me hizo sonreír.

Caminé por la gran casa, asombrada por su belleza. Era una mezcla perfecta de arquitectura antigua y moderna. Casi parecía sacada de una película, sobre todo por las obras de arte antiguas y los delicados cuadros que adornaban sus paredes de color marrón oscuro. Me volví en todas direcciones, buscando a Melody mientras admiraba la gran casa.

Bajé las escaleras y entré en el espacioso salón, donde había una mesa redonda de cristal en el centro, frente a un gran ventanal que daba al jardín trasero. Además de las ventanas, había varias estanterías que cubrían toda la pared opuesta a las sillas.

Si la situación hubiera sido diferente, me habría encantado explorar la estantería, para ver los tipos de libros que tenían.

Pero seguí paseando por la casa, que era mucho más grande de lo que parecía por fuera. No era sólo una casa. Era una mansión. Al doblar otra esquina, una pequeña figura chocó contra mí.

"¡Ay!", era la voz de una niña. Una niña pequeña, e inmediatamente supe que era la hija de Luke. Aunque no sabía qué me esperaba cuando Luke dijo que tenía una hija.

Me quedé mirando a la preciosa niña con una mezcla de asombro y admiración. Era preciosa y se parecía exactamente a su padre.

"Tú debes de ser Amelia", dijo con voz infantil, mostrando un diente delantero astillado.

¿Cómo me conocía? ¿Se lo había dicho Luke?

"Mi padre me dijo que teníamos visita. Él no me dijo que serías tan guapa".

Un agradable jadeo escapó de mis labios. Aún no había dicho ni una palabra y aquella niña ya me había dejado sin aliento.

Me aclaré la garganta. "Sí, soy Amelia".

Sonrió y me tendió la mano.

"Yo soy Milly. Encantada de conocerte".

¿Educada y con buenos modales? Todo lo contrario que su padre.

"¿Qué haces? ¿Necesitas que te enseñe la casa? Me dicen mucho que tenemos una casa grande".

Me reí entre dientes.

“Sí, es bastante grande”.

“Bien”, interrumpió bruscamente. “Así que seguro que necesitas una visita guiada”.

Me cogió de la mano y me arrastró con ella. Supuse que su padre no le había dicho que me había pedido que me fuera. ¿Debía decirle que me iba? Parecía muy emocionada y no quería aguarle la fiesta.

Además, necesitaba ver a Melody antes de marcharme, y aún no aparecía por ninguna parte.

“Ya puedo decir que vamos a ser mejores amigas. Ya me caes bien”, dijo Milly, y me reí.

A mí también me gustaba. Lástima que sólo pudiéramos estar juntas unos minutos antes de marcharme.

***

# Capítulo 8

*Luke*

*Arregla esto.*

Durante horas permanecí sentado en mi silla, intentando concentrarme en mi trabajo, pero mi mente no dejaba de evocar las agudas palabras que Melody había pronunciado antes. Tenía razón, y sabía que no había sido más que un idiota con Amelia, pero actué así con ella para resistirme a sus encantos antes de que cediera ante ella.

Pero ya era demasiado tarde. Ya me había atrapado antes de que me diera cuenta.

¿Por qué Melody tenía que llamarme la atención? ¿Por qué siempre tenía razón? Independientemente de lo que yo mismo pensara, no podía quitarme de encima el peso de sus acusaciones.

Yo siempre había pensado que yo era una persona cohibida, y que alejar a la gente era sólo un mecanismo de supervivencia y una forma de mantenerme a salvo a mí y a mi hija, pero nunca me había parado a pensar en cómo mis acciones afectaban a los demás. Las palabras de Melody me hicieron darme cuenta de lo egoísta y desconsiderado que había sido con todas las personas que probablemente tenían buenas intenciones de entrar en mi vida.

*¡Arregla esto!*

"¡Joder!"

Resistí la tentación de tirar al suelo algunos de los objetos que tenía sobre la mesa, sobre todo porque el contenido del estuche de lápices que había arrojado antes por la habitación seguía esparcido por el suelo de madera.

Abrí el portátil para ver si algo podía distraerme, pero tras unos minutos de teclear y desplazarme sin sentido, lo cerré. Estaba inquieto e incómodo, con las palabras de Melody repitiéndose una y otra vez en mi cabeza.

“¡A la mierda!” dije, levantándome bruscamente del asiento. Aún no sabía lo que quería hacer, pero sólo quería abandonar las paredes asfixiantes de mi estudio.

Tenía que disculparme con Amelia. Probablemente no me escucharía, pero al menos tenía que intentar enmendar mis acciones desconsideradas.

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras me dirigía a la habitación de invitados.

¿Y si ya se había marchado? Joder, ¿cómo no se me había ocurrido? Era casi mediodía, y estaba segura de que ella habría querido salir de casa lo antes posible.

Llegué a la puerta y llamé, pero no hubo respuesta. Se me encogió el corazón. ¿Qué había hecho?

Volví a llamar, esta vez con más fuerza. Seguía sin haber respuesta. ¿Cuándo se había marchado? ¿Hace una hora? ¿Dos horas? ¿Podría estar aún dentro del rancho?

Llamé de nuevo, girando simultáneamente el pomo de la puerta. La puerta se abrió con un chasquido.

Me dio un vuelco el pecho cuando empujé lentamente la puerta y entré. Eché un vistazo a la habitación. Estaba exactamente igual que antes de que ella llegara. La única diferencia era su suave fragancia que flotaba en el aire y su enorme maleta sobre la cama.

Ella seguía en la casa, o en el rancho. En cualquier caso, aún estaba a mi alcance. Solté un suspiro de alivio; todavía tenía una oportunidad para resolver las cosas entre nosotros.

Salí de la habitación y me dirigí a la casa. La casa estaba vacía y Amelia no aparecía por ninguna parte. El silencio y el vacío agravaron el sentimiento de culpa que ya sentía, haciéndome comprender hasta qué punto había dado por sentada su presencia.

Mientras seguía buscando, me pregunté por qué la casa estaba tan silenciosa. Era sábado y Milly estaba en casa. Normalmente correteaba por la casa con su perra, o se quedaba en el salón viendo dibujos animados.

Quizá estaba en el patio, pensé. A veces le gustaba quedarse en el jardín.

Fue entonces cuando oí un ruido procedente de la habitación de Milly. Me acerqué cuando la risa se hizo más fuerte y clara, y me di cuenta de que había alguien en la habitación de mi hija. El pánico se apoderó de mi pecho mientras avanzaba hacia la puerta. El sonido volvió a sonar y reconocí la primera risa como la de Milly, pero la segunda...

Empujé la puerta, tratando de ser suave con ella. Lo que vi ante mí me produjo una mezcla de emociones.

Amelia estaba sentada en el suelo con Milly mientras se reían de algo que había en lo que parecía ser el cuaderno de dibujos de mi hija.

“Esta es mi perra, Coco”, decía Milly señalando un dibujo suyo. “Es una Pomerania”.

Noté orgullo en la voz de Milly. Había puesto mucho esfuerzo en aprender la pronunciación correcta. Le regalé una perra para su último cumpleaños después de que me lo suplicara con insistencia. En ese momento, sentía que la perra estaba acaparando toda mi atención.

Y ahora estaba Amelia.

Aún no me habían visto, lo que me permitió admirar el paisaje. Amelia se rio agradablemente de lo que dijo Milly, y no pude evitar fijarme en lo radiante y vibrante que estaba en ese momento, con los ojos brillantes de auténtica alegría. En aquel momento, estaba tan guapa que casi dolía mirarla. Me di cuenta de que era la primera vez que la veía reír de verdad y, de repente, sentí el impulso de querer verla más veces.

Y tal vez incluso ser el motivo de su risa. Sacudí la cabeza al pensarlo.

Milly también parecía estar en su elemento, riendo e interactuando con Amelia como si se conocieran de toda la vida, algo que nunca ocurría con mi ex. Por alguna razón, Milly nunca se sentía cómoda cerca de Francesca, a pesar de la amabilidad de Francesca. Me molestaba mucho en ese momento, pero por más que intentara, Francesca nunca lograba ganarse el cariño de Milly. Quizá eso debería haber sido una señal para terminar lo que teníamos, pero en aquel entonces, estaba demasiado ciego para verlo.

Que Amelia estuviera aquí resultaba confuso. Ya había logrado ganarse un lugar en el corazón de mi hija. Milly, al igual que yo en algunos aspectos, era una niña sensible que se encariñaba con facilidad. Esa fue una de las razones por las que dudaba en salir con Amelia después de Francesca; no quería que Milly se encariñara con alguien que eventualmente podría rompernos el corazón a ambos. Sin embargo, al verla interactuar con Amelia, mi corazón se llenó de una mezcla agridulce de emociones. Amelia estaba, sin saberlo, llenando un vacío que había estado presente en la vida de Milly durante demasiado tiempo. Era un contraste notable con la tensa relación que Milly había tenido con Francesca, marcada siempre por una tensión subyacente.

Sacudí la cabeza para deshacerme de mis pensamientos. No debería haber pensado tanto. Aún tenía que disculparme con ella por haber sido tan desconsiderado, y ni siquiera estaba seguro de que aceptara mis disculpas.

“¿Dónde está Coco?” pregunté, interrumpiendo su conversación.

Tanto Milly como Amelia giraron la cabeza, con los ojos llenos de sorpresa. La mirada de Amelia se endureció al clavarla en mí.

“Coco está dormida”, resopló Milly, cruzando los brazos sobre el pecho.

Fruncí el ceño. No era habitual que la perra estuviera dormido en pleno día. Quizá le pasaba algo. Hice una nota mental para que la revisara el veterinario de la familia.

“Y conocí a Amelia. Le gustan mis dibujos”. sonrió Milly.

Fue entonces cuando Amelia se levantó del suelo.

“Bueno, supongo que ahora tengo que irme”.

“¿Puedo hablar contigo un momento?” La interrumpí, mirándola fijamente a los ojos. Vi cómo apretaba la mandíbula antes de agacharse a la altura de Milly, ignorando lo que le decía.

“Tengo que irme, Milly. Ha sido un placer pasar tiempo contigo”. Su voz estaba impregnada de sinceridad y una pizca de tristeza.

“Vale”, contestó Milly, ya distraída con una de sus muñecas. “Hasta luego”.

Amelia sonrió con tristeza, pero no contestó. En lugar de eso, acarició suavemente la cabeza de Milly y pasó a mi lado, saliendo de la habitación.

La seguí de inmediato.

“¡Amelia, espera!”

Pero ella caminaba deprisa. Entró furiosa en la habitación de invitados e intentó cerrar la puerta, pero yo la mantuve abierta con la mano.

“No quiero hablar contigo”, ella dijo, luchando ya por colocar la maleta en el suelo. “Yo estaba buscando a Melody para decirle que ya me iba, pero no está por ninguna parte”.

“¿Así que te irás sin avisarle?”

Se volvió lentamente, y sus ojos ardieron de ira al mirarme.

“Sí, me iré. Me pediste que me fuera, ¿recuerdas?”

Suspiré. “Me retracto. Quédate, por favor”.

Me miró con una expresión ilegible en el rostro, antes de reírse.

“Debes pensar que soy tonta”, dijo mientras se plantaba frente a mí. “¿Crees que me quedaré aquí solo porque hayas retractado tus palabras?”

“Amelia, yo... lo siento. He sido un completo imbécil. Te he hecho daño”.

“No eres capaz de hacerme daño”, dijo ella. “Ni siquiera te conozco”.

Exhalé.

“Igualmente te pido disculpas. No tengo ninguna explicación razonable para la forma en que te he tratado desde ayer”.

Por alguna razón, mis disculpas parecieron enfurecerla aún más.

“¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Melody? ¿Milly?”

Sus palabras me apretaron el pecho.

“Me di cuenta de que tenías razón. Estaba siendo un imbécil”.

“¿Quieres hacerme creer que te has dado cuenta de repente de que eres una persona terrible por ti mismo?”

Sus ojos brillaron y vi el destello de dolor en su mirada.

“Tienes razón. Yo sabía que estaba siendo un idiota”.

Ella se burló. “Por supuesto”.

“Por favor, déjame terminar”.

Tuve la tentación de acercarme más a ella, de acortar la distancia que nos separaba. Pero me quedé donde estaba. Sería más fácil expresarme sin que su calor y su olor abrumaran mis sentidos.

Ella guardó silencio y yo exhalé un largo suspiro.

“Hago esta... cosa de alejar a la gente. Melody vino a mi despacho esta mañana. Exigió saber por qué te pedí que te marcharas, y en nuestra conversación me di cuenta de algo amargo”. Apreté la mandíbula.

“Cuando me portaba mal, nunca me importaba si afectaba a los demás o cómo lo hacía. Sólo pensaba en mí y en lo que supondría para mí, sin tener en cuenta nada ni a nadie más. Eso es ser egoísta. Soy... estaba siendo egoísta, y te pido disculpas por ello”.

La expresión de Amelia seguía siendo cautelosa, con sus emociones bajo control, pero en sus ojos brillaba un destello de incertidumbre.

Así que continué.

“Cuando te vi ayer…”

¿Cómo le iba a decir que me había hecho perder la cabeza? ¿Cómo explicar que, con ella sentada a unos pocos centímetros de mí en el coche, mi corazón latía desbocado? Sentía la boca seca y el estómago en un nudo.

¿Cómo iba a decirle que ella me estaba distrayendo del trabajo? Cada vez que revisaba documentos o asistía a reuniones, mi mente no podía dejar de volver a ella. Su olor seguía presente en mi mente, así como la sensación de sus manos contra mi piel cuando nos besábamos, y sus piernas rodeando mis caderas, acercándome más mientras compartíamos nuestras respiraciones.

“Simplemente me pareció raro que otra mujer viviera en mi casa. Así que actué sin pensarlo”.

“Has tenido semanas para pensar en mi llegada”, replicó Amelia.

Ella tenía razón. Pero cuando Melody me informó de su estancia hace tres semanas, nunca imaginé que sería tan seductora.

“Tienes razón. Tuve semanas para pensármelo. Pero no me di cuenta del cambio drástico que provocaría tu presencia en esta casa hasta que llegaste”.

Apreté los dientes cuando me miró fijamente en silencio. Temía que mis disculpas no fueran suficientes para reparar el daño que había causado.

“Bueno, ya me has pedido que me vaya, así que me iré”.

“¿Acaso tienes algún sitio a dónde ir?”, pregunté.

Ella parecía ofendida por mi pregunta. “¿Qué te has creído? ¿Que no puedo sobrevivir aquí sin ti?”

“No, no. No me refería a eso. Es una pregunta sincera”.

Y cuando volvió a guardar silencio, suspiré.

“Ya estás aquí”.

“Y ya yo había desempacado mis cosas antes de que me obligaras a empacarlas de nuevo”.

Hice una mueca de dolor. Sí, eso estuvo mal.

“Lo siento, Amelia. De verdad”.

Vi que sus ojos se ablandaban un poco ante mi disculpa, pero no podía dejarme emocionar todavía.

Pero tras una breve pausa, Amelia asintió suavemente.

“De acuerdo. Me quedaré”.

Me sentí aliviado y me quité un peso de encima.

Tendría que haberme ido de su habitación después de aquello, pero la tensión se mantenía entre nosotros en relación con el incidente que teníamos que abordar.

El beso.

No podíamos seguir ignorándolo, especialmente porque ella se quedaría en casa. Finalmente, incapaz de soportar la tensión por más tiempo, me aclaré la garganta y dije:

“Deberíamos hablar sobre lo que ocurrió anoche”.

Amelia, con tono brusco, respondió:

“Fue un error, una acción impulsiva que no se repetirá”. Su respuesta sonó cortante y distante.

El brusco rechazo me pilló desprevenido y sentí una punzada de dolor. La confusión y la frustración afloraron en mi interior, mezclándose con el dolor persistente.

Debería haberme alegrado de que ella no estuviera pendiente del beso, pero no fue así.

“Tienes razón”, dije finalmente. “Probablemente deberíamos empezar de nuevo”.

La mentira sonó amarga en mis labios, pero acepté el silencio que se cernía entre nosotros por el momento, prometiendo encontrar la forma de romper los muros que nos separaban.

***

# Capítulo 9

*Amelia*

Era lunes y el primer día de trabajo en la obra. Salí de casa temprano y llevaba en la obra desde por la mañana. Llevaba esperando este día desde el sábado, sobre todo porque no había tenido nada que hacer en todo el fin de semana. También necesitaba algo que me mantuviera lo suficientemente ocupada como para no pensar en Luke. Así que esta mañana salí de casa tan pronto como pude, ansiosa por inspeccionar los progresos y asegurarme de que todo marchaba según lo previsto.

El sol de la mañana proyectaba un cálido resplandor sobre el rancho, y el aire era fresco y olía a naturaleza en estado puro. Mientras caminaba hacia el lugar, me tomé un momento para apreciar el entorno: una vasta extensión de campos verdes, colinas onduladas y ganado pastando a lo lejos. La construcción que estábamos supervisando era para un nuevo establo avícola, y el emplazamiento se había elegido cuidadosamente para que estuviera cerca de un estanque en las praderas del rancho.

Fue el primer proyecto de construcción en el que nos adentramos en Wyoming. Los Callahan, que ahora comprendí que era Luke, se habían puesto en contacto con nosotros para decirnos que querían que supervisáramos la construcción de un nuevo granero avícola para el rancho. Querían expandirse en el negocio avícola, un añadido a los otros varios negocios que supervisaban.

Mis robustas botas de trabajo marchaban sobre la grava mientras seguía mi camino desde la casa hasta la obra. Llevaba mi típico atuendo de trabajo, y me pregunté brevemente qué pensaría Luke de mí si me viera con aquel atuendo tan poco favorecedor en todos los sentidos.

Mi atuendo era un par de pantalones duraderos hechos de tela vaquera resistente. El grueso tejido protegía de pequeños rasguños y los pantalones se ajustaban bien, asegurando que no se engancharan en la maquinaria o el equipo.

Para la parte superior del cuerpo, elegí una camisa de manga larga de un material transpirable y ligero. Para completar el atuendo, llevaba un par de botas de trabajo. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, cubierto por un casco. También llevaba gafas de seguridad y un chaleco, ya que eran requisitos esenciales del equipo de seguridad de la obra.

No llevaba ni una pizca de maquillaje, y ya estaba sudando de caminar desde la casa principal hasta la obra. Tenía el peor aspecto, y era el que tenía siempre que trabajaba en una obra. En el pasado nunca me había preocupado por mi aspecto en el trabajo, pero Luke hizo que me preocupara por todo.

Sacudiéndome los pensamientos sobre él de la cabeza, continué mi camino. El equipo de construcción había llegado pronto, y podía ver sus vehículos y equipos aparcados cerca. Al acercarme al lugar de las obras, observé que el granero empezaba a tomar forma. Habían limpiado el terreno y marcado los cimientos, a la espera de la excavación.

Saludé a los miembros del equipo, intercambiando cumplidos y expresando mi entusiasmo por el proyecto. El sonido de los martillos y de varias máquinas llenaba el aire, prueba del inicio de la construcción. Los obreros estaban ocupados colocando sus herramientas y preparándose para iniciar la construcción del granero.

Empecé mi inspección evaluando el trabajo de excavación. Habían excavado cuidadosamente el terreno, retirando los escombros y asegurando unos cimientos nivelados para el granero. Comprobé las dimensiones y la alineación, comparándolas con el plano de construcción, y luego ofrecí orientación a la cuadrilla según fuera necesario.

Mientras recorría la obra, visualicé la disposición del establo: los espacios para anidar, alimentarse y almacenarse. A lo largo de la inspección, entablé conversaciones con los trabajadores, respondiendo a cualquier pregunta que tuvieran y ofreciéndoles orientación basada en mi experiencia y en los objetivos del proyecto.

La mañana avanzaba hacia el mediodía, y debería haberme tomado un descanso para comer, pero en lugar de eso, permanecí en el lugar. Me acordé brevemente de Bryce y me pregunté si ya habría llegado a Jackson. Estuve tentada de llamar, pero no me pareció buena idea.

Mientras los trabajadores hacían su trabajo, me encontré contemplando la vasta extensión de los terrenos del rancho. Estaba completamente anonadada por la belleza natural y el impresionante paisaje que me rodeaba.

El terreno era muy extenso, y me pregunté cuán ricos eran realmente los Callahan. Bobby me había mencionado que se trataba de un antiguo rancho que había pasado de generación en

generación. Así que, básicamente, Luke y Melody provenían de dinero antiguo. Eso significaba que eran extremadamente ricos.

Ahora caía en la cuenta de que nunca había sido capaz de saber lo rica que era realmente Melody cuando estábamos en la universidad.

Luke debió de hacer algunos ajustes en el lugar. En el rancho había infraestructuras y equipos modernos. La mansión en la que vivían era un ejemplo típico de ello. Era perfecta, y me encantaba su aspecto antiguo pero con un toque moderno.

El día continuó y volví a centrarme en el trabajo, siguiendo de cerca el progreso de las obras y observando la dedicación y habilidad de los trabajadores. Tomé nota de cualquier ajuste o modificación que hubiera que hacer, asegurándome de que la construcción se mantenía fiel a los planos.

Ya había pasado un poco de tiempo desde las dos. La inspección del día había terminado, y era momento de regresar a casa. Mi estómago rugía de hambre, así que supe que había llegado la hora de irme. Me despedí de los trabajadores y empecé el temido trayecto de vuelta a casa.

Justo entonces, sentí la vibración de mi teléfono sonando en uno de los bolsillos de mis pantalones. Saqué el aparato y me quedé mirando el nombre de Bryce en la pantalla.

“Hola, Bryce”, saludé.

“Amelia, hola. ¿Cómo te va el día?” Procedí a contarle cómo había ido el primer día de inspección.

Él se quejó. “Ojalá hubiera estado allí para ayudar”.

“Está bien. No fue demasiado estresante”, sonreí.

“Me alegro de oírlo. Acabo de llegar a mi apartamento de Jackson”.

Me reí entre dientes al notar la emoción en su voz.

“Bienvenido a Jackson”, le dije.

“Gracias”, respondió, y luego añadió. “Seguimos en planes para cenar hoy, ¿verdad?”

Exhalé un suspiro. “Sí, quedamos”.

“Bien. ¿Qué te parece si nos vemos dentro de, digamos, una hora? Seguro que no has visto la ciudad, y quiero enseñártela”.

Me habría encantado que Luke me mostrara la ciudad. Imagino lo emocionante que sería sentarme en el asiento del copiloto, mientras él me lleva por los alrededores, contándome las historias y los secretos del lugar.

“¿Qué te parece?” La voz de Bryce me devolvió al presente.

“Me encantaría”, solté sin pensar.

Bryce pareció aliviado. “Bien. Entonces, ¿nos vemos dentro de una hora?”

“Sí”.

“De acuerdo. Envíame la dirección del rancho para que pueda ir a recogerte”.

“De acuerdo”.

Terminamos la llamada y continué mi camino de vuelta a casa, negándome a pensar demasiado en la situación. Bryce era un buen tipo, y estaba segura de que conducir por la ciudad con él sería una buena forma de sacarme a Luke de la cabeza.

¿Verdad?

Por fin llegué a la casa y entré en el vestíbulo. Planeaba ir directamente a mi habitación, darme una larga ducha, vestirme y marcharme con Bryce. Tenía hambre, pero intentar comer algo en la casa me haría perder el tiempo. Después de todo, Bryce y yo íbamos a comer fuera, así que podía aguantar una hora más.

Mis planes se vieron interrumpidos cuando me topé con Luke y Milly que salían del salón.

“¡Amelia!”, gritó Milly mientras corría a abrazarme. Pero yo no podía dejar de fijarme en el hombre que estaba a su lado. Sus ojos estaban completamente dirigidos hacia mí.

De repente, me sentí incómoda. ¿Qué pensaría de mi ropa de trabajo? ¿Creería él que estaba desarreglada y sudada?

Le ignoré y sonreí a su alegre hija.

“Hola, Milly. ¿Cuándo has vuelto del colegio?”

“Acabo de recogerla”, contestó Luke. Me volví para mirarle, y fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba la mochila rosa de Milly sobre uno de sus hombros.

No sabía que aquella visión pudiera ser tan excitante.

Antes de que pudiera pensar en algo más que decir, Milly se me adelantó.

“Parece que tienes prisa. ¿Adónde vas?”

“Recuerda que te dije que hoy había quedado de verme con un amigo”, dije.

Milly había entrado ayer en mi habitación, saltado sobre mi cama y exigido que le hiciera compañía. Lo hice sin rechistar.

“Ah, sí, ya me acuerdo”, dijo con picardía. “Dijiste que era una cita”.

*¡Mierda!*

Por alguna razón, no quería que Luke supiera de mis planes, especialmente que iba a tener una cita. El recuerdo del beso que compartimos seguía presente, y aunque había intentado restarle importancia, no podía dejar de pensar en él. Me preguntaba si Luke pensaría que lo besé mientras salía con otra persona, o si sentía que lo había ignorado por alguien más en mi vida.

Gemí para mis adentros. ¿Por qué demonios le conté a Milly lo de la cita? ¿En qué estaba pensando?

Entonces me di cuenta de que quería evitar a Luke en general, y no quería que supiera nada de lo que pasaba en mi vida. Me apartaría de su camino, como él quería al principio, y al cabo de seis meses volvería a Nueva York y me olvidaría de él.

La tensión se hizo densa en el aire, y lancé una breve mirada a Luke. No parecía interesado en mi conversación con su hija, pero pude ver que tenía la mandíbula apretada. ¿Le daba igual? ¿Estaba enfadado? ¿No le importaba? Una parte de mí quería que le importara.

*¡Uf!* Odiaba cuando mis pensamientos se superponían y contrastaban entre sí.

"¿Es tu novio?" Preguntó Milly, distrayéndome de mis pensamientos.

"No. Sólo un amigo".

"Eso es mentira, Amelia", ella se rio. "La gente no tiene citas con sus amigos".

Intenté defenderme, pero ni siquiera encontraba las palabras. Además, no sabía si a su padre le gustaría que le hablara a su hija de citas y chicos.

Por suerte, Luke interrumpió la conversación.

"Milly, no se hacen preguntas así a la gente".

"¿Por qué?", resopló ella.

"Es... invasivo".

"Pero ella me dijo que iba a tener una cita", dijo mientras hacía un berrinche. Ni siquiera podía enojarme con ella, ¡estaba tan adorable!

"Dije que iba a salir con un amigo".

"Con un chico. Entonces eso es una cita".

Casi me reí de su analogía, sobre todo porque era casi correcta.

Pero no estaba segura de si Luke estaba disfrutando de toda esa interacción. Quería saber qué pensaba, pero su rostro permanecía impasible, como siempre, con la mandíbula tensa.

"No siempre es así", le dije.

"De acuerdo. Pero, ¿te gusta?"

Luke no la regañó ni le dijo que parara, y me pregunté si él también quería una respuesta a la pregunta.

"Sí", exhalé. "Es simpático, divertido y bueno conmigo".

"Basta de preguntas, Milly", dijo por fin Luke. "Amelia tiene que ir a un sitio".

Su voz era dura y ronca, y aunque eso hacía cosas que no podía explicar en mi interior, a Milly no pareció molestarle la reprimenda de su padre.

“De acuerdo”, gimió poniendo los ojos en blanco antes de sonreírme.

“Diviértete”.

“Lo haré”.

Me alejé de ambos y me dirigí rápidamente a mi habitación. En cuanto cerré la puerta, me apoyé en ella y solté un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. Me puse una mano en el pecho, que latía rápidamente. De repente sentí como si hubiera corrido una maratón, pero sólo era el efecto Luke, como lo había llamado Bobby.

Por fin salí por la puerta y empecé a prepararme para mi cita.

Con otro hombre en mi mente.

***

# Capítulo 10

*Luke*

Había planeado volver a mi despacho como solía hacer después de recoger a Milly del colegio, pero allí estaba, paseándome por mi habitación por culpa de ella. Nunca antes había visto a una mujer tan atractiva y hermosa con ropa de construcción.

Llevaba el pelo largo y abundante recogido en un moño, lo que dejaba al descubierto su hermoso rostro. Su atuendo no era nada favorecedor. Llevaba una camisa y unos pantalones gruesos que ocultaban todos sus atributos, pero, de algún modo, seguía estando sexy. A pesar de llevar horas bajo el sol, seguía teniendo ese aroma a vainilla y fresa.

Odiaba admitirlo, pero me había alegrado de verla, sobre todo porque me había evitado durante todo el fin de semana. Sólo la veía durante el desayuno, la comida y la cena, y eso no era suficiente. Ansiaba su presencia de un modo malsano.

Todo eso sólo para oír que tenía una cita, con otro hombre.

Cuando Milly lo dijo, le pedí a Dios que no estuviera segura de lo que decía. Hasta que Amelia lo confirmó. Fingí que no me molestaba, pero en el fondo quería reclamarle algo.

*Sólo la besaste una vez. Supéralo*, susurró mi conciencia con dureza.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que me dolía.

Pasé días dándole vueltas a cada pequeña interacción que habíamos tenido desde el primer momento en que la vi. No podía dejar de pensar en su sonrisa, en su risa, que parecía ser solo para Milly. Me obsesionaba su olor, su rostro, su piel suave, y el recuerdo de sus labios sobre los míos. Estaba tan obsesionado que ni siquiera podía concentrarme en el trabajo.

Pero estaba claro que ella no sentía lo mismo. ¿Era yo el único que sentía tensión en el aire cada vez que ella estaba cerca? ¿Tan fácil le resultaba olvidar el beso que nos dimos? ¿Acaso el beso significaba algo para ella?

Supongo que no. Ella se estaba preparando para tener una cita mientras yo estaba aquí, suspirando por ella.

¿Acaso había venido para eso? No llevaba ni una semana aquí y ya estaba teniendo citas estúpidas con otros hombres.

Me pregunté brevemente quién era. ¿Cómo era? ¿Dónde se conocieron? ¿Cuánto hacía que se conocían? ¿Qué la atrajo de él?

Sé que dijo que sólo era un amigo, pero tuve la sensación de que mentía. Si sólo era un amigo, ¿por qué iba a salir con él?

"¡Maldita sea!" dije, pasándome una mano por el pelo, frustrado.

Debería haberme alegrado de que tuviera a otra persona. Podría ser la razón perfecta para superarla. Pero sabía que sería imposible.

Amelia tenía algo especial, algo que la hacía única, aunque no podía definirlo con precisión. Nunca antes había sentido algo así por otra mujer. Cada vez que la veía, sentía una atracción instantánea, como una corriente de electricidad que recorría mis venas. Cuando se acercaba, una chispa se encendía dentro de mí, y cuando nuestros labios se encontraban, todo cobraba sentido.

No podía explicarlo con palabras.

Me derrumbé en la cama, desmotivado para volver al trabajo. Podía tomármelo como una excusa para tomarme el tan necesario descanso que llevaba meses posponiendo. Pero en lugar de descansar, no dejaba de pensar en ella.

Me obligué a cerrar los ojos. Tal vez podría echar una ligera siesta y trabajar por la noche. Pero era aún peor con los ojos cerrados. Ahora, las imágenes de mi cabeza eran más claras y vívidas. Me obligué a pensar en otra cosa, como el deporte o la comida, pero mis pensamientos seguían vagando hacia donde estaba ella.

¿Qué estaban haciendo ahora? ¿Se divertían? ¿La había llevado al parque? ¿O a un restaurante caro de la ciudad? ¿Iban a una galería de arte? ¿O iban a ver una película?

Se me escapó otro gemido. ¿Por qué no podía apartarse de mi cabeza?

Permanecí despierto en mi cama hasta que llegó la hora de cenar. Fue entonces cuando me levanté, me duché y salí de la habitación. La mesa estaba casi vacía, sólo Milly y yo.

Melody me había informado antes de que no vendría a cenar, así que volvía a quedarse en casa de su novio. Me di cuenta de que echaba de menos la presencia de mi hermana en casa. Ya no pasaba mucho tiempo aquí debido a su trabajo.

Me negué a volver a pensar en Amelia. En lugar de eso, escuché a Milly contarme historias sobre su profesor de Música.

Después de cenar, estuve tentada de esperar a Amelia hasta que me di cuenta de lo patético y espeluznante que era.

*Ella no te pertenece,* tuve que recordarme.

Así que Milly y yo nos sentamos en el salón y vimos una película de acción y comedia. Prácticamente me engatusó para que la dejara verla, ya que su línea de defensa era que estaba en su fase de "soy una chica grande".

Habíamos llegado a la mitad de la película cuando me di la vuelta y vi que ya estaba dormida. Me reí en voz baja antes de apagar el televisor y llevarla a su habitación.

Después de acostar a Milly, volví a mi habitación e intenté dormir. Esta vez funcionó lentamente, porque estaba cansado. No dormí mucho durante todo el fin de semana, ya que decidí enterrarme en el trabajo. Apagué la lámpara de la mesilla mientras mis ojos empezaban a cerrarse lentamente.

Estaba casi dormido cuando me despertó el estruendo de mi tono de llamada. Con un gemido, cogí el teléfono de la mesilla y vi el nombre de Francesca en la pantalla.

No recordaba la última vez que habíamos hablado y, sinceramente, no quería hablar con ella. Ni siquiera me importaba saber por qué me llamaba, porque no teníamos absolutamente nada de qué hablar. Ignoré la llamada, pero el teléfono siguió sonando una y otra vez, pero no le presté atención.

Finalmente, el teléfono dejó de sonar y pronto me quedé dormido.

***

Me desperté en mitad de la noche, muy cansado y sediento. Salí de la habitación y me dirigí en silencio a la cocina para beber algo. Me acerqué al refrigerador y cogí una botella de agua fría. Al cerrar la puerta, me sobresaltó la presencia de alguien junto a la encimera. Me fijé bien y vi que era Amelia.

"¿Qué haces aquí?" Mi voz era baja y ronca.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo que llevaba puesto. Un vestido rojo largo con una abertura lateral que dejaba ver sus piernas, medias negras y tacones altos. De repente, sentí un cosquilleo en la piel al verla, hasta que recordé que se vestía así para otra persona.

Con la mandíbula apretada, me aparté de ella.

"¿Cómo te fue en tu cita?", dije, vertiendo agua en un vaso de cristal.

El líquido frío me sentó de maravilla mientras intentaba calmarme. Bebí otro sorbo y dejé el vaso vacío sobre la encimera.

Amelia no respondió. Se limitó a mirar al vacío con expresión inexpresiva.

“Me fue bien, sí”.

Intuí que quería decir algo más, así que indagué.

“¿Pero?”

“Me pasé toda la noche pensando en ti”.

Mi sangre latía con una fuerza inusitada. Traté de ignorarlo bebiendo otro sorbo de agua, pero cuando ella dio un paso hacia mí, todo intento fue en vano. Me esforcé por mantener la calma mientras se situaba justo frente a mí. El roce del dobladillo de su vestido contra mi cuerpo hizo que mi pulso se disparara.

Eso fue todo lo que necesité para perder el control. Le agarré la cara y junté nuestros labios. Nuestros labios se deslizaron, explorando la boca del otro. Su lengua bailó contra la mía, moviéndose suave y seductoramente.

“Luke”, ella gimió contra mis labios.

Sentí que sus dedos subían lentamente por mis brazos y apretaban firmemente el cuello de mi camisa con sus puños. Mi mano agarró con fuerza su muslo expuesto mientras la suya bajaba entre nosotros, rozándome a través de la tela de la ropa.

“¡Joder, Amelia, me vuelves loco!”, dije. Nos separamos un poco para recuperar el aliento y vi una sonrisa en sus labios.

“Esto es lo que siempre has querido, ¿verdad?”, susurró.

“Sí”, confesé.

Ella se inclinó hacia mí y me dio pequeños besos en el cuello antes de seguir pasando las manos por el borde de mis pantalones, tirando ligeramente de ellos hacia abajo. Mi dureza creció bajo su contacto, rogándole que no se detuviera. Como si pudiera leerme la mente, dejó que sus manos siguieran recorriendo mi torso hacia el sur, hasta que se posaron en la cintura de mis pantalones.

Mi teléfono empezó a sonar a lo lejos, pero seguí concentrado en lo que me estaba haciendo. Cuando su pulgar empezó a acariciarme la erección, gemí ruidosamente.

Su aliento me hizo cosquillas en la oreja mientras susurraba: “Contesta a tu llamada”.

Intentó apartarse, pero la agarré porque yo no quería que se detuviera. El teléfono seguía sonando y el sonido parecía cada vez más fuerte.

Amelia empezó a escaparse de mis manos mientras yo luchaba por sujetarla. El tono de llamada se hizo más fuerte a medida que pasaban los segundos, hasta que por fin abrí los ojos.

Gemí mientras agarraba el teléfono y lo lanzaba al otro lado de la habitación. Chocó contra la pared y se hizo añicos en el suelo.

¡Mierda! Había estado soñando con ella.

***

# Capítulo 11

*Amelia*

El ruido de sierras y martillos llenaba el aire, formando una sinfonía rítmica. El sol abrasador me calentaba la piel y recordé que no me había vuelto a aplicar la crema solar.

Ésta era una de las pocas partes de mi trabajo que no me gustaban. Bryce me había sugerido que usara una sombrilla si el sol calentaba demasiado, pero me reí de su sugerencia. Sería hipócrita y superficial por mi parte quedarme debajo de mi tonta sombrilla y ver cómo los obreros de la construcción se esforzaban bajo las inclemencias del tiempo. Estábamos juntos en esto, le había dicho, así que si ellos trabajan bajo el sol inclemente, yo superviso en las mismas condiciones.

Después de cuatro semanas de construcción, el granero estaba tomando forma poco a poco, y sabía que debería sentirme contenta. El proyecto, que era la razón principal por la que estaba aquí, avanzaba a buen ritmo. Acababa de recibir mi paga del último mes, ya había aprendido a amar este lugar y a la gente que lo habitaba, y además tenía a Bryce. Sin embargo, a pesar de todo, no podía dejar de sentirme infeliz, y aunque intentaba negarlo, sabía perfectamente por qué.

Luke llevaba semanas evitándome.

Me di cuenta después de la cita con Bryce. Nunca bajaba a cenar, siempre estaba en su estudio, en la habitación de Milly o en su dormitorio. Al principio pensé que estaba muy ocupado con el trabajo. Era un adicto al trabajo y, por lo que pude ver, llevar el rancho era bastante agotador. Pero confirmé que me evitaba a propósito cuando venía a inspeccionar los trabajos en curso en la obra y no me dedicaba ni una mirada, o las veces que me lo encontraba en la casa o fuera en el rancho, y no me decía ni una palabra.

Me preguntaba por qué me trataba así. ¿Por qué iba y venía? En un momento me miraba con tanta pasión y ardor, y al siguiente actuaba como si no supiera quién yo era.

Era confuso y frustrante.

Yo era un desastre y lo odiaba. No podía concentrarme bien en el trabajo, y cada vez que él se acercaba a la obra para ver nuestros progresos, me quedaba sin aliento.

Cada vez que él estaba cerca, sentía que me faltaba el aire. Mi piel se erizaba con solo verlo. Aunque solo nos habíamos besado una vez, no podía sacarlo de mi mente. Nunca antes un hombre me había hecho sentir así.

¿Por qué él? Traté de encontrar todas las razones para alejarme de él. Era arrogante, gruñón, antipático y melancólico. Estaba obsesionado con el trabajo y no estaba disponible emocionalmente.

También cuidaba mucho de su familia y trataba a su hija como una verdadera princesa. A pesar de su apretada agenda, siempre la llevaba y la recogía del colegio cada día. Hacía todo lo que ella deseaba, desde organizar fiestas de té hasta ver dibujos animados. Además, se dedicaba a fomentar su talento para el dibujo y la pintura. Un día, cuando visité su estudio, me encontré con dos de sus cuadros más recientes colgados en la pared.

También era increíblemente atractivo, y sentía que se me aceleraba el pulso cada vez que, por error, hacíamos contacto visual. Desde nuestra conversación en la que se disculpó por ser un idiota, nunca volvió a intentar nada de eso conmigo. Nunca fue grosero ni mandón. Simplemente actuaba como si yo no existiera.

Se suponía que yo debía ser feliz. ¿No? Pero no lo era. Le echaba de menos, todo de él, tanto lo bueno como lo malo. Echaba de menos las discusiones y las conversaciones acaloradas. Soñaba con él casi todas las noches. Tocándome, besándome, abrazándome...

“¡Amelia!” Oí que Bryce me llamaba.

Me giré para verle acercarse a mí con nuestro almuerzo en las manos y una sonrisa en los labios. La culpa se expandió en mi pecho mientras miraba fijamente a aquel hombre que me amaba, y me pregunté por qué no podía sentir lo mismo por él.

Después de hablar de trabajo la noche que me sacó a pasear, por fin me confesó sus sentimientos.

“Estoy enamorado de ti, Amelia”, me había dicho. Las lujosas luces del restaurante al aire libre al que me llevó iluminaban sus hermosos ojos color avellana, haciéndolos brillar.

“Solía decir que no creía en el amor a primera vista”, dijo suavemente, “pero entonces te conocí y todo cambió. Aquel día en que entraste en el edificio de oficinas, con aspecto confuso pero decidido, me sentí inmediatamente atraído por ti. Y desde nuestra primera conversación, no pude sacarte de mi cabeza. Quería verte todos los días. Quería hablar contigo, hacerte reír”.

Al principio me había quedado muda, intentando encontrar las palabras adecuadas para decirle. Me había mirado expectante, esperando una respuesta.

“Bryce”, había empezado, pero me había atragantado con las palabras.

Él había sonreído de una manera melancolía.

“No, por favor, déjame decir esto, Amelia. Nunca supe que pudiera enamorarme de alguien tan rápido como me enamoré de ti”, él continuó.

Sentí que me pesaba el pecho. Me había dicho que me quería desde que empecé a trabajar en la compañía de su padre. Me había amado desde entonces y no había dejado de hacerlo. No supe qué decir, así que me quedé mirándole mientras hablaba. Cuanto más hablaba, más me oprimía el corazón.

Había preparado mi discurso para decirle que no sentía lo mismo, pero él me pidió que nos diéramos una oportunidad.

Sólo una oportunidad. ¿Podría hacerlo? No sería demasiado difícil, sobre todo porque ya era mi amigo y era una persona muy simpática. Pero una parte de mí sabía que mi corazón estaba con otra persona.

“No tienes por qué darme una respuesta ahora, Amelia”, me dijo acercándose para apretarme la mano sobre la mesa.

Le había prometido que me lo pensaría, y no mentía. Después de todo, quizá Bryce era el indicado para mí. Nuestra historia parecía un romance laboral perfecto.

Pero no podía pensar en él así, sobre todo viviendo bajo el mismo techo con otro hombre que consumía mis pensamientos y actuaba como si yo fuera invisible.

“Conseguí la mejor ensalada de pollo de todo el estado de Wyoming sólo para ti”, anunció con orgullo al llegar a donde yo estaba.

Me reí y acepté la bolsa.

“Gracias”.

Todos los mediodías de las últimas cuatro semanas desde que empezó el trabajo, Bryce siempre salía a buscarnos algo de comer. Hoy le había dicho que quería ensalada de pollo, y se me encogió el corazón al pensar que me había hecho caso y me la había comprado. Entonces, la culpa volvió a golpearme con toda su fuerza. Ya me costaba mantener el profesionalismo entre nosotros, y no ayudaba que siempre intentara tener gestos amables conmigo.

Los dos fuimos a una sombra y nos sentamos a comer mientras hablábamos de cosas al azar. Después de comer, volvimos al trabajo y, unas horas más tarde, llegó la hora de culminar el día.

Me despedí de Bryce y volví a la casa. Me dio un vuelco el corazón cuando vi su coche aparcado delante de la mansión, lo que significaba que estaba en casa. Fue un poco sorprendente, sobre todo porque siempre volvía a su despacho después de recoger a Milly del colegio.

¿Por qué estaba hoy en casa? ¿Tenía otros planes para la noche?

Se me estrujó el corazón al preguntarme brevemente si tendría una cita con alguna chica.

*No seas ridícula, pensé. Luke no se relaciona con ninguna mujer, aparte de su hermana y su hija.*

Por alguna razón, aquel pensamiento me tranquilizó. Aunque actualmente yo no existiera para él, al menos no había ninguna otra mujer en su vida.

La casa estaba inusualmente silenciosa, lo que sugería que Milly dormía la siesta y Luke estaba en su habitación o en el estudio. Al pasar por su estudio vacío, me di cuenta de que no estaba allí. Me picó la curiosidad y no pude resistir el impulso de investigar.

Sin embargo, cuando llegué a su habitación, me invadió la timidez. Yo debía de estar hecha un desastre, empapada en sudor y cubierta de polvo. Mi atuendo dejaba mucho que desear.

Me retiré a mi habitación y me di una larga ducha. Después, me apliqué loción corporal y me puse un sencillo vestido azul vaporoso. Me cepillé el pelo, me puse un poco de perfume y brillo de labios, y salí.

Antes de darme cuenta, estaba delante de la puerta de Luke, con la mano preparada para llamar. Pero las dudas me asaltaban. ¿Qué le diría? ¿Exigiría respuestas por su comportamiento errático? ¿Estaba preparada para el silencio o para cualquier explicación que me ofreciera?

Mi determinación flaqueó y retiré la mano, alejándome. No podía irrumpir exigiendo respuestas. No me debía nada, ni explicaciones.

Suspiré profundamente y comencé a deambular sin rumbo fijo. Necesitaba despejar mi mente, alejar sus pensamientos. Un paseo por el rancho me pareció el antídoto perfecto.

Salí y me dirigí hacia el jardín. A pesar del tiempo que llevaba aquí, la belleza y la tranquilidad del rancho no dejaban de sorprenderme. Era la primera vez que salía de noche, y la luz de la luna añadía una dimensión encantadora al paisaje. Altas farolas iluminaban los caminos, invitando a explorarlos.

Mientras miraba a mi alrededor, me asaltó un pensamiento. Si Luke y yo estuviéramos en mejores condiciones, ¿me enseñaría personalmente su rancho? ¿Me llevaría a dar una vuelta por la ciudad en su coche?

Sacudí la cabeza para despejar aquellos pensamientos y me acomodé en un banco del jardín. La brisa del atardecer me alborotó el pelo y me invadió una sensación de serenidad. Era

exactamente lo que necesitaba para calmar mi mente inquieta.

Sin embargo, a pesar del tranquilo entorno, la agitación de mi corazón persistía. Mientras una parte de mí anhelaba llamar a la puerta de Luke y enfrentarse a él, otra estaba tentada de aceptar la propuesta de Bryce. Si lo hacía, sería más fácil olvidarme de Luke.

Se me aceleró el corazón cuando cogí el teléfono y pensé en llamar a Bryce. Su nombre me miraba desde la pantalla, listo para ser marcado. Pasé el dedo por encima del botón y se me oprimió el pecho.

"Amelia".

Jadeé y me giré rápidamente hacia el origen de la voz. Luke estaba de pie detrás del banco, mirándome con una intensidad que hizo que mi corazón diera un salto. Su camisa negra se ajustaba a su cuerpo, destacando su pecho fuerte. Con el pelo despeinado enmarcando su frente y esos ojos brillando de deseo, se veía peligrosamente atractivo.

Tragué saliva. "¿Qué haces aquí?"

Una voz en mi cabeza me reprendió, recordándome que era su rancho y que podía estar donde quisiera.

"A menudo vengo aquí a pensar", él respondió bruscamente.

La tensión flotaba en el aire cuando nos miramos a los ojos, y me costó respirar. "Nunca te había visto por aquí", conseguí decir al fin, rompiendo el hechizo que su presencia había provocado.

"¿Cómo sabes dónde estoy? ¿Me estás acosando?" Él se burló, con la voz teñida de humor.

Me burlé, y mi propia voz dejó entrever una pizca de diversión. "No seas tan creído".

Se rio suavemente, un sonido raro que me atrajo extrañamente. "Es la segunda vez que me dices eso".

Me devané los sesos recordando la primera vez. Fue el día que me recogió en el aeropuerto. ¿Cómo podía recordar tantos detalles? ¿Pensaba en mí tanto como yo en él? Parecía improbable, dadas las últimas semanas.

Sin saber qué decir, ignoré su comentario. Sin embargo, mi compostura vaciló cuando se unió a mí en el banco y el ambiente se cargó aún más.

"No has comido en casa en las últimas tres semanas", comentó.

Mi cuerpo luchaba con emociones contradictorias. ¿Debía concentrarme en el calor que emanaba de su proximidad o en el rico timbre de su voz?

"Sí", me aclaré la garganta. "Bryce me ha traído la comida".

La respuesta de Luke fue evasiva, pero percibí un cambio en su estado de ánimo. No podía entender sus constantes cambios entre la calidez y la indiferencia.

Di golpecitos nerviosos con los dedos sobre mi regazo, intentando aliviar la tensión. “Espero que estés satisfecho con el progreso del granero”.

“Sí”, respondió escuetamente.

“Quizá nunca lo he mencionado, pero tienes un rancho impresionante”.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, haciéndome palpitar el corazón. Todo en él era cautivador, incluso su sonrisa. “Eso me lo han dicho otros, pero viniendo de ti significa mucho”.

No pude evitar sonreírle. “¿Te das cuenta de que es la primera vez que me muestras aprecio?”

Se rio entre dientes, y me encontré saboreando el sonido. “Cuando me disculpé por ser un idiota, lo dije en serio”.

Quise replicar, preguntarle por qué me había evitado durante cuatro semanas, pero la tensión en el aire ahogó mis palabras.

“¿Por qué me has estado evitando?”, solté al fin.

***

# Capítulo 12

*Luke*

Nunca había imaginado el tormento del infierno, pero las últimas cuatro semanas me habían empujado a una experiencia dolorosamente amarga. Mantenerme alejado de Amelia era un infierno. Mantener las distancias con ella era, con diferencia, la tarea más ardua que había emprendido nunca, y no sólo era un reto, sino que se estaba convirtiendo en algo insoportable.

Cada día luchaba contra el impulso primario de acercarme a ella, de decirle algo, lo que fuera. Me esforzaba por actuar como si ella no existiera y, aunque lo hacía con destreza, la enorme dificultad que entrañaba todo aquello era poco menos que agonizante. Algunos días, lo único que ansiaba era estrecharla entre mis brazos, sentir su calor contra mí una vez más, pero me contenía firmemente.

Recurrí al único remedio que sabía que sería eficaz: me sumergí en mi trabajo. Prolongué mis horas en el rancho y en mi oficina. Incluso los fines de semana, cuando normalmente me permitía un descanso, me recluía en mi estudio. Mi objetivo era mantener mi mente incesantemente ocupada para que no se colaran pensamientos sobre ella.

Pero ni siquiera eso me impedía pensar en ella. Tampoco me impedía tropezarme con ella de vez en cuando.

Cada vez que el mundo me gastaba una broma cruel y me atormentaba con su presencia, ella siempre aparecía impecable. Y aunque creía que estaba haciendo todo lo posible por fingir que su presencia no me afectaba, me estaba muriendo lentamente por dentro, y estaba tan seguro de que sólo era cuestión de tiempo que se rompiera mi último hilo de resolución y cediera al ansia que sentía por Amelia.

Era una batalla constante entre lo que quería y lo que creía correcto. Y aunque sabía que tenía que hacer esto último, me castigaba internamente por ello. Sabía que si no lo hacía, no estaba

seguro de cuánto control podría tener sobre ella.

Amelia se estaba convirtiendo poco a poco en mi perdición. Y cada día tenía que pedir clemencia al cielo, literalmente, porque las cosas que quería hacerle... no eran apropiadas.

Hubo momentos en los que estuve a punto de hablar con ella.

La primera vez ocurrió cuando interrumpí su conversación con Milly en el salón. Debí haber dicho algo, lo quería hacer, pero en lugar de eso, simplemente le dije a Milly que ya era hora de dormir y me la llevé.

Las otras ocasiones eran cuando venía a inspeccionar el proyecto del rancho. Verla con su ropa de trabajo desataba en mí otro tipo de ansia. Pero siempre que la veía, estaba con aquel tipo, Bryce.

Apreté la mandíbula al imaginar su cara en mi cabeza. De repente deseé darle un puñetazo. Mi odio hacia él empeoró cuando confirmé que era el mismo tío con el que ella salía en una cita. Verlos juntos me dio ganas de vomitar. Era tan evidente que estaba patéticamente enamorado de ella. El tío siempre estaba cerca de ella, intentando llamar su atención, diciendo lo que fuera para hacerla reír y comprándole comida...

*Eres realmente patético*, susurró una voz en mi cabeza.

Entonces me di cuenta de que sólo estaba celoso. Él tenía lo que yo quería: su atención, sus sonrisas, su confianza. Me pregunté brevemente si ella sentía lo mismo por él. De todos modos, él era más de su tipo. Los dos trabajaban en la misma compañía, él era rico e incluso podía considerarse guapo. Yo era un rudo vaquero que trabajaba con animales y suciedad.

Nunca me había sentido tan celoso e inseguro, y eso hizo que la evitara aún más. No entendía qué me estaba haciendo, y pensé que me resultaría más fácil fingir que ella no existía.

Verla en el jardín fue estremecedor. Normalmente venía aquí a pensar o a despejar mi mente. Cuando la vi antes, tuve la tentación de alejarme, pero no pude. Necesitaba volver a oír su voz. Necesitaba que me mirara con aquellos ojos color avellana.

La mirada inquebrantable de Amelia se clavó en mí mientras esperaba mi respuesta.

“Me has estado evitando”, volvió a aventurar. “Quiero saber por qué”.

“Prefiero no entablar esta conversación”, respondí apretando los dientes.

Se burló, exasperada. “Es lo que haces siempre, ¿no?”

Algo en su forma de expresarlo me enfureció. Apreté la mandíbula y me levanté del asiento, dispuesto a marcharme.

“Lo evades todo. Ni siquiera puedes responder a una simple pregunta”.

*¡No tengo una respuesta sencilla!* quise gritar. Responder a su pregunta implicaría divulgar mis emociones más íntimas, y me pregunté si estaba preparada para oír la verdad. No sabía si estaba preparada para decírselo.

"Realmente quieres hablar de esto, ¿verdad?", pregunté, furioso. "Pues vale. ¿Quién es Bryce para ti?"

Amelia pareció sorprendida por mi pregunta. Sus ojos brillaron de ira y soltó otra burla.

"¿Qué relación tiene eso con la pregunta que te he hecho? Bryce no tiene nada que ver con cómo me has estado tratando".

Mi mandíbula se tensó. "¿Y cómo te he estado tratando, exactamente?"

"¿Hablas en serio?" Su voz se intensificó, con la ira evidente en sus ojos.

"Me has tratado como si fuera invisible", insistió. "Como si fuera insignificante".

Me reí con amargura. "No tienes ni idea, Amelia".

"¿Qué?", preguntó.

"¡He dicho que no tienes ni idea! Ni siquiera...", me corté en seco.

"¿Ni siquiera qué?", insistió.

"Olvídalo", murmuré, dándome la vuelta para marcharme. Di un par de pasos antes de que su voz me detuviera en seco.

"Eres un cobarde", ella escupió con veneno.

Me detuve en seco.

"Si tienes algo contra mí, dilo ahora o no vuelvas a dirigirme la palabra", su voz era decidida y enfurecida.

Apreté los dientes mientras la ira me consumía. Sus palabras me afectaban porque eran exactas. En efecto, yo era un cobarde.

"¿Sabes qué? Tienes razón", me volví y caminé hacia ella. "¿Quieres que te diga cómo me siento de verdad? De acuerdo. Vale. Odio verte cerca de Bryce".

"Bryce otra vez", empezó ella, pero yo intervine.

"Verte con él me enloquece. Es absurdo, porque es lo último que quiero sentir por ti, pero no puedo evitarlo. Te quiero solo para mí", me quejé.

Soltó un suspiro agudo cuando me acerqué. Sus ojos reflejaban numerosas emociones: asombro, deseo y rabia.

"Luke... No tienes derecho a sentirte así. No tienes derecho a dictar a quién debo o no debo tener cerca".

"Tú te lo buscaste", dije. "Querías que revelara mis sentimientos, ¿verdad?"

“Es evidente que no sabes lo que dices”, sostuvo.

Me burlé. “Acabas de tacharme de cobarde, ¿pero ahora *no* puedes soportarlo?”

Dio un paso atrás, creando espacio entre nosotros.

“Bryce es sólo un amigo. Le conozco desde hace años”.

“Tuviste una cita con él. No es sólo un amigo, Amelia”.

“¡Y eso no es asunto tuyo!”, gritó ella. “No puedes ignorarme durante un mes y de repente empezar a exigirme cosas”.

Inspiré profundamente, tratando de controlarme. Su olor jugaba con mis sentidos y lo único que deseaba era estrecharla entre mis brazos y silenciarla con un beso.

“¿Tienes idea de lo imposible que me ha resultado desde que te mudaste a mi casa?” murmuré entre dientes apretados.

Una mirada de dolor cruzó sus ojos durante un breve instante, hasta que se rio de manera sosa.

“Y yo que pensaba que habías cambiado”.

Se dio la vuelta para alejarse, pero la cogí de la mano y tiré de ella hacia mí.

“Suéltame”, dijo, intentando zafarse de mí. Pero sus protestas eran débiles y respiraba entrecortadamente.

“No te irás hasta que te haya dicho todo lo que tengo pensado”, dije.

Tenía el pecho apretado contra el mío y necesité mucha fuerza de voluntad para concentrarme en la tarea que yo tenía entre manos.

“No quiero oírlo”, insistió. “No has cambiado ni un ápice. Sigues siendo el idiota que conocí el primer día que estuve aquí”.

Se me oprimió dolorosamente el pecho mientras la miraba fijamente.

“¿Y sabes cómo me haces sentir? ¿Sabes siquiera el efecto que tienes sobre mí?”

Me miró fijamente con una emoción ilegible en los ojos.

“Mi cuerpo arde por ti, Amelia”, confesé. “Cuando estás a mi lado, pierdo el sentido de la razón. Lo único que quiero es besarte y tocarte”.

Ella jadeó suavemente. “Luke...”

“Por eso te he estado evitando, Amelia”, dije. “No puedo estar cerca de ti porque sé que no puedo controlarme a tu lado”.

Se quedó callada, pero su respiración era pesada y caliente contra mi piel. Apreté la mandíbula, resistiendo el impulso de cubrir sus labios con los míos.

“El beso que nos dimos...”

Se lamió los labios y reconocí el deseo en sus ojos.

Continué: “¿Sabes que aún sueño con eso? Fantaseo contigo”.

Llevé la mano a su cintura y la apreté.

“Quiero besarte, y esta vez no sólo en los labios. Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo”.

Ella apretó las manos que tenía en mi pecho, apretando mi camisa en sus puños.

“Durante el último mes, he albergado estos pensamientos en mi cabeza. He estado dando vueltas como un puto adolescente con las hormonas al rojo vivo”, dije, “sólo por ti”.

Otro jadeo escapó de sus labios mientras le besaba el lateral del cuello.

“Dime que tú también sientes esto”, susurré.

Su cuerpo se estremeció y sonreí contra su cuello. No respondió con palabras, pero por la forma en que reaccionó su cuerpo, supe que lo sentía tanto como yo. Volví a apretarle la cintura y ella se inclinó aún más hacia mí.

“Quiero besarte ahora mismo”, dije por fin, cogiéndole la cara entre las manos. “Y que Dios me ayude esta vez porque, esta vez sí, no estoy seguro de poder parar”.

En ese momento sonó su teléfono. Apreté los dientes ante la interrupción. Nuestra conversación había escalado demasiado rápido y demasiado pronto. Tal vez la llamada fuera una oportunidad perfecta para calmarme.

Me alejé de ella para dejarle espacio para contestar. Ella aún respiraba con dificultad cuando levantó el teléfono para comprobar quién llamaba. El identificador de llamadas no hizo más que encender las emociones que tanto me había esforzado por mantener a raya.

“Es Bryce, tengo que contestar. Él debe…” No me lo pensé dos veces. Le quité el teléfono de las manos y lo lancé tan fuerte como pude al campo.

“¿Qué...?”

Las palabras de Amelia se vieron interrumpidas por mis labios cubriendo los suyos.

***

# Capítulo 13

*Amelia*

El beso era caliente, áspero y furioso. Su lengua empujaba con fuerza en mi boca, su mano me agarraba el pelo con fuerza.

"¿Tienes idea de lo loco que me vuelves?", él susurró con dureza, trasladando sus besos a mi cuello mientras hablaba, dejando tras de sí mordiscos con la boca abierta. No pude contener el escalofrío que me recorrió.

"Luke...", gemí suavemente mientras una de sus manos me apretaba la cintura.

"Te deseo tanto que duele. ¿Lo entiendes? Me duele muchísimo. No puedo dejar de pensar en ti". Su aliento en mi garganta me hizo estremecer al decirlo. Mis manos se aferraron a sus hombros mientras me mordía suavemente el cuello, chupando un poco antes de soltarme el pelo.

La suave brisa del atardecer me hizo cosquillas en el vello del cuello, haciéndome estremecer de nuevo mientras me besaba suavemente la mejilla, un contraste con los ásperos besos que me había dado antes.

"Te necesito, Amelia". Su voz era suave y áspera de deseo. Necesité todo mi autocontrol para no gemir ante sus palabras. "Por favor, joder, dime que tú también quieres esto".

Me mordí el labio. "Te quiero... te necesito. Mucho".

Sus labios volvieron a encontrarse con los míos antes de que sus brazos volvieran a rodearme. Me agarró el culo con las manos y tiró de mí para acercarme, besándome hambrientamente como si no tuviéramos tiempo para respirar. El beso se convirtió en toda una sesión amatoria.

Era muy bueno y me sentía muy bien.

Volví a estremecerme debido a la brisa fría que me rozaba la piel. Luke se separó del beso lentamente. Tenía los ojos oscuros de anhelo y deseo. Sin decir palabra, me cogió de la mano y nos condujo a la casa.

Temblaba de expectación a medida que nos acercábamos más y más a la mansión. El deseo se abría paso en cada parte de mi cuerpo, deseando desesperadamente sentirle dentro de mí, llenándome.

Luke parecía sentir lo mismo, porque en cuanto entramos en el vestíbulo, cerró la puerta y volvió a golpear sus labios contra los míos.

“Luke”, jadeé mientras me agarraba el culo y me atraía contra él. “Alguien podría vernos”.

Emitió un sonido grave con la garganta. Con los labios aún en los míos, me levantó, me puso de pie y se dirigió hacia las escaleras. Rodeé su cintura con las piernas y arqueé la espalda, jadeando mientras él subía las escaleras.

Subimos los tramos a trompicones antes de detenernos ante una gran puerta. Su dormitorio.

Siguió besándome con rudeza mientras giraba la cerradura con gran facilidad. Mis manos se deslizaron bajo su camisa, recorrieron su piel esculpida y lo atrajeron aún más contra mí.

“Si sigues haciendo eso”, respiró con dureza, “no tendré más remedio que follarte en este pasillo”.

Sus palabras me recorrieron la espalda y sonreí contra sus labios. Ambos nos precipitamos en la habitación, y él cerró la puerta inmediatamente.

Se quedó a unos centímetros de mí, mirándome fijamente mientras ambos jadeábamos.

“Eres jodidamente hermosa”, exhaló. “Jodidamente irreal”.

Sus palabras me hicieron sonrojar de pies a cabeza. Antes de que pudiera responder, se acercó de nuevo y rozó sus labios con los míos. El beso fue suave, pero rebosante de pasión, y sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo. Me incliné hacia él, sincronizando nuestros movimientos. Su mano se deslizó por debajo de mi vestido, y sus dedos recorrieron la suave piel de mi muslo. Emití un gemido leve, mientras un escalofrío me recorría al sentir su caricia llegar hasta mis caderas.

Empujé ligeramente hacia delante para profundizar aún más el beso. Él gimió en señal de aprobación antes de levantarme de repente y llevarme a su cama. Me tumbó boca arriba e inmediatamente se quitó la camisa. Se me secó la boca al verlo. Su pecho estaba perfectamente esculpido, y los músculos de su abdomen ondulaban con cada movimiento mientras se desabrochaba el cinturón.

Impaciente, me incliné hacia él y le agarré el hombro, dejándole un rastro de besos en el cuello.

“¡Joder!”, dijo cuando uno de mis dedos le pellizcó un pezón.

Sentí sus manos recorrer mi cuerpo, deteniéndose justo debajo del vestido. Luego, su mano se deslizó por debajo del vestido y siguió subiendo hasta llegar a mis bragas. Solté un grito ahogado, y mis muslos se separaron involuntariamente mientras él bajaba las bragas con

suavidad, dejando que la tela se deslizara por mis rodillas. Su mirada no se apartó de la mía en ningún momento mientras las bragas caían lentamente al suelo.

Mi respiración se agitó y se me revolvió el estómago de lujuria mientras me besaba la pierna y me daba húmedos besos en la cara interna del muslo. A cada segundo que pasaba, sentía que mi excitación aumentaba. Sus labios recorrieron mi pierna hasta llegar a mi entrepierna.

"Oh, Dios...", jadeé cuando su lengua encontró mis pliegues. Los lamió, provocando oleadas de placer en mi interior. Gemí con fuerza en respuesta y me agarré a las sábanas. Mientras su lengua jugueteaba y giraba, me mordí el labio inferior. Una oleada de intenso placer recorrió mi cuerpo y empecé a retorcerme en la cama, gimiendo más fuerte que antes.

"Sabes muy bien", gimió, con la voz amortiguada por mí. Me agarró con fuerza por las caderas y metió la lengua más adentro. Gemí más fuerte, arqueando la espalda y acercando el cuerpo a su cara. Él sonrió satisfecho y se apartó momentáneamente, antes de volver a introducirse. Su lengua rodeó mi clítoris mientras mi espalda se arqueaba aún más, sintiendo cada vez más presión en mi interior. Era demasiado. No podía más. Me temblaron las piernas y me corrí con fuerza y sin previo aviso.

Él se incorporó y miró mi cuerpo, jadeando con fuerza mientras me miraba hambriento. Nuestros ojos se cruzaron y pude ver su dureza a través de los pantalones.

"Quitémonos esto ahora", dijo suavemente, cogiéndome del dobladillo del vestido y tirando de él hacia arriba, por encima de mi cabeza.

Lo lanzó a un lado, desabrochó mi sujetador rápidamente y lo retiró. Mis pechos quedaron al descubierto y sus manos empezaron a recorrerlos. Jadeé cuando me besó los pezones con intensidad y los chupó hasta que se pusieron de un rosado intenso.

"Todavía tienes demasiada ropa puesta", dije sin aliento. Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios mientras se quitaba rápidamente los pantalones y cogía un preservativo del cajón de la mesilla de noche. Me dio un vuelco el estómago cuando se puso el preservativo.

Había llegado el momento. Íbamos a tener sexo.

Luke se inclinó hacia mí y me dio un suave beso en los labios.

"¿Todavía quieres esto?", susurró mirándome a los ojos. Y, por un momento, percibí un atisbo de vulnerabilidad en ellos.

"Sí", respiré.

Sonrió y apoyó la frente en la mía. Nuestros ojos se clavaron y mi pecho se apretó cálidamente. Todo lo demás se desvaneció mientras él se deslizaba lentamente dentro de mí.

Un pequeño jadeo escapó de mis labios cuando me llenó. Un dolor sordo ascendió por mi columna mientras intentaba adaptarme. Se aferró a mí con fuerza, acariciándome el pelo con suavidad mientras permanecía inmóvil, esperándome en silencio. Noté que tenía los dientes apretados y los músculos tensos, y comprendí que se esforzaba por contenerse.

Ahora que me sentía cómoda, puse las manos en sus caderas y tiré de él hacia mí. Me miró a los ojos y le di mi aprobación silenciosa. Solté un suave gemido cuando empezó a moverse lentamente dentro de mí. Me sentí muy bien. Volví a apoyar la cabeza en la almohada mientras un fuerte gemido escapaba de mis labios. Sus dedos se enroscaron en mis costados y me besó el cuello, haciéndome estremecer.

Sus movimientos se hicieron cada vez más rápidos, y no pude evitar gemir mientras él profundizaba más, llenándome completamente. Las sensaciones eran más intensas que nunca. Ambos gemíamos, respiraciones calientes entrelazadas. Le agarré del cabello mientras él empujaba con más fuerza y profundidad, haciéndome sentir completamente llena. Mi espalda se arqueó de forma involuntaria. Me aferré a él con fuerza mientras su cuerpo continuaba moviéndose, su cara contorsionada por el placer y el sudor cayendo por su frente.

“Oh, Dios, sí...”, jadeé.

Me agarré a sus hombros y me apreté contra él, con las piernas enroscadas en su cintura.

“Joder, Amelia”, gimió, penetrándome una y otra vez. “Esto es una delicia”.

Todo mi cuerpo se estremeció ante la intensidad de sus movimientos. El placer me recorrió las venas y solté unos cuantos gemidos más, con las uñas clavadas en su piel.

Mis ojos se llenaron de lágrimas por la intensa sensación de placer que sentía. Nunca imaginé que pudiera experimentar algo tan agradable. Era como estar en el paraíso. Mi corazón latía con fuerza a medida que el placer alcanzaba su punto máximo. Todo mi cuerpo tembló con intensidad. Luke me abrazó con fuerza por la cintura mientras seguía con su ritmo. Finalmente, el clímax me envolvió por completo y exploté en sus brazos.

Su orgasmo llegó un instante después, y su cuerpo se estremeció sobre el mío. Se desplomó sobre mí y nuestros pechos subieron y bajaron al unísono.

“Ha sido... increíble”, dijo Luke sin aliento. Mi corazón empezó a latir rápidamente cuando se levantó de la cama y entró en lo que supuse que era el cuarto de baño. Me sentí aliviada cuando entró en la habitación con una toalla en las manos. Caminó hacia mí y me limpió lentamente. Se me encogió el corazón ante aquel gesto, sobre todo cuando se inclinó y me dio un suave beso en los labios antes de volver al baño.

Volvió a la cama y se tumbó en ella antes de rodearme con los brazos. Sonreí, dejando que la dicha se filtrara en lo más profundo de mi ser. Tras varios minutos de apacible silencio, nos desenredamos y nos tumbamos uno junto al otro bajo las sábanas, con su brazo alrededor de mi cintura. Apoyé la cabeza en su hombro, cerrando los ojos.

Quería decir algo, cualquier cosa, pero varias emociones me obstruían la garganta. Así que me quedé tumbada mientras los dedos de Luke acariciaban mi espalda desnuda. El lento movimiento continuó durante varios minutos, hasta que poco a poco me fui quedando dormida.

***

Abrí los ojos y sentí el cálido cuerpo de Luke apretado contra mi espalda. Intenté quitarle la mano que me rodeaba la cintura, pero me pesaba demasiado. Me mordí los labios mientras me zafaba lentamente de su abrazo. Aún profundamente dormido, se dio la vuelta hacia el otro lado. Exhalé un suspiro de alivio antes de levantarme de la cama y buscar mi ropa.

Aún sentía dolor mientras caminaba por la habitación, recogiendo el vestido, el sujetador y las bragas. Me puse el vestido sin la ropa interior y eché una última mirada a Luke, que dormía plácidamente. Al verlo descansar tan tranquilo, mi pecho se apretó. Sentí un calor en el corazón solo con verlo dormir; podría mirarlo así para siempre.

De repente, aparté la mirada de él y salí silenciosamente de la habitación. No sabía qué hora era, pero sabía que ya era temprano. Toda la casa estaba en silencio mientras me dirigía a la habitación de invitados. Entré en mi habitación, cerré la puerta y me desplomé en la cama.

Intenté obligarme a dormir de nuevo, pero no pude. Varios pensamientos se arremolinaban en mi cabeza. Tenía miedo de lo que pasaría más tarde, por la mañana. Luke me ignoró durante todo un mes, y el primer día que hablamos acabé en su cama. Ése era el fuerte efecto que ejercía sobre mí.

Y aunque no me arrepentía de la noche que pasamos, estaba... aterrorizada. ¿Y si volvía a las andadas después de lo de anoche? ¿Y si todo lo que dijo fue sólo para que me acostara con él? ¿Cómo podría siquiera enfrentarme a él si decidía ignorar mi existencia al despertar? No quería parecer una mujer necesitada sólo porque nos acostáramos.

“Nada ha cambiado entre nosotros”, me susurré. Acabábamos de acostarnos y no había necesidad de darle demasiada importancia. Si quería seguir ignorándome, que así fuera.

Cerré los ojos, intentando obligarme a dormir de nuevo. Mi corazón latía de preocupación, temiendo lo que pasaría por la mañana.

***

# Capítulo 14

*Luke*

Abrí los ojos con pesadez y gemí, entrecerrando los ojos ante la deslumbrante claridad de la habitación. La luz del sol matutino atravesaba las cortinas y proyectaba un suave resplandor por toda la habitación. No recordaba la última vez que había dormido hasta tarde, ni la última vez que había dormitado sin despertarme en mitad de la noche.

Los recuerdos de la noche anterior se agolparon en mi conciencia y se me calentó el pecho. Sin embargo, el ceño se me frunció al darme cuenta de que no estaba a mi lado. Parpadeando para alejar los restos de sueño, me volví hacia el espacio que había a mi lado, esperando encontrar a Amelia acurrucada bajo las sábanas. Para mi sorpresa, el lugar estaba vacío, dejando mi pecho desprovisto de calor.

Una ligera inquietud se apoderó de mí mientras me incorporaba y escudriñaba la habitación en busca de algún rastro de ella. Su perfume aún flotaba en el aire, un recuerdo de su presencia momentos atrás. Se me aceleró el corazón cuando levanté las piernas de la cama y me puse en pie.

“Quizá esté en el baño”, pensé, aunque una sensación creciente me decía lo contrario. “O debe de estar preparándose para ir a trabajar”, musité, sólo para recordar que era sábado y que Amelia no trabajaba los fines de semana.

Un dolor desconocido me punzó el pecho y no supe por qué me sentía así de repente. ¿Era demasiado desesperado por mi parte esperar que se quedara después de nuestra noche juntos? Reflexioné sobre estos pensamientos mientras miraba la hora, y me di cuenta de que ya eran más de las nueve de la mañana. Con un suspiro, decidí ducharme, vestirme y bajar para que el chef me preparara el desayuno.

Desvistiéndome, entré en el cuarto de baño para darme una ducha enérgica. Mientras cogía el cepillo de dientes eléctrico, mi mente se llenó de preguntas. ¿Cuándo se había marchado? ¿Por qué se había ido sin decir palabra? ¿Había hecho algo malo sin darme cuenta? ¿Se arrepentía?

El pavor se apoderó de mi estómago a medida que los pensamientos se apoderaban de mí. La incertidumbre me oprimía los hombros, pero me recordé que sólo podría averiguar por qué se había ido si me vestía y salía de mi habitación.

Al mirar mi reflejo en el espejo, me di cuenta de que necesitaba afeitarme. Hice nota mental de que me ocuparía de eso más tarde.

Bajo la cálida cascada de la ducha, me lavé y enjuagué rápidamente antes de volver a la habitación para vestirme. Mientras me ponía la ropa, sentí un cosquilleo en el pecho por la emoción de ver a Amelia esa mañana, especialmente después de la conexión profunda que habíamos compartido la noche anterior. Era evidente que algo había cambiado entre nosotros. La noche pasada había sido mágica, y necesitaba verla para entender hacia dónde se dirigía nuestra nueva relación.

Me apliqué loción en el cuerpo, me puse una camiseta sencilla y unos vaqueros y me peiné el pelo rebelde. Hacía tiempo que debía haberme cortado el pelo, pero podía esperar. Totalmente preparado, salí de mi habitación y me dirigí al cuarto de invitados.

La expectación latía en mi pecho. A pesar de que habíamos compartido una noche íntima, no podía esperar para ver a Amelia. Me había cautivado por completo, y lo que ocurrió anoche solo intensificó aún más mi deseo por ella.

Al pasar por la habitación de Milly, supe que su nueva niñera ya la había preparado para sus clases de pintura de los sábados en el balcón. Planeaba visitarla después de ver a Amelia.

Al acercarme a la habitación de invitados, oí voces procedentes del piso de abajo. Me detuve, reconociendo que no era una sola voz. Al acercarme, identifiqué una de las voces como la de Melody.

¿Por qué estaba aquí tan temprano? Melody no era conocida por madrugar; sólo se levantaba si tenía trabajo o asuntos urgentes. Mis pasos volvieron a detenerse cuando oí la segunda voz.

Apreté los dientes involuntariamente, pues reconocería aquella voz en cualquier parte. Era la voz que me había causado dolor y tormento en el pasado, la voz que me había dado noches de insomnio.

Francesca.

Estaba de espaldas a mí cuando entré en la cocina. Melody me vio primero y percibí una fugaz disculpa en sus ojos. Le respondí con un gesto de asentimiento con la mandíbula apretada.

“Hola, Luke”, saludó Melody.

Francesca se volvió inmediatamente para mirarme, y sus ojos se abrieron en un jadeo teatral.

“Lukey”, dijo, y volví a apretar los dientes. Siempre había detestado ese apodo, pero le había permitido que lo usara porque a ella le parecía lindo.

“Francesca”, respondí escuetamente con voz dura y rígida.

*¿Por qué estás aquí?* era la pregunta que me picaba en los labios, pero me contuve.

“¿Cómo te ha ido?”, preguntó ella, con voz suave y cálida.

“Bien”, fue la breve respuesta que di.

Como la incomodidad flotaba en el aire, por fin hice la pregunta que me rondaba por la cabeza. “¿Y tú?”

Francesca sonrió, recordándome brevemente su belleza con su larga melena rubia y sus llamativos ojos azules. Tenía el aspecto de una estrella de Hollywood, y su complexión alta y esbelta a menudo hacía que la gente comentara que podría ser modelo.

Pero su belleza ya no me atraía. En mi mente, se había convertido en otra cara bonita. Mi corazón, mi cuerpo y mi alma habían sido consumidos por otra persona.

“...me invitó a una sesión de fotos, pero la rechacé. Ya sabes lo prepotentes que pueden llegar a ser esos fotógrafos. Además, prefiero mantenerme alejada de los focos”. Francesca charló.

Había olvidado mencionar que con frecuencia alardeaba de su posible condición de famosa. El término “cara bonita de Hollywood” lo había acuñado ella misma.

También había olvidado que le había hecho una pregunta. “Oh”, fue todo lo que pude decir. No había prestado mucha atención a sus palabras.

“Sí”, dijo riendo suavemente, “he vuelto a Jackson para el próximo gran proyecto en el que estoy trabajando. Te daré todos los detalles luego, cuando nos pongamos al día”.

Me esforcé por encontrar una forma educada de decirle que no me interesaba ponerme al día.

“...fui de compras al centro comercial esta mañana cuando me topé con Melly...”, ella siempre le ponía apodos estrafalarios a las personas.

“...e impulsivamente decidí acompañarla al rancho”.

Lancé una mirada a Melody, que hizo una mueca de dolor como respuesta. Ella, más que nadie, debería haber sabido que la última persona a la que quería ver en una mañana luminosa como aquella era Francesca.

“¿Vas a quedarte el fin de semana, Mels?” pregunté, sin estar seguro de cómo dirigirme a la inesperada invitada que Melody había traído a nuestra casa.

“Sí”, respondió con frialdad, dejando claro que probablemente había tenido una pelea con su novio. Melody tenía su propia habitación en la mansión del rancho, y casi todas sus pertenencias estaban allí. Sin embargo, solo parecía quedarse en la casa cuando surgían desacuerdos con él. A pesar de que las disputas nunca eran demasiado graves, ella siempre regresaba feliz cada vez que él venía a buscarla. Estaban locamente enamorados, por no decir otra cosa.

“Los dejo para que... eh... se pongan al día, supongo”, murmuró Melody, excusándose.

“Ha sido un placer volver a verte, Melly”, dijo Francesca. “Deberíamos quedar en vernos alguna vez”.

Melody esbozó una sonrisa cortés. “Comprobaré mi agenda para ver si es posible”.

No pude evitar reírme por dentro. Era una forma excesivamente cortés de decir: “Estoy demasiado ocupada para pasar tiempo contigo”.

Cuando Melody se marchó, Francesca se acercó y me rodeó la cintura con los brazos.

“Te he echado de menos”, murmuró.

Por dentro, gemí.

“Dime, ¿qué has hecho?”, me preguntó.

“No mucho”, respondí.

“Venga, Luke”, se quejó. “Necesito los detalles. ¿O es que no me echas de menos? Porque yo te he echado mucho de menos”.

Me invadió una extraña sensación cuando su cuerpo se apretó contra el mío. Hubo un tiempo en que esto me había parecido bien, en que tener a Francesca en mis brazos era todo lo que deseaba.

Pero ahora, incluso con ella entre mis brazos, incluso mientras su perfume familiar llenaba mis sentidos, sólo una persona ocupaba mis pensamientos.

Necesitaba hablar con Amelia, estar cerca de ella, abrazarla, besarla.

“Francesca”, ronqué, con tono de advertencia. Sabía que no podía llegar y decir que me había echado de menos.

Apoyé la mano en su hombro, dispuesto a alejarla suavemente de mí.

Fue entonces cuando Amelia entró en la habitación.

***

# Capítulo 15

*Amelia*

Me detuve en seco al ver a Luke abrazado con otra mujer. Aunque solo era un abrazo, probablemente inocente, me golpeó como un puñetazo en el estómago. No conocía a la mujer, pero sentí una ola de ira y celos que me sorprendió. No podía creer que experimentara esos sentimientos por alguien con quien ni siquiera tenía una relación formal.

Los ojos de Luke se cruzaron con los míos, pero desvié rápidamente la mirada y me apresuré a ir a la cocina. Se me había quitado el apetito para desayunar. Me daba demasiado miedo enfrentarme a él después de la noche íntima que habíamos compartido. No estaba segura de cómo reaccionaría, y no estaba dispuesta a averiguarlo todavía.

Sin embargo, el destino parecía decidido a juntarnos, ya que inesperadamente me topé con él en la cocina, donde parecía bastante cómodo con otra mujer justo después de nuestro encuentro íntimo.

Me reprendí en silencio, recordándome: *Sólo ha sido sexo. Él no te pertenece.* Pero la cuestión era que yo quería que fuera mío, en exclusiva. Despreciaba la idea de compartirlo. ¡Maldita sea! ¿De dónde había salido ese pensamiento posesivo? Odiaba que Luke pudiera hacerme sentir tan desquiciada.

Quizá fuera una bendición disfrazada que otra mujer hubiera entrado en su vida, obligándome a enfrentarme a la realidad de que quizá no fuéramos más que amigos con beneficios.

La mujer se volvió hacia mí y casi me sorprendió su sorprendente belleza. Parecía sorprendida por mi presencia, y la forma en que me miró me hizo sentir como una intrusa. Su mirada era sutil pero penetrante, lo cual no pasó desapercibido para mí.

“Lukey”, ella le habló con una voz excesivamente dulce, “¿desde cuándo tienes señoritas viviendo contigo? Creía que eras un solitario”.

¿Quién era ella para Luke? ¿Una simple amiga, o había algo más en su relación? ¿Y qué demonios era “Lukey”?

“Amelia es sólo una amiga de la familia”, respondió Luke, intentando aclarar la situación.

¿Sólo era una amiga de la familia? ¿Eso era todo lo que pensaba de mí? Me dolía el pecho. ¿Se avergonzaba de mí? Sentía como si mis emociones estuvieran a punto de estallar. ¿Después de todo lo que había pasado anoche? ¿Todas las dulces palabras que me había susurrado? ¿Los besos tiernos y las caricias íntimas?

*Sólo era sexo, Amelia. Sólo fue sexo,* repetí como un mantra en mi cabeza. Los dos habíamos sucumbido a la desbordante tensión sexual y era hora de seguir adelante. Pero a pesar de mis intentos de ser racional, el dolor no disminuyó.

La hermosa mujer soltó una risa suave, alejándose de Luke y acercándose a mí. Con una sonrisa radiante, que solo aumentó mi incomodidad, dijo: “No te preocupes por sus modales; ni siquiera se molestó en presentarnos. Soy Francesca, el amor de la vida de Luke”.

Sentí como si alguien me hubiera asestado un golpe en el pecho. Ella sonaba muy dulce y alegre, lo cual era algo que yo no podía soportar. Parecía como si compartieran una historia, y aborrecí los celos que brotaban de mi interior.

“Francesca”, dijo Luke, con tono de advertencia.

Ella se rio. “Vaya, sólo bromeaba”, le dijo, poniendo los ojos en blanco antes de volver su atención hacia mí. “Era broma”, aclaró. “Soy su exnovia. Aunque creo que si hurgara profundamente en su frío corazón, resurgiría el hombre cariñoso que una vez conocí”.

Sentía una agonía interna que me hacía desear poder abrazarme el pecho para calmarme. Comparada con Francesca, me parecía imposible igualarla. Ella tenía el aspecto de una modelo, con su cabello rubio radiante, una nariz perfectamente recta, pómulos altos y unos ojos azules deslumbrantes. Su estatura era imponente, y sus curvas estaban en los lugares justos.

De repente, me sentí simple y poco atractiva a su lado. Yo llevaba una camiseta de tirantes y pantalones de chándal, con el pelo recogido en un moño desordenado que nada tenía de estilizado. En contraste, Francesca lucía impecable con una blusa abotonada y pantalones ajustados. Su maquillaje sutil realzaba sus exquisitos rasgos, y parecía que acababa de salir de una sesión de fotos, a pesar de que sólo eran las diez de la mañana.

Francesca me tendió la mano para estrechársela, y me planteé la idea de ser despectiva y alejarme de las dos. Pero sabía que eso habría sido innecesariamente cruel, especialmente porque, en primer lugar, Luke no me pertenecía. No tenía derecho a sentirme posesiva ni a intentar reclamarlo.

Resignada, tomé su mano. Era notablemente suave, como si Luke tuviera una preferencia por las manos delicadas. Las mías no estaban callosas, pero tampoco eran tan suaves como las de Francesca, debido al trabajo manual que realizaba.

Recordé que él me había llamado "*amiga de la familia*" y sentí que la ira me invadía nuevamente. Él no merecía ni mi tiempo ni mis emociones.

"Encantada de conocerte, Francesca", dije, forzando una sonrisa artificial.

"Si me disculpas".

Sin esperar más palabras, me di la vuelta y salí de la cocina. Abrumada por las emociones, de repente me entraron ganas de llorar.

*No merece la pena. No merece la pena*, canturreaba en mi cabeza mientras me dirigía a la habitación de invitados. Al entrar en la habitación, estaba a punto de cerrar la puerta de un empujón cuando Luke impidió que se cerrara.

"Amelia".

"¿Qué quieres?", pregunté, con la voz más aguda de lo que pretendía.

"He venido a hablar contigo. Me dirigía a tu habitación antes de...", se interrumpió, con la frustración evidente en el rostro. "Mira, no sabía que Francesca iba a venir, ¿vale?"

Solté una risa sin gracia. "No tienes que explicarme nada, Luke. Sencillamente, no me importa".

"Amelia", dijo en voz baja, cogiéndome del brazo.

Se me puso la piel de gallina, un vívido recuerdo de cómo había sentido su contacto la noche anterior. Tenía un efecto poderoso e intenso sobre mí, y precisamente por eso necesitaba que se alejara de mí lo antes posible. Aparté la mano de la suya, recordando todas las razones por las que no debía enredarme con él.

"Le dijiste que yo sólo era una amiga de la familia", me burlé con sarcasmo. "Qué original".

Luke apretó la mandíbula mientras los recuerdos de la noche anterior invadían su mente. Siempre apretaba la mandíbula cuando yo lo tocaba o cuando él se movía dentro de mí.

"Ya que quieres jugar a este juego, está bien. Juguemos", enfureció. "Te despertaste, recogiste tus cosas y saliste sigilosamente de la habitación".

"¿Qué se supone que debía hacer?", respondí a la defensiva. "¿Quedarme en tu cama y acurrucarme contigo?"

Una emoción ilegible parpadeó en sus ojos.

"Saliste de la habitación antes de que me despertara. Ni siquiera tuviste la decencia de decirme que te ibas".

“Porque estabas dormido”, grité.

“Eso es mentira, y lo sabes. Dime por qué te fuiste”, dijo.

Me reí con incredulidad. “No puedo creer que estemos teniendo esta conversación ahora mismo. Esto es muy absurdo”.

“¿Lo es? ¿O es que te da miedo enfrentarte a lo que ha pasado?”

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras lo miraba fijamente. Su respiración era pesada y furiosa, mientras yo luchaba por articular mis pensamientos. ¿Cómo podía explicarle que estaba aterrorizada? Aterrorizada por lo fuerte que era mi atracción hacia él, aterrorizada por cómo parecía perder el hilo de mis pensamientos cada vez que él estaba cerca, aterrorizada por mis propios sentimientos y aterrorizada por sus sentimientos hacia mí, si es que tenía alguno.

“Sólo tuvimos sexo, Luke”, le dije con dureza. “¡Supéralo!”

Una parte de mí deseaba poder retirar mis palabras, sobre todo al ver el dolor en sus ojos.

“¿Sólo tuvimos sexo?”, repitió con una risita incomoda. “¿Eso fue todo lo que significó para ti?”

Intenté controlar los latidos de mi corazón.

“Sí”.

La palabra brotó de mis labios entrecortada.

Luke se acercó un paso más hacia donde yo estaba.

“¿Sabes lo que odio más que nada? La mentira. Y tú eres una mentirosa, Amelia”.

Sus duras palabras resonaron en mi pecho, y sabía que en parte me lo merecía. Sin embargo, no tenía derecho a llamarme mentirosa cuando él era aún peor.

“Tienes mucho valor para insultarme”, gruñí. “Acabo de pillarte intimando con otra mujer”, *justo después de tener sexo*, quise añadir, pero no lo hice. “¿Y aquí me acusas de mentirosa porque dije que sólo era sexo? ¿Qué es lo que quieres?”

“¿Intimando? Ella sólo me estaba abrazando, por el amor de Dios”.

“Y si yo no los hubiera visto, ¿qué más habría pasado?”

Luke se rio, y el sonido me irritó aún más. Me hizo sentir como si no supiera de lo que estaba hablando.

“Para alguien que dice que lo de anoche *fue solo sexo*, te preocupas demasiado por lo que hago con otras mujeres”.

Tuve ganas de darle un puñetazo en la cara.

“Francesca es mi exnovia, a la que no veo desde hace mucho tiempo”.

“¡Cállate!”, dije sin pensar.

No quería oír hablar de ella. No quería saber quién era ella para él. No quería oírle hablar de ella. No quería quedarme el tiempo suficiente para averiguar si lo que ella decía era cierto, si aún sentía algo por ella en algún lugar profundo.

Pero me dolía el pecho ante esa posibilidad. Hablaba de ella con un cariño que me daban ganas de vomitar. Salían juntos, lo que significaba que también tenían relaciones sexuales. ¿La besaba o la tocaba como me tocaba a mí? Con su grande y dura...

"Aquí la hipócrita eres tú, Amelia", continuó. "Me acusas de tener una relación íntima con Francesca. ¿Y Bryce?"

"Bryce es un querido amigo mío. No puedo creer que me hagas aclararlo una vez más".

"Esperas que te crea, pero ni siquiera confías en mí cuando te digo que Francesca es sólo mi ex".

Me quedé mirándole, sin palabras. Esta discusión se había descontrolado. Lo único que quería era un desayuno tranquilo, no este acalorado debate. ¿Sobre qué estábamos discutiendo?

"Mira, no quiero seguir discutiendo. Probablemente deberías irte ya. Después de todo, tienes una invitada esperándote". Me dirigí hacia la puerta, con la intención de abrirle. A pesar de ser su casa, yo merecía mi intimidad.

"¿Ella se va a quedar aquí también? ¿Hay otras habitaciones de invitados en esta casa? Sería un inconveniente compartir mi habitación, pero supongo que no tengo elección..."

Luke me interrumpió tirándome del codo, lo que hizo que chocáramos y nuestros cuerpos quedaran pegados.

"Sólo... detente", él me instó apretando los dientes.

Mi respiración se agitó al clavarle los ojos. Podía discernir las emociones en su mirada, el deseo, la tensión.

"Sigues fingiendo que no te importa", dijo en voz baja, con su cálido aliento acariciándome la cara. "Sigues fingiendo que no sientes esto". Su mano me apretó suavemente la cintura. "Pero sé que lo sientes".

"Luke", exhalé.

"¿De qué tienes miedo?", susurró.

*¡De esto!* Quería gritar. Tenía miedo de que yo no le importara de verdad, de que tal vez su corazón no pudiera comprometerse plenamente conmigo. Tal vez aún perteneciera a otra persona, y lo que había ocurrido entre nosotros fuera simplemente físico.

Me parecía una repetición de lo que yo había vivido con Trent, y no podía soportar volver a pasar por eso.

Suspiré y me separé de él.

“Luke”, comencé, “anoche fue increíble, pero eso es todo lo que puede ser”.

Él sacudió la cabeza.

“No lo dices en serio”.

Casi gruño. ¿Por qué él era tan testarudo?

“¡Sí, lo digo en serio! De ahí no puede pasar”.

Había conseguido zafarme de su abrazo y ahora estaba a cierta distancia.

“Amelia, no quiero...”, se detuvo un momento antes de continuar, “no quiero que esto... que hay entre nosotros acabe en una mera conexión física. Quiero más”.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió, dejando ver a Francesca. Sus ojos se posaron en nosotros y soltó un grito ahogado.

“Oh... Lo siento. Yo estaba buscando el baño”, dijo fingiendo cortesía con una sonrisa falsa. Apreté los dientes y vi a través de su fachada. ¿Qué quería? ¿Quería recuperar a Luke? ¿Luke la quería a ella?

“Sabes que hace años que no vengo por aquí”, ella continuó, con un tono sugerente mientras lo miraba. “No recuerdo muy bien dónde están las cosas”.

Luke la miró con una expresión inescrutable en los ojos. Volví a apretar los dientes. Ella seguía teniendo un efecto sobre él, lo que no hizo sino avivar mi ira.

“Ahora los dejaré solos a los dos”.

Lanzó una última mirada en mi dirección antes de marcharse. Carecía de energía para descifrar la mirada que me dirigió; simplemente ansiaba escapar de aquel enredo.

“Amelia, escúchame”, Luke empezó a caminar hacia mí cuando Francesca después de que Francesca se marchara, pero levanté una mano para detenerlo.

“No, Luke”. Mi voz contenía firmeza.

“No sé si pensabas que aquí había algo”, señalé entre nosotros, “pero créeme, no es nada. Claro que hay una fuerte conexión y química entre nosotros, y haces que me olvide de mi pasado, y de mi ex, y si te soy sincera, anoche fue divertido. La más divertida que he tenido en años, pero ahora te digo toda la verdad sobre mis sentimientos. No siento nada por ti, y nunca lo sentiré. Hemos follado. Pero eso es todo”.

“Amelia”.

No iba a irse, y yo no soportaba seguir en la misma habitación que él.

Luché por contener las lágrimas mientras salía furiosa de la casa. No sabía adónde quería ir. Sólo quería escapar. Recordé mi teléfono estropeado y decidí ir a una tienda de telefonía.

Las duras palabras que le había dicho a Luke resonaban en mi mente. Eran mentiras, pero decirle eso era lo mejor. Esto, fuera lo que fuera, no podía funcionar.

***

# Capítulo 16

*Luke*

"¡Amelia!" la llamé, pero me ignoró y aceleró el paso.

Caminé aún más rápido, necesitaba llegar hasta ella. Necesitaba que habláramos de esto, de nosotros. Odiaba cómo se había desarrollado la conversación. Se suponía que ni siquiera debíamos hablar de todo eso. Mi plan inicial era limitarme a saber cómo estaba y por qué se había escapado de mi habitación esta mañana. Habría sido una conversación más sencilla, pero como Francesca decidió aparecer por arte de magia, se convirtió en una discusión en toda regla.

Intenté recordarme a mí mismo que todas las palabras que ella me decía eran mentira. No eran ciertas, y podía verlo en sus ojos y en la forma en que reaccionaba ante mí. También lo sabía porque ella era igual que yo. Intentaba protegerse construyendo varios muros a su alrededor.

*No siento nada por ti y nunca lo sentiré.*

Me negué a creer que lo dijera en serio. Sólo intentaba protegerse de mí.

Me reí de la ironía de la vida. Al principio, fui yo quien la trató mal porque no quería involucrarme con ella. Ahora, soy yo quien anhela su presencia. Cómo han cambiado las cosas.

Pero, ¿y si me estaba diciendo la verdad? ¿Y si eso era realmente lo que sentía por mí? ¿Y si para ella solo era sexo? ¿Y si yo estaba en negación, incapaz de aceptar la realidad? Que en realidad no sentía nada por mí, y que yo solo era una distracción conveniente.

Sentí una punzada en el corazón y casi no podía respirar.

"¡Amelia!" volví a gritar, y en ese preciso instante oí el ruido de la puerta principal al abrirse y cerrarse de golpe.

Amelia había salido de casa y yo pensaba seguirla. Sabía que probablemente estaba en algún lugar del rancho, ya que no conocía ningún otro sitio aquí.

Pero mis pasos se detuvieron cuando Francesca apareció de repente delante de mí.

“Lukey, te he estado buscando”, dijo sin aliento.

Apreté los dientes. No era el momento adecuado para las artimañas de Francesca.

“No he visto a Milly. Dios mío, ya debe de estar muy grande”, siguió divagando, cabreándome aún más.

“¿Qué quieres, Francesca?”, suspiré.

Francesca soltó una leve risita. “¿Qué quieres decir?”

“Mira, Francesca. No tengo tiempo para esto”.

Me esforzaba por mantener la calma. No quería ser grosera ni irrespetuosa. Era el camino más fácil para poner fin a una conversación como ésta. Amelia me había cambiado para mejor.

“¿Qué haces aquí en Jackson?”

*En mi casa,* estuve tentado de añadir, pero me callé.

La máscara de Francesca cayó por fin. Suspiró y se acercó a mí.

“Lo siento, Luke”, empezó, y yo gemí.

Ella no me había detenido sólo por esta mierda, ¿verdad?

“Mira, Francesca”, intenté interrumpirla, pero ella siguió hablando.

“Sólo dame unos minutos de tu tiempo, Luke. ¿Por favor?”

Apreté la mandíbula.

Cuando vio que no me iba, suspiró y continuó.

“Siento todo lo que pasó entre nosotros hace años”, dijo en voz baja mirándome a los ojos. “Siento cómo te traté y la forma en que elegí mi carrera antes que a ti. Fue injusto dejarte así, sobre todo después de...”, ella hizo una pausa, me miró y continuó, “sobre todo después de lo que ya había pasado con tu mujer”.

Apreté los dientes, pero mantuve la calma. Como no dije nada, siguió hablando.

“Fuiste muy bueno conmigo. Fuiste el novio perfecto e hiciste todo lo posible para que nuestra relación funcionara, pero para mí no fue suficiente”, soltó una risita triste. “Te pedía demasiado, y en ese momento de tu vida, eran cosas que simplemente no podías darme”.

Me pasé una mano por la cara.

“Francesca”.

“No, por favor, déjame terminar. Aún te quiero, Luke”, confesó. “Pensé que podría vivir sin ti, pero me equivoqué. Estar sin ti fue muy difícil, y me di cuenta de que no quiero una vida sin ti. Sé que me tomó años darme cuenta, pero tenía miedo. Miedo de que no quisieras que volviera”.

*¿Por qué has vuelto ahora?* quise preguntar, pero me guardé mis pensamientos. Si Francesca hubiera vuelto semanas o incluso meses después de marcharse, confesándome todos esos

sentimientos, tal vez la habría aceptado de nuevo sin dudarlo. Una vez la había deseado desesperadamente, creyendo que no podría vivir sin ella.

Sin embargo, cuando confesó sus sentimientos ante mí, me di cuenta de que ya no podía sentir lo mismo por ella. Como mucho, me quedaba un sentimiento de lástima, pero incluso la ira que antes sentía hacia ella se había desvanecido. Había llegado a comprender que yo también era responsable de nuestros problemas pasados. Quizá tenía razón. Quizá entonces yo estaba demasiado roto para ella.

Ahora estaba decidido a cambiar eso con Amelia. Me negaba a dejar que mis miedos e inseguridades del pasado me impidieran abrazar plenamente mis sentimientos.

"Francesca, éste... no es el momento adecuado para esto", dije finalmente.

Parecía dolida, y sentí una punzada de culpabilidad. Una vez la había amado, y una parte de mí aún dudaba en causarle dolor.

"Lo entiendo", se rio, secándose las lágrimas invisibles de los ojos. "Aparecí aquí sin avisar. Lo siento".

"No, no se trata de que no supiera que ibas a venir", añadí, aunque seguía sin alegrarme por ello. "Es que ya no te quiero. Han pasado años, Francesca. He seguido adelante. Te perdoné por lo que hiciste, y también me perdoné a mí mismo por estar demasiado jodido en ese entonces".

"No quería decir esas palabras que te dije, Luke. Me arrepentí durante meses y años. Fue terrible lo que dije", intentó defenderse.

Me limité a negar con la cabeza. "No pasa nada. En parte tenías razón. Aún no me había curado del todo de la pérdida de mi mujer. No era justo para ti. Pero tampoco fue justo que insinuaras que me estaba curando con mucha lentitud", reí. "Ahora comprendo que curarse lleva su tiempo".

"Lo siento mucho, Luke", se disculpó Francesca por enésima vez, y esta vez sus lágrimas parecían auténticas.

Joder. Ahora lloraba de verdad, me incomodaban las lágrimas. Milly lo sabía y a veces había utilizado sus lágrimas en su beneficio cuando quería algo de mí.

"Francesca", me acerqué más a ella, con la intención de ofrecerle algo de consuelo. Pero me arrepentí de esa decisión cuando me rodeó la cintura con los brazos y enterró la cara en mi pecho.

Mierda.

"He venido desde California por ti, Luke", sollozó, con la voz apagada contra mi camisa. "Mi vida no ha valido nada sin ti".

Apreté los dientes. “No digas eso”, dije con firmeza, levantándole la cabeza para que pudiera mirarme. “Nadie debería hacerte sentir que vivir sin él no vale nada. Nadie debería tener tanto poder sobre ti”.

Yo era un mentiroso y un hipócrita. Temía lo que ocurriría si Amelia decidía atenerse a sus palabras o si un día decidía abandonar el rancho.

El pecho me latía con fuerza. No quería pensar en esa posibilidad. Primero quería ganármela.

Entonces recordé que yo tenía que estar en un sitio importante, así que retiré suavemente los brazos de Francesca de mi cintura.

“Pero así es como me siento”, ella gimoteó, intentando secarse las lágrimas.

Suspiré. “Bueno, al menos asegúrate de que la persona por la que sientes algo siente lo mismo”.

Ella se estremeció un poco, como si mis palabras la hubieran afectado, pero no le di importancia. Yo tenía que estar en otro sitio.

“Sé que han pasado años, pero estoy segura de que aún podemos arreglar algunas cosas. El amor no desaparece tan rápido”, sugirió. Tal vez tenía razón, pero yo no podía ignorar el vacío en mi pecho: no había nerviosismo, ni piel de gallina, ni escalofríos, ni latidos acelerados.

Nada.

Entonces me di cuenta de que quizá nunca la había amado tan profundamente como creía.

“A veces confundimos el amor con el enamoramiento o la lujuria, o ambas cosas”, reflexioné. “Ésos se desvanecen con facilidad, ¿verdad?”

Su grito ahogado confirmó el dolor que habían causado mis palabras.

“¿Estás diciendo que nunca me has amado?”, preguntó con la voz temblorosa. Suspiré.

“En aquel momento, creí que sí. Pero ¿y si no era amor? Dijiste que el amor no se desvanece rápidamente, pero ahora no siento nada por ti. Entonces, ¿fue encaprichamiento, lujuria o ambas cosas?”

Se quedó muda mientras me alejaba.

“Tengo que irme, Francesca”, dije, deseando que se hubiera ido para cuando volviera. No se lo dije, pero esperaba que comprendiera que ya no era bienvenida.

Al salir de casa, busqué a Amelia por el rancho, pero no encontré rastro de ella. El corazón me dio un vuelco. ¿Dónde podría haberse metido? Pregunté por ella en un cobertizo donde almorzaban mis trabajadores.

“¿Alguno de ustedes ha visto a mi invitada?”, pregunté. Puede que no conocieran a Amelia por su nombre, pero sabían que sólo tenía una invitada.

Uno de ellos respondió. “Ha pasado por delante de nosotros hace casi veinte minutos”. Todos asintieron.

“Sí, nos preguntó dónde podía conseguir un teléfono nuevo”, añadió otro. Se me encogió el corazón al darme cuenta de que me había olvidado de su teléfono roto. Había sido un imbécil.

“¿A dónde la enviaste?”, pregunté con la voz impaciente.

“Al centro comercial más cercano a nosotros, en Hunter's Creek”, respondió. Sin esperar su respuesta, me dirigí furioso a mi coche, subí y encendí el vehículo.

Mi corazón se aceleró por varias razones. Esperaba que estuviera a salvo. ¿Cómo habría llegado al centro comercial? ¿Por qué no se había quedado en el rancho? ¿Tanto necesitaba estar lejos de mí? ¿Hasta qué punto le había estropeado el teléfono para que necesitara uno nuevo?

“Maldita sea”, murmuré, frustrado por mi incapacidad para manejar mejor las cosas. Incluso cuando tenía buenas intenciones, siempre conseguía estropearlo todo.

Esta vez, estaba decidido a no dejar que las cosas se desmoronaran.

*Esta vez no*, me dije. Necesitaba hablar con Amelia, definir lo que teníamos. Estaba cansado de fingir que no había nada entre nosotros, aunque no estaba del todo seguro de lo que sentía. Sólo sabía que estaba dispuesto a luchar por lo que fuera.

Al llegar al centro comercial en un tiempo récord, salí del coche y entré en el edificio. Busqué en todas las tiendas que vendían teléfonos o accesorios. Primero en una, luego en otra, pero ni rastro de Amelia.

Agotado y sin aliento, entré en una segunda tienda de teléfonos, repitiendo mi búsqueda. Estaba a punto de rendirme cuando la vi.

Su figura era inconfundible.

Seguía vistiendo la misma camiseta de tirantes y los mismos pantalones de chándal. Pero eso no fue lo que más me llamó la atención.

Era que estaba con Bryce, y él la tenía abrazada. Sin pensarlo, empecé a caminar hacia ellos, con la vista puesta únicamente en Bryce.

***

# Capítulo 17

*Amelia*

Entré en el bullicioso centro comercial. El aire del lugar estaba cargado de una energía vibrante que consiguió distraerme de mis pensamientos contradictorios. Deseé quedarme aquí y no tener que volver al rancho.

Mi corazón aún no se había calmado, sobre todo al recordar la expresión de la cara de Luke cuando le mentí. Parecía dolido. Había estado tentada de volver a la casa y decirle la verdad, pero no lo hice.

¿Y si sólo estaba fingiendo? ¿Y si ni siquiera sabía lo que quería? ¿Y si sólo me quería por mi cuerpo?

Había una probabilidad de que cualquiera de esas cosas fuera cierta, así que hice lo que tenía que hacer para protegerme.

*Hiciste lo correcto, me susurré.*

Navegué por el laberinto de tiendas con la esperanza de encontrar el teléfono perfecto que satisficiera mis necesidades. Pasando junto a tiendas de ropa y zapaterías, llegué por fin a la sección de electrónica. Filas de aparatos elegantes y pantallas deslumbrantes me dieron la bienvenida. Al acercarme a la tienda, me atrajeron sus luces brillantes y su acogedora entrada.

Entré y miré a mi alrededor. La tienda estaba casi vacía, salvo por la dependienta que estaba sentada detrás del mostrador. Cuando me vio, sonrió y se acercó a mí.

“Hola. ¿En qué puedo ayudarte?”

“Busco un teléfono nuevo”, contesté.

“Muy bien. ¿Tienes en mente alguna marca en particular?”

No tenía en mente ninguna marca en particular. Sólo tenía algunas necesidades y preferencias concretas. Así que se los expliqué y ella me escuchó pacientemente. Sólo necesitaba que me

ofreciera sus valiosas ideas y recomendaciones.

“Vale”, dijo cuando terminé de hablar. “Creo que...”

“¡Amelia!” Una voz familiar me llamó desde atrás, interrumpiendo nuestra conversación.

Me volví y vi a Bryce de pie a unos metros detrás de mí, con una sonrisa en la cara. Se me encogió el corazón al instante.

“Hola, Bryce. ¿Qué haces aquí?”, le pregunté mientras se acercaba a donde yo estaba.

“Sólo he venido a por comida para la semana”, respondió.

“¿Qué te pasó ayer?”, él preguntó, y fruncí el ceño, confundida.

“Estábamos hablando por teléfono cuando la llamada se cortó de repente”.

Ah. Ya había olvidado que había estado hablando con Bryce. Los únicos recuerdos claros que tenía de la noche anterior eran de cuando Luke me había besado.

“Intenté devolverte la llamada, pero no pude localizarte. ¿Qué ha pasado?”

Exhalé un suspiro, intentando no pensar en los acontecimientos de aquella noche. Los besos, los mordiscos, los lametones...

“Se me cayó el móvil de la mano”, la patética mentira escapó de mis labios.

Bryce pareció creérselo porque se echó a reír.

“Ni siquiera sé cómo te las arreglas para ser gerente de un proyecto, teniendo en cuenta lo torpe que eres”.

Puse los ojos en blanco, pero agradecí que no sospechara nada. Sería injusto para él.

“Cuando se trata de mi trabajo, soy una persona completamente distinta”, resoplé en defensa.

La sonrisa de Bryce fue lenta mientras sus ojos penetraban en los míos.

“Lo sé de primera mano”.

Se acercó a mi cara, sus dedos rozaron la piel de mi mejilla mientras me colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Esperé la chispa, la piel de gallina, los escalofríos, cualquier cosa, pero no ocurrió nada.

“Así que supongo que has venido a comprar un teléfono nuevo”, comentó Bryce.

Tragué saliva. “Sí”.

Como ya no necesitábamos la ayuda de la dependienta, nos excusamos mientras recorríamos la tienda mirando los distintos modelos de teléfono.

“Mi padre está pensando en ampliar la compañía a otra gran ciudad”, anunció Bryce.

Me quedé boquiabierta. “Es increíble. Ya era hora”.

“Piensa extenderse por todo el país, estado por estado”.

Noté un matiz de orgullo en su voz y sonreí. La familia Steel era conocida por su resistencia y su duro trabajo en cualquier campo en el que operaran. Heritage Constructions ni siquiera había cumplido diez años y, sin embargo, ya habían logrado hazañas que algunas compañías de construcción más antiguas no habían podido alcanzar.

Mientras hablábamos de trabajo, examinamos los teléfonos que estaban expuestos. Le había repetido mis exigencias a Bryce, así que él ya sabía lo que tenía en mente. Cogió los teléfonos uno a uno, sintió su peso y examinó sus características. Luego comparamos especificaciones, leímos reseñas y contemplamos cuál sería el más adecuado para mí.

"Después del trabajo en el rancho, ¿tenemos algún otro proyecto aquí en Jackson?", pregunté a Bryce.

"Eh... creo que no. ¿Por qué lo preguntas?"

Me encogí de hombros. "Es que me gusta este pueblo. Es tranquilo y silencioso. Creo que me gusta más que la ciudad".

Esa era una de las razones, pero en el fondo sabía que lo que realmente me preocupaba era despedirme de Luke. Aunque aún nos quedaban meses hasta que termináramos nuestro proyecto, ya sentía el temor.

La ligera burla de Bryce me distrajo de mis pensamientos.

"No te imagino viviendo en el pueblo el resto de tu vida", dijo.

Fruncí el ceño. No pensaba en vivir en él el resto de mi vida. Simplemente, aún no estaba segura de querer marcharme.

"¿Por qué piensas eso?"

Bryce se rio entre dientes. "¿Lo dices en serio? El rancho Callahan te ha mantenido muy aislada de la verdadera ciudad".

"No lo entiendo. La ciudad no está mal", me defendí, cogiendo otro teléfono para enseñárselo.

"No digo que sea mala. Sólo digo que no te veo viviendo aquí mucho tiempo. ¿De vacaciones? Tal vez. Jackson es bonito y tranquilo. Pero precisamente por eso no podrás sobrevivir aquí más de un año. Te aburrirás y empezarás a buscar otra cosa que te emocione. Algo que esta ciudad no ofrezca".

Y ahí estaba su error. No era la ciudad lo que me mantenía aquí. Era Luke. Él cumplía con todos mis requisitos. Era la razón por la que podía quedarme aquí durante años, quizás incluso el resto de mi vida.

Me di cuenta de algo que me conmocionó profundamente.

*No pensarás en esto con Bryce aquí*, me susurré.

“Tierra a Amelia”, se rio Bryce, chasqueándome los dedos en la cara.

Parpadeé varias veces antes de centrarme en su rostro sonriente.

“Me he dado cuenta de que has estado haciendo eso muy a menudo”.

“¿Hacer qué?”

“Desconectarte en medio de las conversaciones. ¿Hay algo que te preocupe? ¿Algo de lo que quieras hablar?”

*Siento algo por otro hombre. Sentimientos fuertes. Sentimientos que me da demasiado miedo admitir.*

“No me pasa nada”, suspiré. “Sólo estoy estresada”.

“Sé exactamente lo que necesitas”, dijo Bryce. Sonaba emocionado, y me pregunté qué quería decir.

“Un día libre”.

Gemí, y él se rio.

“Solos tú y yo. Puedo llevarte a unos sitios geniales y tranquilos que he descubierto en la ciudad. Podemos comer, descansar y divertirnos”.

Todo eso era lo que yo quería hacer, pero no con Bryce.

“Bryce”, volví a suspirar, “sabes que no puedo”.

“Sí, sí”, soltó una risita, pero vi el destello de dolor en sus ojos. Rápidamente lo disimuló forzando una sonrisa y presentándome un teléfono en la cara.

“Creo que es éste”.

Sentí que el corazón me pesaba, pero inspiré profundamente y cogí el teléfono de sus manos.

“Sí, creo que es éste”.

Comprobé el precio y vi que estaba dentro de mi presupuesto. Luego, ambos nos dirigimos en silencio al mostrador. Cuando estaba a punto de pagar, vi que Bryce sacaba su tarjeta.

“¡No, Bryce!” Le agarré la mano.

Volvió a sonreír, y pude ver la tristeza que se esforzaba por ocultar. Mi corazón se hundió aún más.

“No pasa nada. Quiero pagarlo yo”, dijo.

Negué con la cabeza. No iba a dejar que siguiera haciendo cosas por mí.

“Ya has hecho más que suficiente por mí estando aquí y ayudándome a tomar la decisión”.

“Eso no es nada”, soltó una leve risita. “Quiero pagar”, intentó argumentar, pero le corté en seco.

“Es mi teléfono, Bryce. Lo pagaré yo”. Mi voz era firme y mi tono definitivo.

La chica del mostrador nos miraba con humor mientras discutíamos. Afortunadamente, Bryce cedió.

“De acuerdo. Esta vez te dejaré ganar”, dijo con ligereza.

Me reí entre dientes antes de volverme hacia la chica. Después de pagar el teléfono, Bryce empezó a ayudarme a configurarlo. Cuando terminó, me entregó el teléfono y empezamos a caminar hacia la salida.

“Gracias, Bryce”, le dije, sonriéndole.

“No tienes que darme las gracias por nada, Amelia”, sonrió con rigidez. “Es que...”, se atragantó con las palabras.

Podía ver la emoción en sus ojos, aunque se esforzara mucho por ocultarla.

“Te amo, Amelia”, me sonrió con tristeza en los ojos. “Y haría cualquier cosa por ti”.

La culpa me carcomía por dentro mientras lo miraba, sabiendo que no podía darle lo que más deseaba.

“Anoche”, “él continuó, realmente esperaba obtener una respuesta tuya. Estaba muy emocionado”.

Ya me imaginaba lo feliz que se habría puesto si le hubiera dado una respuesta, sobre todo si mi respuesta hubiera sido positiva.

Y mientras él me esperaba, yo estaba en la cama con otra persona.

No merecía su bondad, su paciencia ni su amor. Desde el primer día que lo conocí, Bryce siempre había sido amable y cariñoso conmigo. Nunca intentaba ocultar sus sentimientos; siempre era directo y transparente. Por eso, antes incluso de que me dijera que me amaba, yo ya lo sabía.

¿Por qué Luke no podía ser así? ¿Por qué no podía recibir de él ese amor y esa expresión? ¿Por qué era bipolar? ¿Amante hoy e indiferente mañana?

Por eso tenía miedo. Miedo de admitir plenamente mis sentimientos por él. Miedo a dejarme enamorar de él.

No podía confiar en que sintiera algo por mí. No podía confiar en que estuviera seguro de lo que sentía por mí.

¿Y si aún sentía algo por Francesca? ¿Y si intentaba utilizarme para olvidarla? ¿Y si su presencia aquí podía hacerle darse cuenta de lo que se había estado perdiendo desde que ella se fue?

“¡Amelia!”

La voz de Bryce me devolvió al presente: él delante de mí con el corazón roto.

“Has vuelto a distraerte. ¿Qué te ocurre?”

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

“¡Eh! Amelia. Háblame”.

Sin pensarlo, rodeé su vientre con las manos y lo abracé. Bryce era alto, casi tanto como Luke, así que mi cara quedó enterrada en su estómago. Odiaba que mi mente siempre volviera a Luke, fuera cual fuera la situación en la que me encontrara. ¿Por qué era él y no Bryce?

Lloré en su pecho mientras él me frotaba las manos en los hombros en señal de consuelo.

“¿He dicho algo malo?”

Negué con la cabeza. ¿Incluso pensaba que era culpa suya? ¿Cómo podía ser tan perfecto?

“¿Entonces qué pasa?” Su voz era suave y me mordí el labio para contener un sollozo.

“Amelia, me estás asustando”, dijo.

Abrí la boca para hablar, pero no me salían las palabras. ¿Qué podía decirle? A pesar del tiempo que hacía que nos conocíamos, seguía sin sentir nada por él por culpa de un hombre al que acababa de conocer hacía un mes.

“Quizá deberíamos ir a mi coche y hablar. ¿Qué te parece?”

Negué con la cabeza. No podía engañarle más. Ya le había hecho demasiado daño. Tenía que poner límites entre nosotros.

“No creo que...”

El resto de mis palabras se interrumpieron cuando sentí que dos manos fuertes me apartaban a la fuerza de Bryce.

“¿Pero qué...?” Las palabras de Bryce murieron en sus labios cuando la persona le dio un puñetazo.

***

# Capítulo 18

*Luke*

Oí un crujido de satisfacción cuando mi puño entró en contacto con la barbilla de Bryce. Este retrocedió tambaleándose y yo me dirigí hacia él con la intención de asestarle otro puñetazo.

"¡Qué demonios!", chilló, sosteniéndose la cara herida.

Ya tenía la mano levantada para darle otro puñetazo antes de que Amelia se interpusiera entre los dos.

"¿Qué demonios, Luke?", gritó horrorizada.

Ni siquiera sabía qué me había pasado. Lo único que sabía era que verle abrazarla me hizo ponerme rojo. Lo único que quería hacer era que no pudiera volver a hacerlo.

"Te estaba buscando, ¿y estás aquí? ¿Con él?", le dije.

Amelia se rio sin gracia.

"No puedo creerte, joder", dijo, mirándome sólo con odio en los ojos.

Pero ahora me daba igual. Sólo quería asegurarme de que no volviera a tocarla.

Intenté arrinconarla para llegar hasta donde Bryce luchaba por ponerse en pie, pero ella me empujó el pecho. La forma en que lo defendía me enfurecía aún más.

Me pasé una mano por el pelo, furioso, y en ese momento Amelia me dejó para ir a ayudar a Bryce a ponerse en pie.

La nariz de Bryce sangraba, y sonreí satisfecho al verlo. Amelia se giró por casualidad en ese preciso momento y, al ver mi sonrisa burlona, estalló.

"¿Qué te pasa?", gritó.

Su voz era fuerte y llamaba la atención de algunos transeúntes.

"Amelia, estoy bien", dijo Bryce, atrayéndola hacia él.

Apreté la mandíbula al ver lo asquerosamente suave que se había vuelto su voz. Ahora yo era el monstruo del escenario, y estaba seguro de que él estaba extasiado.

"¡No! No está bien", ella le dijo antes de volverse de nuevo hacia mí.

"¿Por qué has hecho eso?"

Luego se burló de mí con desprecio. "¿Sabes qué? Olvida que te lo he preguntado. No tienes ningún motivo para golpear a Bryce en la cara".

"Todo esto es culpa tuya", escupí, cabreado y cansado. Cabreado conmigo mismo, con el puto Bryce e incluso cabreado con Amelia.

"¿Mi culpa? ¿Cómo puede ser culpa mía?"

"¡Estábamos hablando de nosotros, Amelia! Quería que discutiéramos nuestro futuro y hacia dónde va esto que tenemos. Pero tú eres la que decidió irse de casa para estar con él", dije señalando a Bryce. "El tipo que sabes que está locamente enamorado de ti, después de gemir mi nombre en la cama anoche", añadí con franqueza.

Oí murmullos y cuchicheos a nuestro alrededor, pero no me importó. Quería que ella se sintiera tan herida como yo.

Ignoré la mirada rota de su rostro. Ignoré la culpa que sentía en el pecho. Sólo quería respuestas.

"Espera", me reí entre dientes. "¿Por eso crees que no podemos estar juntos? ¿Por él?"

La cara de Amelia estaba roja de ira y mortificación mientras gritaba.

"¡Vete a la mierda! No eres más que una hipócrita. Esta mañana estabas haciendo Dios sabe qué con tu exnovia cuando los descubrí a los dos. Y tienes el descaro de acusarme de cualquier cosa".

Bryce volvió a tirar de ella y vi las lágrimas en sus ojos.

"Eres peor de lo que pensaba", escupió con mucho veneno en la voz.

Sus palabras me oprimieron el corazón. ¿Así que al principio creía que yo era una mala persona? ¿Era eso lo que siempre había pensado de mí?

Ahora todo el mundo nos miraba, pero no me importaba. Sólo necesitaba que ella supiera cómo me sentía.

Antes de que pudiera decir algo más, vi que se nos acercaban unos tres hombres con uniforme de seguridad.

"Lo sentimos mucho, señores, pero tendrán que abandonar las instalaciones".

Hubo varias miradas y murmullos, y la humillación amenazaba con afectarme, pero estaba demasiado dolido para preocuparme.

Bryce se agarró a los hombros de Amelia mientras ambos caminaban delante de mí. Los seguí de cerca, pues no quería perder de vista a Amelia.

Mi corazón volvió a oprimirse mientras evitaba mirarla a la cara. No quería ver el dolor y la vergüenza que acababa de causarle. Sentía cómo se me hundía el corazón al reflexionar sobre lo que había hecho. Mi mente parecía un campo de batalla, dividida entre reconocer lo que había hecho mal y buscar consuelo en mi propia ira.

Pero en el fondo, sabía que había cruzado la delgada línea que separa el enfado de la furia.

Sentí un nudo en el estómago cuando finalmente salimos del edificio. Mi garganta se hizo un nudo cuando intenté llamarla. Ella estaba siguiendo a Bryce, y supe que el tipo estaba llevándola a su coche, intentando sacar ventaja de toda la situación.

Y no tenía a nadie más a quien culpar que a mí mismo.

“Amelia”, la llamé.

Ella continuó siguiéndole, así que aumenté el ritmo.

“Joder, Amelia. Lo siento. Por favor... hablemos”.

No obtuve ninguna reacción de su parte: ni enojo, ni reconocimiento, ni respuesta alguna. Simplemente me ignoró y siguió a su ritmo.

¡Joder!

“Amelia, por favor. Escúchame un momento”.

Por fin llegaron a su coche y él le abrió la puerta del asiento del copiloto. Ella le dedicó una pequeña sonrisa al entrar, y él la ayudó a abrocharse el cinturón antes de cerrar la puerta y acercarse al lado del conductor.

Mientras los observaba, sentí como si mi corazón se partiera en varios pedazos.

No podía hacer otra cosa que mirar.

Así que eso fue lo que hice. Observé hasta que encendió el coche y se marchó.

Enfurecido, me dirigí a mi coche. Estuve tentado de seguirlos, pero estaba seguro de que eso contaría como acoso y hostigamiento.

Encendí el coche y salí del aparcamiento del centro comercial. Agarré el volante con fuerza hasta que los nudillos se me pusieron blancos. El peso de la culpa, la ira y el resentimiento me presionaban, alimentando una oleada de adrenalina que corría por mis venas. En aquel momento, toda mi racionalidad pareció desaparecer y mi única atención se centró en la carretera.

Con un fuerte pisotón en el acelerador, el motor rugió debajo de mí mientras el coche aceleraba rápidamente. A medida que aumentaba la velocidad, la carretera se volvía borrosa, reflejando la agitación que sentía en mi interior.

Cerré el puño y lo golpeé repetidamente contra mi pecho, intentando que el dolor se desvaneciera. Todos esos sentimientos reprimidos durante años parecían golpearme con una intensidad abrumadora. Solo deseaba que el sufrimiento cesara, incluso si eso significaba mi propia muerte.

Mientras zigzagueaba entre el tráfico, mis acciones se volvieron más agresivas. Pasé de un carril a otro sin pensármelo dos veces, y la impaciencia y la rabia aumentaban a cada segundo.

Amelia estaba con él. Probablemente estaba en sus brazos ahora mismo, mientras yo estaba aquí, patético y solo.

Pisé con más fuerza el pedal, ansiando la sensación de potencia y control que me proporcionaba la velocidad. La ira me arañaba por dentro, y era como si cuanto más rápido condujera, más podría dejar atrás la ira que amenazaba con consumirme.

En aquel momento, yo era un hombre poseído por la ira, la herida, el dolor y la pérdida. Era imprudente, volátil y estaba a merced de mis propias emociones. Estaba perdido en la bruma de mi furia, sin preocuparme de las consecuencias de mis actos.

Siempre me he sentido solo. A veces elegía estar así, pero en otras ocasiones parecía que quienes amaba simplemente se iban. Nunca quise tener muchos amigos; sólo deseaba tener unas pocas personas de confianza en mi vida. Pero el destino parecía estar en mi contra, y ni siquiera eso parecía estar a mi alcance. Mi esposa falleció, Francesca se fue sin mirar atrás, y ahora, ¿qué pasa con Amelia?

"¡Joder!" Golpeé el volante con la mano.

Y entonces sucedió como un relámpago. En un minuto, un camión largo apareció delante de mi coche desde la intersección. Lo siguiente que supe fue que estaba girando el volante tan bruscamente como podía. Mi corazón latía con fuerza y mi vida pasó ante mis ojos.

En ese momento, me di cuenta de que no quería morir. No así. No sin vivir plenamente.

El coche estaba fuera de control, giraba y giraba mientras derrapaba hacia la esquina de la carretera. Intenté por todos los medios controlar la dirección. Con toda mi energía, apreté el pie contra el freno.

El humo llenó el aire y, con un fuerte chirrido, el coche se detuvo lentamente.

Permanecí inmóvil en el asiento, con el corazón latiendo desbocado, la respiración agitada y la mente fuera de control.

Y entonces se me escapó una lágrima.

"¡Joder!", dije, enterrando la cabeza entre las manos.

Y por primera vez desde la muerte de mi mujer, lloré.

Era un hombre terrible. Era incapaz de amar o de ser amado. Mi ira y mis fuertes emociones siempre parecían interponerse en el camino de la racionalidad. Igual que ahora, mientras conducía, no me importaba si iba a morir. No me importaba cómo se sentiría Melody si perdía a su hermano. No me importaba mi hija, a la que habría dejado huérfana a una edad tan temprana.

Yo era una persona terrible.

Se me escapó un sollozo entrecortado. La adrenalina se había desvanecido y el agotamiento sustituyó a la oleada inicial de rabia.

Estaba cansado de sentirme así. Estaba harto del dolor. Estaba harto de reprimirlo todo.

Me permití llorar durante varios minutos. Lloré por la pérdida de Loretta, quien no estuvo conmigo después del nacimiento de nuestra hija. Lloré por las veces que no sabía qué hacer mientras Milly lloraba pidiendo leche. Lloré cuando ella dio sus primeros pasos y Loretta no estaba allí para verlo. Lloré en el primer día de colegio de Milly. Lloré por los desafíos de equilibrar mi nuevo rol como gerente del rancho con el de madre primeriza. Lloré por los esfuerzos que hice para que mi relación con Francesca funcionara.

Lloré en las muchas noches que pasé solo, deseando que alguien me dijera que todo estaba bien después de un largo día de trabajo. Lloré por las veces que solo necesitaba un abrazo, alguien a quien abrazar y ser abrazado. Por todas las noches en las que no pude dormir, perdido en mis pensamientos. Y por todas las ocasiones en las que me sumergí en el trabajo, a pesar de estar exhausto.

Lloré por haber sido fuerte durante tanto tiempo y por el daño potencial que podría haberme causado a mí mismo y a los que me querían al dejar que mi ira me consumiera.

Oí que llamaban a la ventanilla de mi coche. Levanté la vista y vi que mi coche estaba rodeado de gente preocupada. Miré a mi alrededor y no pude ver señales del camión. Alguien debió de llamar al 911, pensando que se trataba de un accidente de tránsito.

El hombre de uniforme que estaba al otro lado del cristal volvió a llamar.

Bajé el cristal.

“¿Se encuentra bien, señor?”, preguntó el hombre de mediana edad.

Asentí con la cabeza. “Sí”.

“Tendremos que confirmarlo, señor. Por favor, ¿puede salir del vehículo?”

El resto de los acontecimientos sucedieron como si me estuvieran controlando con un mando a distancia. Bajé y el personal médico evaluó mi cuerpo. También revisaron mi coche para ver si había sufrido algún daño. Una vez terminado el procedimiento, me pidieron que los acompañara al hospital para hacerme más pruebas, pero me negué. Sabía que no me pasaba nada físicamente.

Lo único que tenía roto era el corazón.

Hacía tiempo que no bebía alcohol, y me di cuenta de que era exactamente lo que necesitaba en aquel momento. No quería emborracharme del todo. Sólo quería algo que me dejara ligeramente ebrio.

Algo que me hiciera olvidar.

***

# Capítulo 19

*Amelia*

"Lo siento mucho, Bryce", me disculpé por enésima vez.

"No pasa nada, Amelia", se rio Bryce.

Bryce estaba siendo demasiado amable y comprensivo con toda la situación, y eso sólo conseguía hacerme sentir peor. Me había preguntado si debía llevarme al rancho, pero me negué. No quería ver a Luke, ni quería volver a tener nada que ver con él.

Así que aquí estábamos, de camino a su casa con mis emociones a flor de piel. Estaba dolida, destrozada y acosada por la culpa. Me ardían los ojos de lágrimas no derramadas.

El trayecto en coche fue silencioso en su mayor parte, con mis disculpas ocasionales llenando el incómodo silencio. Finalmente, el coche entró en el aparcamiento de un complejo de apartamentos y se detuvo lentamente.

Bryce bajó primero, y yo lo seguí de cerca, sin querer que abriera la puerta por mí. Ya había hecho tanto y había pasado por tantas cosas por mi culpa. No estaba segura de si podría soportar más.

"Vamos", me hizo un gesto.

Me acerqué a él y me cogió la mano, entrelazando nuestros dedos. Mi primer instinto fue apartar la mano de la suya, pero decidí no hacerlo. Si quería cogerme de la mano, sólo por esta noche, se lo permitiría.

Entramos en el ascensor y, por suerte, había más gente. No estaba segura de poder soportar el incómodo silencio del ascensor.

Nos detuvimos en la cuarta planta y dejé que Bryce me guiara hasta su apartamento. Giró la llave en la cerradura y, con un clic, la puerta se abrió. Empujó la puerta y entró.

"Entra", dijo Bryce cuando se volvió y vio que yo seguía afuera.

Al entrar, me invadió una sensación de calidez, tanto por la temperatura de la habitación como por el aire tibio que transportaba un matiz de su colonia.

“Bienvenida a mi morada temporal”.

Sonreí levemente mientras observaba el entorno, fijándome en los sutiles detalles que hacían que aquel espacio fuera exclusivamente suyo. Las paredes estaban adornadas con obras de arte que reflejaban su gusto, la estantería estaba llena de sus novelas favoritas y el suave resplandor de la iluminación proyectaba un suave ambiente por toda la habitación.

Mis pasos resonaban suavemente en el suelo de madera pulida mientras entraba en el apartamento. La sala de estar me llamaba: el sofá de felpa parecía invitarme a hundirme en sus cojines. En ese momento, me di cuenta de lo cansada que realmente estaba.

“Es precioso”, dije, volviéndome para mirarle.

Me oprimió el pecho al verlo. El lado de su barbilla, donde Luke le había dado un puñetazo, estaba magullado y tenía un poco de sangre en la nariz.

“Mierda, Bryce”. Me acerqué a él y le puse un dedo en el moretón. Hizo una mueca de dolor.

“¿Tienes una caja de primeros auxilios? Por favor, dime que tienes una”.

Se rio entre dientes.

“Tranquila. Iré a buscarla”.

Negué con la cabeza. Estaba harta de que intentara hacerlo todo. Era lo menos que podía hacer, mostrarle mi agradecimiento y demostrarle cuánto lo sentía.

“Dime dónde está”.

Al ver la expresión decidida de mi cara, suspiró.

“Está en el armario superior derecho del baño. El baño está al final de este pasillo”.

Seguí las indicaciones que me dieron, encontré el cuarto de baño sin dificultad y entré. Abrí el armario de la esquina superior derecha, tomé la caja y regresé a la sala. Miré a mi alrededor, buscando el lugar ideal para sentarnos.

Miré hacia la cocina, que estaba al otro lado del espacio, y vi una barra con unos taburetes.

Perfecto.

“Vamos a la cocina”.

Bryce se levantó y me siguió. Con cuidado, lo guie para que se sentara en uno de los taburetes y coloqué la caja sobre la encimera.

“¿Estás cómodo?”

Sonrió. “Sí, Amelia”.

No entendía por qué no podía enfadarse conmigo como lo haría una persona normal. ¿Por qué tenía que ser tan amable y comprensivo?

Me puse frente a él, a la altura perfecta de su cara. Sentía un peso en el pecho mientras recorría suavemente con los dedos los bordes del moratón, evaluando la extensión de la herida. La calidez de su piel contrastaba marcadamente con la decoloración violácea en su mejilla.

Respiré hondo y tomé el botiquín con firmeza. Lo abrí con cuidado, revelando un arsenal de suministros. Me concentré en seleccionar lo que necesitaría: toallitas antisépticas, gasas estériles y una crema tópica calmante.

Mis manos temblaron ligeramente cuando empecé a limpiar la zona alrededor del hematoma. Bryce me miró a los ojos mientras trabajaba, y eso me puso al límite. El silencio amenazaba con asfixiarme y casi sentía que no podía respirar.

“Sé que tienes mucho que decirme, Bryce. Así que, por favor, dilo”, expresé por fin.

Hizo una leve mueca de dolor cuando le limpié la mancha que tenía cerca del labio.

“Bueno, para empezar, Luke Callahan sabe dar un buen puñetazo”, se rio, flexionó la mandíbula y volvió a hacer una mueca de dolor.

Suspiré. “Esto no es una broma, Bryce”.

Su expresión se volvió lentamente sobria.

“Sé que pasaba algo entre ustedes dos”.

Me burlé dolorosamente al recordar a Luke anunciando a todo el centro comercial cómo nos acostamos.

“Sí. Él se aseguró de que lo supieras”.

“No, no. No quería decir... eso”, se atragantó Bryce. “Incluso antes de hoy, sospechaba algo. Hoy sólo lo ha confirmado”.

Se me hizo un nudo en la garganta y un abrumador sentimiento de culpa me consumió. ¿Sabía todo esto mientras yo lo engañaba?

“Lo siento, Bryce. Siento no haber sido del todo sincera y directa sobre mis sentimientos por ti”.

“No pasa nada”.

“No, no pasa nada. Estaba... confusa y conflictiva, así que te he engañado en el proceso”.

Bryce negó con la cabeza.

“No hiciste nada de eso. En realidad, las señales eran bastante claras: no te gustaba. Sospechaba que había alguien más, pero tenía demasiado miedo para preguntarte al respecto”.

Me temblaban las manos mientras le aplicaba con cuidado la crema tópica en la cara. Intenté contener las lágrimas, concentrándome únicamente en la forma en que mis dedos se deslizaban sobre su piel amoratada, aplicando la crema con un suave movimiento circular.

Él continuó. “Yo era el que siempre estaba encima de ti”, se rio con tristeza. “Pensé que si siempre hacía cosas por ti, si siempre estaba a tu lado, por fin sentirías algo”.

La primera lágrima resbaló de mis ojos mientras cogía la gasa estéril y la colocaba suavemente sobre el moretón.

“Joder. No llores”.

Me saltaron más lágrimas y enterré la cara en sus hombros. Era la segunda vez que me consolaba en un día. Estaba destrozada emocionalmente.

Eso me hizo llorar aún más.

¿Por qué no podía ser normal? ¿Por qué no podía amar y ser amada como una persona normal? ¿Por qué siempre tenía que hacer daño a los que me rodeaban? ¿Por qué los llevaba a lo peor?

Alejé a Luke. Le empujé con tanta fuerza mientras rechazaba simultáneamente a Bryce porque sentía algo por Luke. Hice creer a Luke que sólo me era útil porque me ayudaba a olvidar a Trent. Le hice creer que lo único que sentía por él era lujuria.

Luke tenía razón. Yo era una mentirosa y una hipócrita.

“Todo es culpa mía”, sollocé. “Estoy demasiado destrozada, y en el proceso he hecho daño a otras personas de mi entorno”.

“No digas eso, Amelia”, Bryce me agarró la cara, haciendo que lo mirara.

“No es culpa tuya que la gente tome las decisiones que toma”.

“Es culpa mía si los llevo al borde del abismo”.

Bryce gimió exasperado. “¿Por qué dices todo esto?”

Resoplé.

“Hay algo malo en mí. Quizá estoy destinada a estar sola en este mundo”.

“Sabes que eso no es cierto”.

Asentí con la cabeza y dije: “Lo sé. A veces siento que nunca hago nada bien. O bien alguien tiene sentimientos por mí y yo no puedo corresponderle, o yo me enamoro de alguien y esa persona no siente lo mismo”.

Bryce parecía sumido en sus pensamientos mientras yo seguía hablando.

“Le supliqué a un hombre durante tres años que se portara bien y parecía que cuanto más le suplicaba, peor se ponía. Cuanto más lloraba, menos le importaba. Cuanto más le daba, más me quitaba. Cuanto más hacía, menos veía”.

Ahora hablaba de Trent, y Bryce también parecía saberlo. Le había dado pistas sobre lo mal que me fue en mi última relación, pero nunca le había contado realmente lo que pasó.

"Estaba agotada mental, física y emocionalmente. Al final lo dejé no porque ya no le quisiera, sino porque ya *no podía* quererle. Era tan dañino que ya no quería vivir".

"Y un día vi un póster que decía: *O sigues dejando que te haga daño o te quieres lo suficiente para seguir adelante*".

"Finalmente, me vino a la mente el dolor que sentía. Recordé las lágrimas que derramé suplicándole que me amara. Rememoré las noches interminables sin dormir, cuando apenas comía. Recordé cómo mentía a todos cada vez que mi corazón se rompía. Recordé todo lo que ese hombre hizo para hacerme sentir menos mujer, y en ese momento supe que todo había terminado".

Volví a enterrar la cara en sus hombros mientras sollozaba, dejándolo salir todo. Me dejó llorar unos minutos antes de levantarme la cabeza.

"Mírame, Amelia. Y escucha lo que voy a decirte".

Parecía cabreado, con la mandíbula apretada y las manos agarrando firmemente mi brazo.

"Nos esforzamos mucho por olvidar el dolor en nuestras mentes, pero nuestros corazones nunca lo hacen, sin importar cuánto perdonemos. Deja de intentar olvidar y comienza a recordar, porque el amor no debería doler".

"Recuerda siempre que tu valor no viene determinado por cómo te trate otra persona. Mereces amor, respeto y amabilidad".

Me secó algunas lágrimas de los ojos mientras hablaba. "Dejar una relación tóxica puede ser una de las decisiones más difíciles de tomar, sobre todo cuando hay sentimientos de por medio. Pero dar prioridad a tu bienestar es un paso crucial. Hiciste lo correcto".

Asentí, estando de acuerdo con sus palabras.

Bryce sonrió. "Ya está bien de lágrimas. Vamos a descansar".

Suspiré y terminé de administrar los primeros auxilios. Di un paso atrás para examinar mi trabajo. Aunque el hematoma persistía, nos invadió a los dos una sensación tangible de alivio y consuelo.

La conversación y las lágrimas habían sido un alivio.

Seguí a Bryce mientras me llevaba al dormitorio. Me dio una camisa y unos pantalones holgados para que me cambiara después de bañarme. Me di una ducha rápida, me cambié y volví a la habitación para verle tumbado en la cama.

Al verme, intentó levantarse de la cama, pero yo sacudí la cabeza y me acerqué para recostarme en sus brazos. Ambos estábamos demasiado cansados para hablar, así que lo último que recuerdo antes de dormir fueron los dedos de Bryce trazando círculos en mi espalda.

Me desperté más tarde por la noche y me asusté un poco al ver que Bryce ya no estaba en la cama. Encendí la lámpara de la mesilla y miré por la habitación. Un suspiro de alivio salió de mis labios cuando lo vi durmiendo en el sofá.

Se me calentó el pecho al observarle. Aunque no podía corresponder a los sentimientos que sentía por mí, sabía que siempre tendría un lugar en mi corazón como buen amigo.

***

# Capítulo 20

*Luke*

Recuperé lentamente la consciencia cuando la luz de la mañana atravesó mis párpados cerrados. Sentía un dolor punzante en la cabeza que parecía empeorar a cada segundo que pasaba. Ésta era una de las razones por las que odiaba beber: las resacas.

Me forcé a abrir los ojos, entrecerrándolos ante la intensa luz de la habitación. Aún llevaba la ropa del día anterior, ya que había estado fuera de casa todo el día. Desde el centro comercial, me dirigí directamente a un bar y pasé allí la noche. Quería regresar antes a casa, pero no quería arriesgarme a que Milly me viera borracho. Usé el teléfono de casa para llamarme a mí misma y le mentí a Milly, diciéndole que tenía que asistir a una reunión importante.

La vergüenza y la culpa me carcomían como un dolor punzante.

No era momento de darle vueltas ni de amargarme. Ya había hecho suficiente el día anterior. Hoy, mi propósito era corregir mis errores. Pasaría el día con Milly y buscaría a Amelia para disculparme con ella.

A pesar del dolor en el pecho, me incorporé, pero lo hice con demasiada prisa, lo que hizo que la habitación girara a mi alrededor. Tenía la boca seca y cada movimiento parecía intensificar el latido en mis sienes.

Con un profundo suspiro, balanceé las piernas sobre el borde de la cama, tratando de reunir fuerzas para ponerme en pie. El suelo parecía inestable bajo mis pies y mis piernas se sentían como gelatina. Caminé lentamente hacia el baño, con mis pasos resonando en el silencio.

Miré mi reflejo en el espejo, y no pude evitar sentirme desalentada. Estaba pálida, con los ojos cansados y una expresión de agotamiento en el rostro. Abrí el grifo y me eché agua fría en la cara, esperando que eso reavivara algunos de mis sentidos.

El sabor del arrepentimiento permanecía en mi garganta mientras una nueva ola de culpa me envolvía. No podía recordar la última vez que me sentí tan patético. Recuerdos vagos y decisiones erráticas comenzaron a aparecer: yo haciendo una escena en el centro comercial, yo conduciendo de manera temeraria hasta casi causar un accidente, yo emborrachándome tanto que no recordaba cómo había llegado a casa.

Mientras estaba allí, el peso de la resaca se apoderó de mí. El dolor era tanto físico como emocional.

"¡A la mierda con esto!"

Con movimientos lentos y deliberados, tomé el frasco de analgésicos que estaba en la encimera del baño. Colocando unas pastillas en mi boca, esperaba que aliviara el dolor agudo que no cesaba. Cerré los ojos mientras la pastilla se disolvía lentamente en mi boca.

Me propuse mantener la cabeza en blanco. No quería pensar en nada. No quería pensar en mis remordimientos.

Después de unos minutos, empecé a sentirme más como yo mismo. Aunque el dolor de cabeza persistía, era solo un malestar sordo en la nuca.

Me lavé bien los dientes, esperando eliminar cualquier rastro de alcohol. Luego, me corté el pelo con la maquinilla y me afeité la barba.

A pesar de las ojeras, me veía más limpio y fresco. Me sentía mucho mejor que cuando me desperté. Después, me di una ducha.

Mientras me vestía, había una cosa importante en mi mente: necesitaba encontrar a Amelia y disculparme. Tras ponerme ropa nueva, me eché colonia y tomé el móvil antes de salir de mi habitación.

Me dirigía a la habitación de Amelia cuando oí el chillido de Milly.

"¡Papá!"

Me giré y la vi corriendo hacia mí con su perro atado a una correa.

"Hola, nena", le revolví el pelo, me puse en cuclillas a su altura y la envolví en un cálido abrazo.

Milly soltó una risita. "Papá, me haces cosquillas", dijo, refiriéndose a la forma en que le olfateaba el cuello.

Olía a loción para bebés y talco, y el olor era reconfortante.

"¿Cuándo llegaste ayer a casa?", preguntó, cruzándose de brazos.

Suspiré, sabiendo que tendría que mentirle otra vez.

"Me entretuve en la reunión, así que volví bastante tarde".

“Creía que normalmente tenías las reuniones en tu despacho”.

Sonreí ante su astucia.

“Este cliente en concreto quería que nos reuniéramos en otro lugar”.

Ella resopló, haciéndome soltar una risita.

“Lo siento, cielo. No volverá a ocurrir”.

Le di un beso en la frente antes de levantarme.

“Es hora de desayunar. Deberías ir a la mesa”.

“Aún no tengo hambre”, dijo Milly. “Y necesito que me ayudes con algo muy importante”.

Eché un vistazo a la puerta de la habitación de Amelia. Necesitaba hablar con ella esta mañana y sabía que podría intentar evitarme al no bajar a desayunar. Por eso, decidí ir a verla antes de que tuviera la oportunidad de escaparse.

“¿Puede esperar? Es hora de comer”.

“Ya tuve una merienda matutina”, se quejó. “Por favor, papá”.

Suspiré mientras me encogía lentamente. Hacía días que no estaba muy presente, y era lo menos que podía hacer por mi hija.

“Bueno. ¿Qué es eso tan importante?”

Milly me cogió alegremente de la mano y me llevó a su habitación.

“Mi casa de muñecas se derrumbó ayer. Pensé en pedirle ayuda a Amelia, ya que me había dicho que le encantaba construir cosas, pero no estaba en casa”.

Se me encogió el pecho al oír su nombre.

“¡Y tú tampoco estabas en casa, así que mis muñecas estuvieron desamparadas un día entero!”

Lo dijo con tanta seriedad que no pude evitar reírme. Fue en ese momento cuando me di cuenta del desorden en la habitación: las muñecas estaban esparcidas por la cama y el suelo.

“Estaba estresada, papá. No tiene gracia”.

Se me calentó el pecho cuando volví a alborotarle el pelo. Debió de aprender la palabra *estresada* en el colegio.

“Tienes razón. Esto es muy importante”.

Me puse manos a la obra, y Milly se negó a salir de la habitación hasta que terminé. Mientras arreglaba la casa de muñecas de plástico, hablamos y ella se quedó cerca, mencionando a Amelia cada vez que podía.

“¿Sabías que a Amelia le gusta dibujar como a mí?”

“Amelia dijo que se compraría un Pomerania por mí”.

“¿Dejarás que Amelia me maquille la cara? Dijo que no lo haría hasta que dijeras que sí”.

“Amelia es muy guapa”, dijo arrastrando el talón. “Pero ella dice que yo soy más guapa”.

Fingí desinterés en un intento de enmascarar el dolor que sentía.

Casi había terminado de construir la casa de muñecas cuando me di cuenta de que la casa estaba inusualmente silenciosa. Normalmente, Melody venía los domingos por la mañana a pasar un rato con nosotros. Y aunque Amelia pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, de vez en cuando salía para ver la televisión o hablar con Melody.

“¿Has visto hoy a la tía Melody?” le pregunté a Milly.

Puede que viniera cuando yo aún dormía, y puede que se marchara a hacer algún mandado. A ella le encantaba hacer la compra por las mañanas, así que tal vez fuera eso lo que ocurrió.

“La he visto salir de casa esta mañana con una caja grande y otras cosas”, dijo Milly distraída, con la atención fija en su casa de muñecas, la cual ya estaba terminada.

Fruncí el ceño, confundido. ¿Por qué iba a venir Melody a llevarse sus cosas de casa sin decírselo a nadie?

“Ahora vuelvo”, le dije a Milly antes de levantarme y salir de la habitación.

Me dirigí a la habitación de Melody y abrí la puerta. La habitación estaba tal y como la recordaba, aún llena de sus pertenencias.

Se me oprimió el pecho ante la posibilidad de que...

“No, no, no...”, murmuré mientras caminaba hacia la habitación de invitados. De un empujón, la puerta se abrió de golpe.

Se me encogió el corazón al ver la habitación vacía.

“No puede ser”, murmuré tembloroso, sacando el teléfono para marcar su número.

Era la primera vez que la llamaba por teléfono, y nunca imaginé que sería en estas circunstancias. Sonó el tono de llamada de retorno, pero ella no cogió la llamada.

Me temblaron las manos al marcar de nuevo el número.

“Por favor, Amelia”, susurré. “¡Joder!”

Sonó, pero siguió sin cogerlo. Repetí el proceso una y otra vez, pero seguía sin descolgar.

Corrí a mi habitación con la cabeza hecha un revoltijo de pensamientos.

Era evidente que Melody la había ayudado a hacer las maletas, ¿así que dónde demonios estaba?

¿Ella estaba en el apartamento del novio de Melody? ¿En un hotel? ¿Estaba con Bryce?

El tormento que sentía se agravó al pensarlo, sobre todo porque una parte de mí sabía que era cierto. Ayer se había ido con él, y probablemente la había convencido para que dejara el rancho y se fuera a vivir con él.

Cogí las llaves del coche y salí corriendo de mi habitación. No sabía adónde iba. Sólo sabía que tenía que encontrarla.

Asegurándome de que la niñera de Milly estaba con ella, bajé las escaleras y me dirigí hacia la puerta principal. En ese preciso momento, entró Melody.

"¿Dónde está?", pregunté inmediatamente al verla.

"Luke, cálmate".

"No me digas que me calme, Melody. La ayudaste a llevar sus cosas, así que debes saber dónde está".

"No he negado saber dónde está. Sólo necesito que te calmes", dijo en tono duro.

Me pasé una mano por el pelo, frustrado.

"Amelia me contó lo que hiciste".

Reconocí ese tono de inmediato. Era el mismo que usaba siempre que quería reprenderme o regañarme. Lo utilizaba incluso cuando éramos más jóvenes, en la secundaria y en el instituto, cuando me juntaba con la gente equivocada y me metía en problemas.

Casi me asombraba que yo fuera mayor, pero ella siempre parecía ser la que me sermoneaba.

Pero hoy yo no estaba de humor.

"Ahórrate el sermón", le interrumpí antes de que pudiera hablar. "Sé que soy un desastre. Soy una mala persona, no sé controlar mis emociones y siempre termino alejando a la gente. Lo tengo claro".

"Luke", la voz de Melody era suave mientras se acercaba a mí.

"No iba a decir nada de eso. Claro que la has liado terriblemente, pero sé que tienes corazón y conciencia, y estoy segura de que has reflexionado sobre esto durante horas".

Apreté la mandíbula, no estaba preparado para esta conversación.

"¿Dónde está?"

Melody suspiró. "Amelia me pidió que no te lo dijera, así que no lo haré".

"Melody, por favor".

Yo estaba desesperado, y la desesperación era evidente en mi voz.

"La única información que puedo darte es que ha conseguido un apartamento".

Sentí como si me pincharan la piel.

"¿Está con Bryce?"

Vi cómo el humor bailaba en los ojos de Melody al responder. "No".

Aunque me sentía algo mejor, seguía inquieto. No conocía nada de la ciudad y me preocupaba que le pudiera pasar algo sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Bryce tenía la facilidad de

llegar hasta ella, y me dolía pensar que él probablemente sabía dónde vivía. Me incomodaba aún más la idea de que él podría haber sido quien la ayudó a organizar su apartamento.

“Necesito verla. Necesito disculparme, Mels. Por favor, dime dónde está”.

Melody negó con la cabeza.

“Eso sería invadir su intimidad. Además, no creo que quiera verte ahora. Aún está disgustada”.

Me paseé por la habitación y Melody continuó.

“Creo que deberías darle espacio y tiempo, Luke. Sé que puedes tener buenas intenciones al querer verla, pero no creo que sea el momento adecuado”.

Apreté la mandíbula.

“Ni siquiera tardarás en verla Mañana vendrá a trabajar y podrás volver a verla, aunque no te aconsejo que te acerques a ella”.

Y una mierda. No estaba seguro de poder estar físicamente cerca de ella sin hablarle ni sentir las ansias de tocarla.

Esto iba a ser difícil.

“La ayudaste a marcharse”, acusé, sintiéndome ligeramente traicionado.

“Ella quería, Luke. No podía obligarla a quedarse”, dijo en voz baja.

“Y esto no se limita solo a Amelia; debería aplicarse a todo y a todos. No puedes forzar a las personas ni a las cosas a quedarse en tu vida”.

Melody tenía razón, así que esperé.

Durante el resto del día estuve inquieto.

Nunca había querido que el lunes llegara tan rápido.

***

# Capítulo 21

*Amelia*

Al cruzar la puerta de mi nuevo apartamento, me invadió una oleada de tristeza y nerviosismo. Por fin tenía un lugar que podía llamar mío, algo que siempre había deseado desde que llegué a Jackson.

Entonces, ¿por qué no era feliz?

Bryce me había ayudado a mover algunos hilos y, en un santiamén, me informó de que me había encontrado un lugar donde quedarme los meses restantes del proyecto. Le debía mucho. No sabía qué habría hecho si él no me hubiera ayudado.

Respiré profundamente y miré el espacio frente a mí. Aunque era pequeño, cada rincón del apartamento transmitía una sensación de calidez. La luz del sol entraba por la ventana, creando un resplandor suave que se reflejaba en las paredes. El apartamento venía parcialmente amueblado, así que, aunque ya tenía algunos elementos, como una cocina y una lavadora, aún necesitaba comprar otros artículos esenciales para el hogar.

Se me escapó un profundo suspiro antes de arrastrar la maleta hasta la habitación y empezar a deshacerla. Mientras ordenaba cuidadosamente mis pertenencias, mi mente se agitaba con diversos pensamientos.

¿Cómo iba a ir al trabajo todos los días? Bryce se había ofrecido a llevarme, pero no iba a aceptar su oferta. Ya había hecho demasiado por ayudarme, y no quería volver a depender de nadie.

*Así pues, tocaría usar Uber.*

Sin embargo, cuando fuera a trabajar mañana, ¿qué haría si Luke decidía enfrentarse a mí? ¿O sería yo quien se enfrentara a él?

Podría simplemente ignorar su existencia, si es que eso era posible.

Volví mi atención a la cocina y organicé las ollas y sartenes que ya estaban allí. Aún necesitaba algunos utensilios de cocina y tazas de café.

Lo añadí a mi lista mental de cosas que compraría.

A medida que pasaban las horas, fui desempacando y ordenando lentamente todas las cosas con las que había venido. Cuando por fin terminé, me hundí en el sofá mientras me invadía el cansancio.

En esas estaba cuando entró Melody.

“Creo que la primera regla para tener un apartamento es mantener siempre la puerta cerrada”, comentó al entrar.

Solté una risita cansada, y ella sonrió antes de venir a sentarse a mi lado.

“Pareces agotada”.

“Lo estoy”, dije bostezando.

“Bueno”, dijo, mirando a su alrededor, “parece que ya casi has terminado de instalarte”.

“Sí, solo me falta comprar algunas cosas en el centro comercial”.

Ambas guardamos silencio por unos minutos. Mientras yo observaba el espacio, sumido en mis pensamientos, Melody se quedó sentada, mirándome.

Finalmente, me volví hacia ella, sintiéndome cansada.

“Parece que hay algo que quieres decirme”.

Sonrió, pero era una sonrisa triste.

“Cuando volví a casa esta mañana, me encontré con Luke”.

Tragué saliva y aparté la mirada. No importaba cuántas veces mi mente había vuelto a él desde ayer, siempre intentaba no pensar en él. Pero el sonido de su nombre en los labios de Melody trajo una oleada de emociones y recuerdos que intentaba enterrar.

Algunos eran dolorosos, como el de ayer. Pero la mayoría me producían un cosquilleo en la piel y me hacían palpitar el corazón.

“Él te estaba buscando y, cuando entré, me acusó de haberte ayudado a escapar”.

Me reí.

“La única razón por la que volverá a verme es porque nuestro proyecto en el rancho aún no ha terminado”.

Melody asintió. “Sé que mi hermano tiene... muchos problemas, pero creo que te ama, Amelia”.

El corazón me retumbó en el pecho.

¿Amar? ¿Luke me quería de verdad? ¿Podría quererme?

“¿Te dijo que me contaras todo eso?”, pregunté, y la pregunta sonó más cortante de lo que esperaba.

Melody negó con la cabeza.

“Ni siquiera creo que él se haya dado cuenta todavía”.

Volví a burlarme. “Entonces, ¿por qué me lo dices?”

“Soy su hermana. Le he visto con otras mujeres en el pasado, y puedo decirte que nunca antes había actuado así”.

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

No quería oír lo que Melody estaba diciendo, pero al mismo tiempo quería oírlo todo.

“¿Actuado de qué manera?”

“Está poseído. Se nota en todo lo que hace y en cómo se relaciona contigo: en sus ojos, en su lenguaje corporal, en todo”.

No quería creerlo. No me gustaba el atisbo de esperanza que surgió en mi cabeza.

¿Y si Melody mentía? ¿O si no estaba segura de lo que decía?

“No estoy diciendo que debas perdonarle inmediatamente u olvidar las cosas que hizo”, dijo Melody. “Creo que aún tiene que esforzarse por conseguir tu perdón”.

“¿Pero?”

Sus ojos se volvieron distantes y parecía sumida en sus pensamientos.

“Antes no era así. Luke solía ser muy expresivo y no tenía miedo de decir o mostrar lo que sentía por los demás. Sin embargo, con el tiempo, después de que le rompieran el corazón una y otra vez, empezó a encerrarse en sí mismo”.

“¿Qué pasó?”, le pregunté.

Melody inhaló profundamente.

“Creo que lo primero que le rompió el corazón fue la muerte de su esposa. Imagínate, experimentas la felicidad de que nace tu hijo, y luego esa alegría se transforma en dolor por la pérdida de tu pareja”.

Se me oprimió dolorosamente el pecho y me pregunté por lo que debió de pasar en aquellos momentos.

“Luke estaba devastado, aunque intentaba no mostrarlo. Se concentró en cuidar de Milly y en dirigir el rancho que acababan de traspasarle”.

“Con el tiempo, Luke cambió. Se volvió más reservado y antisocial. Todo eso duró hasta que, unos tres o cuatro años después, conoció a Francesca...”

Respiré hondo, preparándome para lo que vendría a continuación.

“Se enamoró de ella y se notaba que cada vez era más feliz. Aún estaba sanando de la pérdida de su esposa, y Francesca le había dado una razón para volver a creer en el amor. Sin embargo, Francesca quería más de lo que él podía ofrecerle. Deseaba que Luke olvidara por completo a Loretta”.

“¿Qué?”, jadeé, con la ira apoderándose poco a poco de mis pensamientos.

“Ella no quería ver señales de Loretta en la casa, así que sacó todas sus fotos de los álbumes”.

“Eso es una locura”, dije.

“Ella afirmaba que Luke seguía atado a su esposa muerta, y le dijo que estaba demasiado roto para ella”.

El dolor me envolvió el pecho mientras me invadía una rabia que no podía explicar.

“Pude ver que lo intentaba. Intentó hacer algunas concesiones, como guardar sus viejas fotos y las pertenencias de Loretta en el sótano, pero eso no fue suficiente para Francesca. Al final, cuando vio que Luke no podía superar la muerte de su esposa de un día para otro, se fue”.

“¿Qué?”, jadeé mientras se me llenaban los ojos de lágrimas.

“Luke estaba devastado y desesperado por encontrarla, temiendo que le hubiera pasado algo grave. Finalmente, logró contactarla por teléfono y ella le reveló que se había mudado a California para aceptar una nueva oportunidad laboral. Le dijo que no tenía planes de regresar”.

Me puse una mano en el corazón, intentando calmar el dolor que sentía.

“No intento que le tengas lástima o algo así. Créeme, él odia eso”, se rio entre dientes.

“Solo quiero que entiendas su perspectiva. Las personas que amaba le han causado mucho dolor y, desde entonces, ha tendido a alejar a todos, incluso a mí en algunos momentos. Pero ahora llegaste tú y quizás le estás haciendo sentir cosas que no había experimentado en mucho tiempo. No sabe cómo manejar esos sentimientos. No sabe si debería alejarte o dejarte entrar. Comete errores y se culpa por que todos terminen dejándolo”.

Intenté contener las lágrimas, al menos mientras Melody siguiera en casa.

Cuando terminamos de hablar y ella se marchó, ya no pude contenerlas más.

Me derrumbé en el sofá, rompí a sollozar y lloré durante varios minutos. Cuando cesaron las lágrimas, estaba demasiado cansada y procedí a tomar una breve siesta.

Al despertarme una hora más tarde, me duché y me preparé para ir al centro comercial. Necesitaba alejarme un rato de mis pensamientos y las compras siempre conseguían distraerme.

Pedí un Uber que vino a recogerme. Cuando llegué al centro comercial, los recuerdos de los acontecimientos de ayer llenaron mi cabeza.

Me dirigí a la sección de artículos para el hogar y empecé a meter los artículos de mi lista en el carrito de la compra. Compré durante un total de treinta minutos antes de dirigirme a la caja. Pagué los artículos, los metí en bolsas y salí de la tienda.

En cuanto salí del edificio me encontré cara a cara con Francesca.

Su sonrisa era algo malvada mientras se acercaba a mí.

“Eres Amelia, ¿verdad?”

No dije ni una palabra mientras todo lo que Melody me había dicho me venía a la cabeza.

Si ella decía que no iba a volver nunca, ¿por qué estaba aquí? ¿Y por qué había ido a visitarlo al rancho?

“Voy a decir esto de la forma más amable posible”, comenzó ella, y su sonrisa se desvaneció. “Apártate de mi camino”.

Me reí entre dientes. “Eres tú quien me está estorbando”, respondí, señalando el camino que ella bloqueaba y que me impedía avanzar.

Su sonrisa se volvió gélida.

“Sabes perfectamente de qué estoy hablando”.

“En realidad, no”.

Ella perdió la calma y estalló de furia. “Aléjate de Luke. ¡Es mío!”

“Parece que la paciencia no es lo tuyo”, respondí con desdén. “Y no creo que Luke sepa que te pertenece”.

Hizo un esfuerzo por controlar su ira, aunque era evidente que le costaba mucho.

“¿Y a quién pertenece, a ti?”, preguntó con sarcasmo, su actitud me recordó a cómo se ríen los villanos en las películas de Disney.

“Esto no es el instituto, Frances”, dije, llamándola deliberadamente por el nombre equivocado.

“¡Es Francesca!”, exclamó, y yo sonreí con satisfacción.

“A nadie le importa. El mundo no gira a tu alrededor. No puedes desaparecer de la vida de alguien y luego aparecer como si nada”, le respondí.

Vi la furia arder en sus ojos ante mi afirmación.

“¿Y quién te crees que eres? Debes estar delirando si piensas que Luke sentirá algo por ti”, dijo. “Soy la única mujer a la que ha querido, por eso no ha podido seguir adelante con nadie más”, añadió con un gruñido.

No pude evitar soltar una risa estruendosa. “La verdad, eres aún más estúpida de lo que imaginaba. Eres tú la que está obsesionada con él, siguiéndolo incluso cuando él no está cerca”.

Me acerqué a ella hasta que estuve cara a cara.

“¿De verdad crees que puedes volver a su vida después de todos estos años? ¿Después de todo lo que hiciste?”

“Sí, puedo, y lo haré”, respondió con una sonrisa maliciosa. “Todo el mundo me quiere. Es algo que dudo que tú puedas entender”.

“Entonces, ¿no es una pena que sigas aferrada a la única persona que claramente no te quiere?”

Se esforzó por ocultar la vergüenza que se reflejaba en su rostro. Su cara se sonrojó por la rabia y la vergüenza.

“Luke nunca estará contigo”, dijo con debilidad.

Mi frustración con la conversación aumentaba.

“A mí, en realidad, eso no me importa. Puede que nunca esté con Luke, y mientras él sea feliz, está bien. Pero lo que sí sé”, le respondí con veneno en la voz, “es que nunca volverá contigo”.

Sin esperar más, me di la vuelta y me marché furiosa.

La ira seguía ardiendo en mis venas mientras tomaba el Uber de regreso a mi apartamento. De repente, me di cuenta de que necesitaba ver a Luke. Estuve tentada de cambiar mi destino hacia el Rancho Callahan, pero decidí esperar hasta el lunes, que era mañana.

***

# Capítulo 22

*Luke*

Amelia solo había estado fuera un día, pero la casa ya se sentía vacía y diferente sin ella. Ella solía traer una calidez especial, y ahora esa calidez había desaparecido. Anoche, me costó mucho dormir. No podía esperar a que llegara el día de hoy. Después de dar vueltas en la cama, decidí ir a la habitación de invitados, su habitación. Aún quedaba un rastro de su aroma en el aire, y eso fue suficiente para mí. Apenas apoyé la cabeza en las almohadas, me quedé profundamente dormido.

Esta mañana, me levanté y fui a mi habitación para prepararme para el día. Durante el desayuno, Milly hablaba animadamente de su nuevo profesor de educación física, a quien estaba deseando ver. Después de desayunar, dejé a Milly en su colegio privado.

Al regresar, conduje hacia las obras, esperando ver a Amelia. Solía hacer esto algunos días cuando ella se saltaba el desayuno. Fingía pasar casualmente por delante del sitio de construcción, cuando en realidad solo quería verla.

Pero esta mañana, cuando pasé por la obra, no vi ni rastro de Amelia. No era habitual; ella era una de las primeras en llegar al sitio cada día. Esa era una de las cosas que admiraba de ella desde que comenzó a vivir aquí. Aunque era la Gerente del Proyecto y la Ingeniera Residente, lo que significaba que no siempre tenía que estar en la obra, ella siempre llegaba temprano, sin importar lo que sucediera.

Me dirigí directamente a la oficina de mi rancho para comenzar oficialmente el día. Revisé expedientes, firmé algunos papeles y asistí a una reunión.

Pasaron dos horas antes de que decidiera volver a la obra. Mi corazón latía con fuerza mientras me acercaba.

¿Cuál sería su reacción? ¿Me ignoraría? ¿O me gritaría que la dejara en paz?

Los nervios me invadieron, pero pronto la preocupación se apoderó de mí al ver que aún no estaba en la obra. Miré a Bryce, que permanecía a cierta distancia, y sentí celos al recordar cómo lo había salvado de mí.

Apreté los dientes y decidí salir del lugar.

Los campos estaban cerca, así que aproveché para inspeccionar el ganado que pastaba.

"¡Buenos días, amigo!", me saludó Austin, el vaquero encargado del ganado.

Austin, australiano, había trabajado para mí tanto tiempo que ya era como un hermano para mí.

"¿Qué tal?", le respondí mientras nos dábamos un apretón de manos.

Después de saludarnos mutuamente, empecé a examinar el ganado que pastaba. Les pasé la mano por el pelaje, observando su estado. Inspeccioné atentamente sus movimientos y verifiqué si tenían alguna herida. Afortunadamente, no encontré ninguna.

Me separé de ellos y volví a mi oficina una hora después, pero no podía concentrarme. Me sentía inquieto, mientras mi mente imaginaba todos los peores escenarios.

¿Y si Amelia había tenido un accidente de camino al trabajo?

¿Y si no encontraba el camino? El rancho estaba en las afueras de la ciudad, y podría ser difícil de localizar para los novatos.

¿Y si había renunciado? ¿Y si volvía a Nueva York?

"¡No!", dije en voz baja.

No era posible. No podía ser posible. Acababa de alquilar un apartamento en la ciudad. ¿Por qué iba a marcharse?

¿O acaso la historia de que ella había alquilado un apartamento era mentira?

La posibilidad me oprimió el pecho. Miré la hora en el viejo reloj de pared y vi que ya era mediodía.

"Ya debe de estar aquí", murmuré para mis adentros.

Sintiendo que las paredes se cerraban sobre mí, me levanté y salí del despacho.

Me dirigí de nuevo a la obra, pero seguía sin haber señales de ella. Vi que Bryce me miraba, pero cuando me volví hacia él, apartó la mirada.

Le evalué. Parecía tranquilo, demasiado tranquilo en realidad. Quizá sabía algo que yo ignoraba. Me puse verde de envidia. No quería hablar con él ni preguntarle nada relacionado con Amelia. Pero en esta situación, estaba desesperado y sabía que tendría que tragarme mi orgullo. Así que, sin pensármelo demasiado, empecé a caminar hacia él.

Bryce volvió a girarse hacia mí y vi el miedo que relampagueó en sus ojos, aunque desapareció tan rápido como apareció.

“Mira, hombre, te agradecería mucho que no vinieras a darme otro puñetazo. El último aún me duele”.

Su voz era ligera y sus ojos brillaban con humor. Inmediatamente me sentí mal. Parecía un buen tipo y, aunque seguía sin gustarme, sabía que me había equivocado al darle un puñetazo.

Suspiré. “Lo siento. Ha sido algo muy estúpido y poco razonable”.

Bryce enarcó una ceja, y parecía una mezcla de sorpresa y sospecha. “Esto es para que baje la guardia, ¿no?”

Me reí entre dientes. “Hablo en serio, tío. Me arrepiento de lo que hice aquel día y lo siento de verdad”.

“Te estaba tomando el pelo”, sonrió. “Acepto tus disculpas. Y ahora que ya está arreglado, ¿cómo has aprendido a dar un puñetazo tan bueno?”

Me reí.

“Hablo en serio”, continuó. “No sabía que un solo puñetazo podía hacer que me doliera la mandíbula durante días. Aún me duele”.

Hice una mueca de dolor. “Lo siento otra vez”.

“No pasa nada, de verdad. Entonces, ¿es por el gimnasio?”, retomó su pregunta.

Se me escapó una risita. “No soy aficionado a los gimnasios. Sólo acudo al gimnasio como dos veces a la semana. Es el estilo de vida rudo. He sido vaquero toda mi vida, y eso por sí solo es entrenamiento más que suficiente”.

“Tiene sentido”.

“¿Amelia no ha venido hoy a trabajar?”, pregunté, llegando a la razón principal por la que me acerqué a él.

“No, no ha venido”. Antes de que pudiera decir nada más, añadió. “Es como la segunda vez que vienes a buscarla”.

“La tercera”, le corregí. Asintió con la cabeza.

“Supongo que también quieres disculparte con ella”.

Apreté los dientes mientras me invadía la vergüenza. No quería darle explicaciones ni entrar en detalles. Ni siquiera lo conocía.

Pero aun así respondí. “Sí”.

Bryce sonrió como si ocultara algo. “La amas”, dijo de repente.

No era una pregunta. Lo dijo como si estuviera muy seguro.

“Eso es... Nunca he...”, tartamudeé intentando encontrar las palabras.

¿Amor? Este... sentimiento dentro de mí, ¿era amor?

El corazón me retumbó en el pecho cuando Bryce empezó a caminar hacia delante y se alejó de la compañía de algunos de los trabajadores de la obra.

“Aún no te has dado cuenta”, dijo. Sentía dolor en sus palabras. Parecía dolido.

Me encontré a su lado.

“Siento algo fuerte. Es... Es tan fuerte que no tengo otras palabras para describirlo”, me atraganté.

Bryce soltó una risita. “Eso es amor, hombre. Amas a Amelia”.

De repente sentí que el corazón se me aligeraba. Y entonces me di cuenta de que no sólo la quería a ella. Aquel sentimiento era tan fuerte que me consumía por completo. Estaba enamorado de ella.

*Estoy enamorado de Amelia.*

El pensamiento resonaba una y otra vez en mi cabeza. Necesitaba verla. Necesitaba decirle por fin lo que sentía.

Bryce sonrió con complicidad al ver la expresión de mi cara. Pero la sonrisa contenía un matiz de tristeza.

“Lo supe desde el momento en que la vi”. Su voz era grave y melancólica. “Pero estaba claro que ella no me veía así. Sólo me veía como un amigo”, dijo.

“Así que acepté lo que ella podía ofrecerme, y fue estupendo. Me ayudó a conocerla como realmente es. Así que, aunque ella no correspondiera a mis sentimientos, le estaré eternamente agradecido por seguir teniéndola como amiga y por estar presente en mi vida de alguna manera”.

No quería compadecerme de Bryce, ya que ambos amábamos a la misma mujer, pero sus palabras me oprimieron el pecho.

“Seré feliz mientras ella lo sea”. Se detuvo y se volvió hacia mí. “Asegúrate de hacerla feliz, Luke. Ya ha sufrido mucho”.

Apreté la mandíbula ante el instinto protector que se apoderó de mis sentidos. Le daría lo que quisiera. Haría lo que hiciera falta para hacerla feliz.

“Haré todo lo que esté en mi mano para que Amelia sea feliz”, dije solemnemente.

Bryce asintió mientras una de sus manos venía a acariciarme el hombro.

“Además, no la abandones demasiado pronto. No la abandones”.

Las palabras me sonaban extrañas. Eran cosas que sabía que no podía hacer físicamente y que no quería hacer.

Bryce inhaló y exhaló bruscamente.

“Bien, he hecho mi parte como buen amigo. Ahora es tu turno de hacer lo que tienes que hacer. Ve tras ella y no te rindas, ¿entiendes? Y si alguna vez la lastimas, seré yo quien te dé una paliza. No te preocupes por lo que parezca imposible. Tómate en serio mi advertencia”.

Asentí en señal de comprensión.

“Necesito su dirección. Parece que puede que no aparezca hoy”, dije, y él frunció el ceño.

“Yo también me pregunto por qué no ha venido. No me ha dejado ningún mensaje ni nada”. Sacó el móvil para hojear sus mensajes. “Y no tengo su dirección”. Una parte de mí se alegró de que él no la tuviera. “Tu hermana Melody debería tenerla”.

¡Joder! Ni siquiera se me había ocurrido volver a preguntárselo. Sobre todo por lo inflexible que se mostró la última vez que le pregunté por el paradero de Amelia. Pero valía la pena intentarlo de nuevo.

“Gracias... por todo. Te lo agradezco de verdad”, dije antes de darme la vuelta para marcharme.

“Fue un placer. Ve a por ella”.

Me reí entre dientes mientras me alejaba corriendo. Saqué el teléfono del bolsillo y marqué el número de Melody.

Empecé a hablar tan pronto como descolgó. “Sé que vas a querer darme un sermón sobre ser paciente y esperar a que ella esté lista para verme, pero, sinceramente, no necesito eso ahora. Te lo ruego, como tu único hermano superviviente, por favor, envíame la dirección de Amelia”, terminé, sin aliento.

Oí suspirar a Melody. “Lo dices como si tuviéramos otros hermanos que hubieran muerto o algo así. Tú eres mi único hermano”.

“¿Melody?” , le advertí y ella cedió.

“Vale. Te la enviaré ahora mismo”.

“Gracias. Te quiero”.

“Lo sé”, dijo antes de terminar la llamada. Casi inmediatamente, mi teléfono emitió un pitido con un mensaje suyo.

*Maple Street, 42. Tercera planta. Apartamento 32A. Recogeré a Milly del colegio y me quedaré en casa con ella. De nada.*

*PD: Me debes una por esto.*

El corazón se me encogió al escuchar el mensaje. Corrí hacia mi casa, me di una rápida ducha para quitarme el sudor, me cambié de ropa y volví corriendo al coche.

Conduje deprisa pero con cuidado hasta la dirección que me había enviado Melody. Llegué en menos de quince minutos, aparqué el coche y bajé.

Mientras entraba en el ascensor y presionaba el número de planta, el corazón me latía con fuerza en el pecho mientras intentaba coordinar mis pensamientos.

¿Debía disculparme primero o decirle que la amaba? ¿Debía arrastrarme de rodillas? ¿Debería llorar?

Mis manos temblaban y las limpié en los pantalones. Cuando el ascensor se detuvo, salí rápidamente y busqué el 32A con urgencia, examinando las puertas como si estuviera buscando una aguja en un pajar. Al encontrarla, levanté la mano y llamé a la puerta. No obtuve respuesta. Volví a llamar, pero seguía sin contestar.

Ahora mi corazón latía con una preocupación diferente. ¿Y si le había pasado algo dentro? ¿O si ya se había ido?

Sin pensarlo, volví corriendo al ascensor y bajé a la planta baja, donde estaba la recepción.

“Necesito una llave del 32A. Soy su novio y he llamado a la puerta pero no he recibido respuesta”.

Los ojos de la chica seguían fijos en su ordenador. “Tendrá que presentar una queja oficial, señor. No puede simplemente...”

Sabía que era el procedimiento, pero los procedimientos siempre llevaban su tiempo.

“No hay tiempo para eso. ¿Y si...?” Empecé a divagar sin querer pensando en lo que yo quería decir.

Fue entonces cuando me miró y sus ojos se abrieron de par en par al reconocerme.

“Luke Callahan”, se sentó más erguida. “Diriges el rancho Callahan. Mi padre y el tuyo eran amigos...”

Sonreí débilmente, no estaba de humor para cumplidos.

“Qué bien. Por favor, ¿puedo coger ahora la llave de repuesto?”

Se puso manos a la obra, buscó la llave y envió a un guardia de seguridad para que me acompañara. Aunque nunca me consideré una persona famosa, en momentos como este apreciaba que mi familia tuviera un buen legado.

El viaje de vuelta en ascensor parecía demasiado lento. Por fin, llegamos a la tercera planta. El guardia de seguridad pasó por delante de mí e inmediatamente desbloqueó la puerta. Me adelanté rápidamente mientras él empujaba la puerta para abrirla.

Miré al interior y la visión que tenía ante mí me hizo desfallecer.

***

# Capítulo 23

*Amelia*

Abrí los ojos a la brillante luz del sol que se filtraba por las ventanas. Tenía la cabeza aturdida y la vista un poco borrosa, pero estaba segura de que podía oler algo. ¿Era... el desayuno? ¿Quién podría estar preparándolo? ¿Y por qué el aroma llenaba toda mi habitación?

Con un gemido, me senté en la cama y me di cuenta de que llevaba ropa distinta a la que llevaba cuando dormía. Me latía el pecho y tenía el cerebro nublado mientras intentaba atar cabos.

¿Desde cuándo había dormido? No lo recordaba. Lo único que tenía en mente era el intenso dolor de cabeza y la fiebre que había tenido esta mañana. Pensé en descansar un poco antes de prepararme para ir a trabajar, pero no pude levantarme.

Ahora me sentía mucho mejor. El dolor de cabeza había desaparecido y ya no tenía fiebre. Me llevé la mano a la frente y noté que estaba fresca en lugar de caliente. Un gran alivio me invadió. Odiaba estar enferma; pasaba el día en cama, sin poder completar las tareas que necesitaba hacer.

Sin embargo, al mirar alrededor de la habitación, me di cuenta de que ya no estaba desordenada. La ropa que solía estar esparcida por el sofá estaba ahora perfectamente colgada en el armario. Los objetos que solían estar en el suelo ya no estaban por ninguna parte. Mis zapatos estaban ordenados junto a la pared. Todo estaba limpio, ordenado y en su lugar, como si alguien se hubiera tomado el tiempo para arreglarlo todo.

Fruncí el ceño, confusa. ¿Quién podía ser? ¿Bryce? Creía que Bryce podía hacer algo así, pero él no sabía dónde vivía yo. La única persona que sí lo sabía era Melody. ¿Podría ser ella? ¿No tenía trabajo?

Gimiendo de nuevo, busqué mi teléfono para comprobar qué hora era. Eran las 8:24 de la mañana del martes. ¿Habíamos entrado ya en un nuevo día?

“¡Uf!” gemí, sacando las piernas de la cama. Antes de levantarme, noté un botecito de pastillas y un vaso de agua en la mesilla de noche, acompañados por una nota que me indicaba que debía tomarme las pastillas y beber el agua. Aunque no recordaba haber comprado esas pastillas, confiaba en quien las había dejado ahí, así que las tomé siguiendo las instrucciones.

Mi estómago gruñó, dejándome claro que tenía hambre. Me levanté y seguí el delicioso olor que se filtraba por la casa. Al pasar por el salón, escuché el chisporroteo de la cocina. El aroma era tan tentador que se me hacía agua la boca. Si me había quedado dormida durante la mañana, no había comido en todo el día, así que no me sorprendía tener tanta hambre.

Fruncí el ceño al ver unos pantalones vaqueros en el sofá y un reloj de pulsera familiar sobre la mesa redonda de cristal. No podía ser él... ¿Verdad?

Mis pasos se volvieron lentos y vacilantes a medida que me acercaba a la cocina. Los latidos de mi corazón se aceleraron al verlo, de espaldas, mientras daba vuelta a un poco de beicon en la sartén.

Había tantas preguntas que necesitaba hacerle. ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué le importaba?

Pero me quedé clavada en el sitio, mirándole fijamente.

Mi corazón se llenó de calidez y gratitud. No sólo había cuidado de mí cuando estaba enferma, sino que también había arreglado la casa y en ese momento me estaba preparando el desayuno. La fuerte sensación en mi pecho crecía y crecía, y casi sentía que estaba a punto de explotar.

Mientras mis ojos recorrían todo su cuerpo, otra sensación me recorrió. El vello de mi piel se erizó mientras un lento escalofrío recorría mi espina dorsal. Llevaba unos calzoncillos negros y me costó mucho apartar la mirada de su firme trasero.

Sabía que era firme porque lo había sentido antes.

Exhalando un suspiro tembloroso, mis ojos subieron hasta la camiseta. Era un sencillo diseño negro, y las mangas estaban remangadas para que no estorbaran. Tragué saliva, con la boca repentinamente seca. Tenía los brazos llenos de gruesas venas y los bíceps se le abultaban con cada movimiento.

Mi mente viajó brevemente al día en que me recogió en el aeropuerto. Aunque había pasado mucho tiempo desde ese primer encuentro, parecía que fue ayer. Recordaba claramente cada emoción de aquel día: el tacto de sus manos en el volante, la tensión en el coche y la discusión que tuvimos más tarde.

Desde entonces, muchas cosas habían cambiado entre nosotros. Nunca imaginé que él sería el hombre que estaría aquí hoy, cuidándome y preparándome el desayuno.

Observé su cabello despeinado y sentí el impulso de acariciarlo. Su confianza y concentración mientras preparaba la comida me resultaban irresistibles. No sabía que ver a un hombre cocinar pudiera ser tan atractivo, especialmente al notar cómo sus mangas se remangaban cada vez más a medida que se movía.

Le miré los pies y vi que sólo llevaba calcetines. Me reí mientras él se deslizaba por el suelo pulido. El calor inicial volvió a envolverme el pecho, llenándome el corazón.

Justo entonces, se giró.

Mis latidos se triplicaron mientras ambos nos mirábamos en silencio. Sus ojos se abrieron de sorpresa al principio, y luego la mirada cambió a una de fuerte emoción. De repente me quedé sin aliento, contemplando los diversos sentimientos que cruzaban sus ojos. Deseo, lujuria... y algo más.

Abrí la boca para hablar, pero ninguna palabra pudo salir de mis labios. Y entonces se dirigió hacia mí con una mirada decidida. Sentí un cosquilleo en la piel cuando me agarró y apretó sus labios contra los míos.

Al principio, me quedé completamente paralizada. Luego, dejé que él me atrajera hacia él, cerrando la distancia que nos separaba. Sus labios eran ásperos y un poco agrietados, con un leve sabor a whisky. Me relajé y levanté las manos para acariciar su cabello. Gimió suavemente e inclinó la cabeza, intensificando el beso. La sensación era embriagadora, y me encontré gimiendo de placer.

“Luke...”

Emitió un sonido en la garganta, arrastrando los labios hasta mi cuello.

“Joder. Te he echado de menos”, murmuró Luke contra mi carne, besándome desde el cuello hasta el hombro. Me estremecí, apretándome más contra él.

“Yo también te he echado de menos”.

Los labios que me besaban el cuello se detuvieron de repente cuando se apartó para mirarme. Las emociones de sus ojos eran ahora más intensas y sentí que se me obstruía la garganta.

“Yo... lo siento mucho, Amelia. He sido un imbécil. Un completo imbécil”.

Su mano se deslizó hasta acariciarme la cara y mis ojos se agitaron ante el movimiento.

“Ni siquiera merezco tu perdón. No merezco estar aquí delante de ti”.

Sus palabras me oprimieron el pecho. Sacudí la cabeza.

“Eso no es cierto, Luke”.

“Lo es”, dijo con dificultad. “Hice todo lo posible por alejar a todos, pero contigo... contigo era diferente. Necesitaba que te fueras, pero al mismo tiempo te deseaba como si fueras el aire

fresco. Eso me aterrorizaba, y no sabía cómo manejarlo. Estaba confundida y asustada, por eso actuaba sin pensar".

No me di cuenta de que había estado llorando hasta que su dedo vino a secarme las lágrimas que resbalaban por mis ojos.

"Sé que no merezco tu perdón, sobre todo después de lo que pasó en el centro comercial, pero... te necesito. No puedo sobrevivir sin ti".

Los latidos de mi corazón se aceleraron mientras le miraba fijamente a los ojos.

Y entonces volvió a hablar.

"Yo te amo".

Las tres palabras se susurraron en voz muy baja, pero resonaron en todo el espacio que había entre nosotros. Sentía el corazón a punto de estallar, latiendo violentamente en mi pecho.

"Te amo, Amelia. Y odio no haberme dado cuenta en todo este tiempo. Te amo desde que te recogí en el aeropuerto. Te he amado desde que compartimos nuestro primer beso aquella misma noche. Te he amado en medio de todas las discusiones y peleas que hemos tenido".

Cogió mi mano y la colocó sobre su pecho, haciéndome sentir el rítmico sonido de los latidos de su corazón.

"Mi corazón te pertenece".

Yo volvía a llorar, y esta vez las lágrimas fluían. Luke se inclinó y me besó las mejillas, secándome las lágrimas.

"Yo también te amo, Luke", confesé con voz temblorosa. "No quería admitirlo ante mí misma, porque yo también tenía miedo".

Me miró fijamente a los ojos y pude ver en ellos las lágrimas no derramadas.

"Me sentía muy abrumada y me asustaba ese tipo de compromiso. Tenía miedo de que me volvieran a romper el corazón".

Luke volvió a agarrarme la cara, sus manos ásperas me producían un cosquilleo en la piel.

"Nunca haré nada que te cause dolor, Amelia. Sé que todo lo que he hecho en los últimos meses es confundirte y asustarte. Y también sé que quizá no confíes plenamente en mí, pero haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz", dijo. "¿Me dejarás?"

Asentí y él apretó sus labios contra los míos, sellando nuestra promesa con un beso. Sus labios eran suaves , cálidos, y me produjeron escalofríos. El hambre que sentía inicialmente en el estómago fue sustituido por mariposas que revoloteaban como siempre lo hacían cuando le besaba.

Mi corazón palpitaba de excitación y adrenalina mientras le pasaba los dedos por el pelo. Él sonrió al besarme, acercándome más a él mientras lo profundizaba ligeramente. Se me cortó la respiración cuando sus manos me acariciaron las mejillas y sus pulgares me rozaron ligeramente la piel. Me derretí bajo su contacto, dejándome llevar por la sensación de su boca sobre la mía.

"Luke", gemí mientras me mordisqueaba el labio inferior. Volví a apretar el beso con más fuerza hasta que no quedó espacio entre nosotros.

Luke gimió y me levantó, e inmediatamente le rodeé la cintura con las piernas. Sus labios siguieron moviéndose contra los míos mientras él caminaba hacia mi dormitorio.

Solté una risita cuando me besó la parte sensible del cuello y mis manos se enredaron en su cabello. Tiré suavemente, lo que hizo que Luke emitiera un gemido bajo. Luego, tiré con más intensidad, y el beso se volvió más apasionado y áspero.

Sus manos me agarraron el culo con fuerza, casi dolorosamente, y empecé a moverme contra él.

"Joder, Amelia", dijo dolorosamente antes de empujarme de nuevo sobre la cama, de modo que quedó suspendido sobre mí.

Me lamió el cuello, mordiéndolo y chupándolo ligeramente. Incliné la cabeza hacia un lado, dándole más acceso.

Cuando sus labios abandonaron mi piel, emití un gemido. Levanté la cabeza y vi que se estaba quitando la camiseta. La tiró a un lado despreocupadamente antes de volver a cernirse sobre mí. El calor de su cuerpo irradiaba de él y me mareaba de lo cerca que estaba de mí. Además, me sentí tan bien que los dedos de mis pies se curvaron de placer.

Impaciente, me quité la camiseta de un tirón y noté el brillo de deseo en los ojos de Luke al ver mis pechos desnudos. Aunque me estremecí un poco por el frío, el placer pronto me invadió cuando sus labios cálidos rodearon mi pezón. Luke chupó suavemente mientras sus dedos exploraban mi vientre y descendían hasta la cintura de mis pantalones.

Jadeé cuando sus dedos danzaron por mi cintura antes de que me quitara rápidamente los pantalones y los tirara al suelo.

Me mordí el labio mientras él se despojaba lentamente de los calzoncillos, sin poder hacer otra cosa que arquear la espalda y mirarlo fijamente. Una vez que se quitó la ropa, se inclinó hacia adelante y me besó el vientre.

Mis manos se enredaron en su cabello mientras me arqueaba hacia arriba. Sus besos eran lentos y juguetones, y mi piel ardía de calor. Sabía exactamente hacia dónde se dirigían sus labios, pero estaba demasiado ansiosa por sentirlo dentro de mí.

“Luke”, susurré, y él me miró con los párpados medio cerrados. “Te necesito dentro de mí ahora mismo”.

Sonrió, y mi cuerpo tembló de anticipación por lo que estaba a punto de suceder.

***

# Capítulo 24

*Luke*

Me invadió una oleada de placer cuando Amelia se inclinó hacia mí y empezó a darme besos húmedos en el pecho. Me estremecí ante sus caricias y mi polla se agitó en respuesta a sus besos y lamidas.

“Mmm”. Ella me susurró al oído con voz seductora.

Apreté las mandíbulas y luché por no empujarla contra la cama y follármela a fondo.

Así que volví a presionar mis labios contra los suyos, inclinándome lentamente sobre su cuerpo hasta que ella quedó boca arriba y yo encima de ella.

Ella rechinó contra mi cuerpo, y me hizo gracia lo impaciente que estaba.

“Estás haciendo que sea muy difícil controlarme, Amelia”, susurré antes de llevarme a la boca el lóbulo de su oreja.

Ella tarareó apreciativamente y bajó las manos para acariciarme la espalda.

“No te controles, Luke”.

Mi polla volvió a crisparse ante sus palabras. ¡Joder!

“Muy tentador”, dije riendo entre dientes, “pero quiero hacerte el amor suave y lentamente, hasta que no puedas más”.

Sus ojos se humedecieron al mirarme. Pude reconocer las fuertes emociones que había en ellos, y mi corazón se sintió henchido.

“Te amo, Luke”, ella susurró.

¡Dios mío! Me sentí tan bien al oírla decir eso.

“Dilo otra vez”, grité.

“Te amo... ¡Joder!”, ella gimió mientras me deslizaba dentro de ella.

Gemí por la suavidad y lo apretado de su cuerpo. Me movía despacio, entrando y saliendo, mientras ella respondía moviendo sus caderas contra las mías. Era una danza lenta y sensual, nuestros cuerpos se sincronizaban como si fueran uno solo.

Amelia dejó escapar un gemido fuerte cuando comencé a moverme más rápido. Ambos respirábamos con dificultad, entrelazando nuestros alientos cálidos. Gemí también cuando sus dedos se hundieron en mi espalda mientras ella sujetaba las sábanas con la otra mano.

¡Joder! Ella era increíble. Su cuerpo temblaba debajo de mí, sus caderas rodaban contra las mías, y no pude contenerme más. Un gruñido sordo retumbó en lo más profundo de mi garganta mientras la penetraba con más fuerza y profundidad al tiempo que observaba cómo su rostro se contorsionaba de placer.

“Luke”, ella gimió mientras su cabeza se hundía en la almohada. Cerró los ojos, su cuerpo se tensó a mi alrededor y me abrazó con fuerza. Se retorció sobre la cama, arqueándose y gritando. Las lágrimas corrían por su rostro y se derramaban sobre la almohada.

Con unos cuantos empujones más, me corrí con fuerza y me desplomé sobre ella. Mi polla seguía agitándose dentro de ella y mis músculos temblaban de cansancio, pero nada de eso me importaba. Solo quería disfrutar de aquel instante: sentirla entre mis brazos y escuchar su respiración entrecortada. Me hundí en su cuello, y me encantó la suavidad de su piel contra mi barbilla. Respiré profundo, inhalando su aroma: una mezcla de sexo y sudor con su fragancia dulce. Era la combinación perfecta.

Ella me rodeó los hombros con los brazos, abrazándome con un apretón lo suficientemente firme como para ser cómodo e indoloro.

“Te amo, Amelia”, susurré besándole toda la cara. Los ojos, la nariz, las mejillas, las orejas, todo.

“Me hizo cosquillas”, dijo Amelia con una risita, la cual me llenó de calidez en el pecho.

Nos abrazamos en un silencio apacible mientras yo acariciaba lentamente su piel.

“Por cierto”, Amelia se incorporó de repente para mirarme. “¿Cómo has entrado en mi apartamento?”

Sus pechos desnudos y prominentes estaban en mi cara, distrayéndome de la pregunta que acababa de hacerme. Amelia se fijó en mis ojos y me dio una palmada en el hombro.

“Perverso”, ella murmuró, usando las sábanas para cubrirse el cuerpo.

Yo me reí.

“Melody me dio tu dirección”, respondí a su pregunta antes de cernirme sobre ella y besarle el cuello.

“Me desperté confundido, pensando que alguien había entrado. Me imaginé a un ladrón psicópata que, en lugar de robar, había decidido limpiar y cocinar para mí, especialmente al ver tus vaqueros en el salón”.

Me reí entre dientes.

“Necesitaba hablar contigo y me preocupé cuando no apareciste en el trabajo. Así que decidí preguntar a Bryce si sabía algo de ti”.

“¿Hablaste con Bryce?”, preguntó, sorprendida.

“Sí”.

Ella me miró con desconfianza, y yo me eché a reír de nuevo.

“No hubo pelea ni nada parecido”, aclaré. La vergüenza me invadió al recordar el incidente en el centro comercial. “Le pedí disculpas, solo hablamos y me dio algunos consejos sobre relaciones. En realidad, es un tipo bastante tranquilo. No lo considero como para ser mi mejor amigo, pero está bien”.

Amelia se rio. “Me alegro”.

Me di cuenta de lo contenta que estaba. Sus ojos brillaban y tintineaban.

“Entonces le pedí a Melody tu dirección. Cuando llegué, llamé a la puerta, pero no respondía nadie. Me entró el pánico”.

Se me oprimió el pecho al recordar lo asustada que había estado.

“Pensé que había ocurrido algo muy malo. Finalmente entré con la ayuda de la seguridad, sólo para verte desmayada en el suelo”.

Amelia hizo una mueca de dolor.

“Tenía fiebre y pensé que desaparecería por sí sola esa mañana, así que decidí echarme una siesta en el sofá. Pero me sentía cada vez peor y no tenía fuerzas ni para levantarme. Me rendí al cansancio con la esperanza de sentirme mejor al despertar. Incluso olvidé decirle a mi trabajo que estaba enferma. Lo siguiente que recuerdo es despertarme con el olor del desayuno”, terminó sonriendo.

“No sabía que sabías cocinar”, dijo ella, y yo me encogí de hombros.

“Ser padre implica saber hacer al menos una comida sencilla”.

Amelia saltó de la cama con rapidez.

“¿Y Milly? ¿Con quién está?”

Sonreí ante su ternura. “Tranquila”, le respondí entre risas. “Melody está de niñera. Tenemos todo el día para nosotros”.

Ella suspiró y volvió a relajarse en la cama.

“¿Qué hechizo usaste con ella? No paró de hablar de ti durante todo el fin de semana. Me estaba volviendo loco”.

Amelia se rio. “Esa pregunta debería hacértela yo. ¿Qué encanto han usado los Callahan conmigo? ¿Cómo es que me he enamorado de todos los Callahan que he conocido?”

Sonreí, abrumado por la situación. Sin saber qué decir, volví a besar el cuello de Amelia.

En ese momento, el sonido de mi teléfono interrumpió el momento. Lo ignoré, acercándome más a su suave cuerpo y deslizando mis besos hacia su vientre.

“Luke...”, jadeó Amelia, y sentí que me endurecía nuevamente.

Pero el timbre del teléfono seguía sonando sin parar.

“¿No vas a contestar?” preguntó Amelia mientras le daba un beso en el ombligo.

“No”, respondí.

Ella se rio entre dientes antes de ponerme las dos manos en el hombro y apartarme.

“Deberías contestar. Tengo la sensación de que es importante”.

Con un gemido, me bajé de la cama y localicé el teléfono en el sofá de su habitación.

El identificador de llamadas indicaba que era mi secretaria. Contesté al teléfono y me lo puse en la oreja.

“Acabas de interrumpirme en algo muy importante”.

Amelia sonrió satisfecha y se apartó de la cama, y casi gruño al verla ponerse la ropa.

“Le pido disculpas, señor. Pero se suponía que hoy tenía una reunión con el alcalde”.

¡Joder, joder, joder!

Lo había olvidado por completo.

El alcalde quería que el rancho se encargara de suministrar carne a su hotel. Se suponía que hoy debíamos ultimar la reunión, pero se me había olvidado por completo.

“¿A qué hora estaba prevista?”

“A las 11 de la mañana, señor”.

Miré la hora. Ya eran más de las diez.

“Vale, iré lo más rápido que pueda”.

“Déjame adivinar, ¿deberes laborales?”, preguntó Amelia. Yo asentí.

“No quiero separarme de ti, pero es una reunión muy importante”.

Se puso delante de mí y me dio un beso en la mandíbula. “No pasa nada. Probablemente yo también debería ir a trabajar”.

“Aún te estás recuperando y necesitas descansar. Un día libre no importará”.

“Tampoco fui a trabajar la semana pasada después del incidente en el centro comercial. Así que son dos días libres”.

“Sigue siendo lo mismo, necesitas todo el descanso posible”, dije.

“De acuerdo”.

El corazón me dio un vuelco mientras la miraba, yo no quería irme.

“Prepárate. Quiero llevarte a cenar esta noche”.

Una gran sonrisa iluminó su rostro.

“En lugar de una cena como Dios manda, deberíamos comer algo rápido. Hace meses que me apetece una hamburguesa”. Ella parecía muy emocionada, y eso me alegró.

“De acuerdo. Te recogeré a las siete”.

***

Mi corazón se aceleró cuando la puerta se abrió de golpe y vi a Amelia con unos vaqueros, una camiseta blanca de tirantes y zapatillas de deporte. Llevaba el cabello suelto hasta la cintura y estaba ligeramente maquillada.

A pesar de lo sencillo de su atuendo, estaba radiante sin esfuerzo, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no cerrar la puerta tras nosotros y desvestirla de inmediato.

Sentí un nudo en la garganta cuando le entregué el ramo de rosas que había comprado en el camino a su apartamento.

“Son preciosas, Luke”, jadeó. “Gracias”.

La tomé del brazo y la conduje hasta mi coche, el mismo con el que la recogí en el aeropuerto. Nunca imaginé que lo usaríamos de nuevo para una cita.

“¿Sabes lo sexy que es este coche?”, dijo Amelia de repente durante el trayecto.

“¿Qué?”, me reí entre dientes.

Ella asintió. “Cuando me recogiste en el aeropuerto y vi el coche, me enamoré”.

“¿Te enamoraste de mí por el coche?”

“No. Primero me enamoré del coche”, ella se rio.

Sacudí la cabeza fingiendo molestia, pero una sonrisa jugueteó en mis labios.

Llegamos al McDonald's y nos sentamos en una mesa en la esquina, cerca de la ventana, lo cual nos ofrecía más intimidad.

“¿Qué les sirvo?”, preguntó el camarero.

Después de tomar nota de nuestros pedidos, el camarero regresó con la comida en unos minutos.

“Jackson es muy hermoso. Siempre me sorprende”, dijo Amelia mientras devoraba su hamburguesa.

“Hay dos tipos de personas: las que odian el campo y creen que la ciudad es mejor, y las que adoran la naturaleza y el campo”.

“Nueva York es demasiado ruidosa. Creo que soy demasiado mayor para esa vida”.

“Te esfuerzas mucho para hacer que él guste de ti, ¿verdad?”, interrumpió una voz de repente.

Nos giramos sorprendidos para ver a Francesca de pie cerca de nuestra mesa.

Amelia se rio. “¿Funciona, verdad?”

Francesca sonrió, y reconocí esa sonrisa. Era la que ponía cuando estaba a punto de causar problemas.

“Francesca, ¿qué haces aquí?”, pregunté, interrumpiendo el intenso intercambio de miradas entre ella y Amelia.

Francesca se rio, y por un momento pareció un poco fuera de sí.

“Este es un espacio público, Lukey. Vine a comprar unos bocadillos para una amiga y te vi con... ella. Solo pasé a saludarte”, ella sonrió pero su expresión era falsa.

“Además, no puedo creer que estés saliendo con esa chica barata de ciudad. No merece estar cerca de ti”.

“¿Cómo me has llamado?”, preguntó Amelia, levantándose de su asiento y acercándose a Francesca. Me apresuré a detenerla para evitar una confrontación.

Intenté contener mi ira al ver la sonrisa de satisfacción en los labios de Francesca. Sabía que tenía un plan, y yo no iba a permitir que lo llevara a cabo.

“Francesca”, la llamé con firmeza.

Ella se volvió hacia mí, y aproveché el momento para continuar: “No sé cuál es tu plan, si volver a Jackson o estar aquí ahora mismo, pero quiero que te detengas. Deja de intentar venir al rancho y deja de intentar llamarme. Para todo esto y sigue adelante. No quiero hablar contigo, no quiero verte y ni siquiera quiero saber de ti. Ya bloqueé todos tus números. Ah, y lo más importante, nunca intentes acercarte a mi chica”.

El dolor se reflejó en los ojos de Francesca mientras veía cómo sostenía a Amelia en mis brazos.

“Te quiero, Luke. Sé que cometí un error…”

“Ya hablamos de esto”, respondí con frialdad. “Tú te disculpaste, yo me disculpé. Eso es todo. He cerrado ese capítulo y ya seguí adelante con mi vida, Francesca. Estoy enamorado de otra persona. Nunca estaré contigo. Ya lo he dicho todo. Ahora, déjanos en paz a Amelia y a mí”.

Mi voz era dura y lo suficientemente fuerte como para atraer la atención de los que estaban cerca. El rostro de Francesca se sonrojó de vergüenza antes de darse la vuelta y alejarse rápidamente.

"¿Estás bien?", le pregunté a Amelia, volviéndome hacia ella.

Ella sonrió con un toque de burla. "Nunca he estado mejor. Gracias por contenerme; quería darle un puñetazo en la cara".

Suspiré antes de besarle la frente. "¿Cuándo te volviste tan violenta? Creo que soy una mala influencia para ti".

Sus brazos rodearon mi torso, y sentí cómo mi corazón se llenaba de calidez.

"Mmhm. Bueno, tú eres la única mala influencia que quiero".

***

# EPÍLOGO

*Amelia*

“Ojalá pudiera ir con ustedes”, gimoteó Milly, haciéndome reír.

Luke se puso en cuclillas a su altura. “Pero acabamos de volver de tu viaje de cumpleaños la semana pasada”.

Ella refunfuñó, cruzando los bracitos sobre el pecho. “No existen límites para los viajes que yo puedo hacer”.

Me quedé mirando, mientras Luke sacudía la cabeza con una sonrisa en los labios.

“Volveremos antes de que te des cuenta”, le dije por fin, cogiendo su mano entre las mías.

Ella seguía sin parecer contenta. “Estoy enfadada contigo. Papá te está robando y tú se lo permites”.

Sonreí, inclinándome para besarle la frente.

“Te prometo que cuando volvamos, pasaré la noche en tu habitación durante tres días”.

“Dos semanas”.

“Cinco días”.

“Una semana”.

“Bien. Una semana”. Me reí al ver su sonrisa. Había conseguido exactamente lo que quería.

“¿Ya estás contenta?”, refunfuñó Luke, a lo cual ella asintió.

“Sí. Ya se pueden ir los dos. Tengo a la tía Melody para que me haga compañía”.

Luke soltó una carcajada antes de levantarse.

“No te irás de mi cama”, él me susurró al oído.

“Pero me tendrás todo el fin de semana”.

“Me da igual. No voy a compartirte con mi hija”.

Me reí antes de apretar un beso contra sus labios.

“¡Qué asco!”

Luke y yo nos reímos. Volvió a agacharse ante ella y tiró de su pequeño cuerpo hacia sí.

“Te amo”, le besó la frente y le hizo cosquillas en los costados.

Ella soltó una sonora risita, mostrando sus hoyuelos.

“Yo también te quiero. También a ti, Amelia”.

Me entró calor en el pecho.

“Yo te quiero más, cariño”.

Había pasado un año desde el primer día que conocí a Luke, y muchas cosas habían sucedido. Nos peleamos, nos besamos, hicimos el amor, volvimos a pelearnos y finalmente, comenzamos una relación. El proyecto del rancho se completó con éxito, y mientras Bryce regresaba a Nueva York, yo me quedé en Jackson. La compañía estaba construyendo una sucursal más pequeña aquí, y me eligieron como gerente.

Luke y yo planeamos una escapada de fin de semana a su aislada cabaña en las montañas. Llevaba mucho tiempo hablándome de ese lugar, pero nunca había podido ir porque siempre estábamos ocupados. Sin embargo, esta vez, cuando él lo mencionó, decidimos ser impulsivos e ir sin más, a ver qué sucedía, aunque solo fuera por un fin de semana.

Luke cargó nuestras maletas en el maletero de su coche, lo cual me recordó al día en que me recogió en el aeropuerto. El tiempo había pasado, y ahora las cosas eran diferentes.

Sonreí cuando me abrió la puerta del copiloto. Nos despedimos de Milly y Melody, que nos saludaron desde el patio delantero.

Al salir del rancho, mi emoción crecía sin control. Mientras Luke conducía, yo miraba por la ventanilla, y la expectación llenaba el aire mientras dejábamos el pueblo atrás y nos adentrábamos en un paisaje cada vez más hermoso.

El sol brillaba, se filtraba por la ventanilla del coche y acariciaba mi piel. El viento alborotaba mi cabello, y estiré la mano fuera de la ventanilla, disfrutando de cómo la fuerza de la brisa la empujaba hacia atrás.

“¡El clima es perfecto! ¡Tú eres perfecto! ¡Todo es perfecto!”, grité con una voz alegre y llena de vida.

Escuché la risa de Luke mientras su mano apretaba mi muslo

“Me encanta lo feliz que eres. Es contagioso”, dijo él.

Me giré para mirarlo. “Tú me haces feliz”, le respondí.

Él tomó mi otra mano, que descansaba sobre la consola central, y presionó sus labios contra ella.

“Nunca me había dado cuenta de cuánto disfruto los viajes por carretera hasta ahora. Los aviones son muy aburridos. Parpadeas y de repente ya estás en tu destino. Además, lo único que puedes ver son nubes monótonas”.

Luke volvió a reírse.

“Para mí, era todo lo contrario. Cuando era más joven, pensaba que lo más emocionante era subir a un avión. Y lo curioso es que mis padres podían conseguir fácilmente un jet privado si querían, pero les gustaba más la vida sencilla”.

Sonreí, imaginando cómo sería eso.

“Melody y yo solíamos bromear sobre lo impacientes que estábamos por dejar el rancho, pero ahora no me imagino viviendo fuera de él. Es donde imagino que nuestros hijos crezcan”.

*Nuestros hijos.*

Sonreí, me encantaba cómo sonaba.

Luke conectó el bluetooth al sistema de audio del coche y empezó a sonar Softcore, de The Neighborhood. Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras la música nos envolvía. El tiempo parecía disolverse mientras me transportaba a otro mundo.

La carretera abierta se extendía ante nosotros, y mi excitación aumentó de nuevo mientras nos adentrábamos en el campo.

“Vaya”, jadeé.

“Ni siquiera hemos llegado allí todavía”.

La carretera nos condujo a un camino asombroso, con colinas y árboles altísimos que se extendían en todas direcciones. Nos rodeaba una vegetación exuberante y, a medida que nos adentrábamos en las montañas, el paisaje era aún más impresionante. La carretera nos llevaba cada vez más alto, ofreciendo atisbos de cascadas y ríos por el camino.

El tiempo parecía detenerse mientras nos acercábamos a nuestro destino. Finalmente, la vi. La cabaña, escondida entre los altos pinos, apareció ante nosotros. Era una acogedora casa de madera que irradiaba un encanto rústico, perfectamente integrada en su entorno natural. Una sensación de paz me envolvió cuando Luke aparcó el coche y salió.

El aire era vigorizante y refrescante, con aroma a pino y tierra. Bajamos las maletas y nos dirigimos hacia la puerta principal, mientras mi emoción aumentaba a cada paso. El porche de madera de la cabaña nos dio la bienvenida y traté de contenerme mientras Luke abría la puerta.

Dentro, nos recibió un espacio cálido y acogedor. De nuevo, al igual que el rancho, la cabaña era una mezcla perfecta entre lo antiguo y lo moderno. El salón tenía una chimenea crepitante,

cómodos sofás y grandes ventanales que enmarcaban impresionantes vistas de las montañas. Luke me observó mientras recorría la casa con la boca abierta.

"¿Tú construiste este lugar?", pregunté al entrar en la cocina y apoyar la mano en la encimera de mármol.

Oí sus pasos antes de sentir sus brazos alrededor de mi pequeño cuerpo.

"Luke", jadeé mientras me acariciaba el cuello. "Te he hecho una pregunta..."

"Sí. Lo construí cuando estaba... pasando por muchas cosas. Fue una buena distracción", me besó el cuello. "Pero no hemos venido aquí para que babees por la casa".

Un grito salió de mis labios cuando me levantó, llevándome al estilo nupcial mientras subía las escaleras.

"¡Luke, bájame!", chillé mientras rebotaba en sus brazos.

Nuestras risas resonaron por toda la casa, haciendo eco en las paredes. Mi mano rodeó su cuello mientras él abría una puerta de una patada y me arrojaba sobre una suave cama. Luego hizo lo mismo, se hundió en la cama conmigo y me repartió besos por toda la cara.

"Luke, me haces cosquillas", me reí mientras él me rozaba el cuello con los dientes.

Por fin dejó de torturarme, se desplomó en la cama y apoyó su peso en el codo para mirarme. Me volví para acariciarle la cara con las manos.

"¿Cómo descubriste este lugar?", pregunté suavemente. "Es muy hermoso y casi... irreal".

Solté una risita cuando me agarró la mano y se metió los dedos en la boca.

"Mis padres estaban obsesionados con el senderismo. Solíamos ir a distintas montañas casi todas las vacaciones. Esta en concreto era mi favorita".

Me encantaba escuchar historias de su infancia. Me hacían desear poder retroceder en el tiempo y vivir esos momentos. Me imaginaba a Luke cuando era pequeño, escalando montañas con sus padres y su hermana menor.

"¿Te encantó?"

Él asintió con la cabeza. "Me encantó, pero a Melody no tanto. Ella prefería quedarse a dormir y tomar el té con sus amigas que escalar montañas y hacer senderismo".

Lo escuché y él continuó.

"Es una tradición que quiero transmitir a mis hijos. Quiero construir cabañas en todas las montañas que visitamos".

Sonreí cuando sus ojos se clavaron en los míos.

"¿Hijos, dices?" bromeé.

"Sí, hijos. Cuando nos casemos", bajó para besarme el estómago.

Olvidé la conmoción que me causaron sus palabras cuando me quitó los pantalones y empezó a besarme la parte interior del muslo.

“Luke”, jadeé cuando me mordió un punto.

Me miró con los ojos encapuchados. “Se me acaba de ocurrir que nunca he practicado sexo en esta casa”.

Gemí mientras sus besos se acercaban a mi entrepierna.

“¿Qué te parece? ¿Deberíamos bautizar la casa?”

Me mordí el labio mientras sentía cada vez una mayor excitación.

“Creo que deberíamos”.

Y así lo hicimos.

***

La noche era perfecta: una brisa suave traía el dulce aroma de las flores silvestres y el cielo estaba adornado con estrellas centelleantes. Estábamos en un lugar apartado, fuera de la cabaña, con una manta extendida sobre la hierba. La luna proyectaba un resplandor tenue, creando una atmósfera romántica.

“Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre”, murmuré mientras Luke me ofrecía una patata frita cubierta de mermelada de fresa.

La manta de picnic estaba llena de una variedad de alimentos, desde cruasanes hasta fresas. No me importaba que estuviéramos haciendo un picnic por la noche; simplemente me sentía bien.

“Podemos, si quieres”, dijo Luke.

Resoplé y me volví hacia él. “Eso es poco práctico, y lo sabes. ¿Vivir en las montañas? Es como estar lejos de la civilización”.

Cuando intentamos hablar con Milly y Melody por FaceTime, el servicio había sido tan malo que solo pudimos hacer una llamada telefónica normal.

Luke se rio entre dientes. “Tienes razón. Solo quiero hacer realidad todas tus fantasías”.

Sentí un nudo en el corazón y lo abracé, dejándolo caer al suelo.

Él se rio mientras yo lo besaba por todas partes.

“Tienes razón. Esto hace cosquillas”, dijo, riendo.

Me detuve para mirarlo a los ojos, llenos de amor. Mi corazón latía con fuerza, mareada y cálida al mismo tiempo. No podía apartar la mirada de sus ojos ni de su hermoso rostro. Su sonrisa se ensanchó al mirarme, y la luz de la luna brilló en sus dientes perfectos.

“Te quiero mucho”, murmuré.

Él dijo, “Hay algo en mi bolsillo. Por favor, sácalo”.

Rocé intencionadamente su entrepierna con la mano antes de meterla en el primer bolsillo.

“¿Este?” susurré, y él se rio.

“Sí”.

Metí la mano y toqué algo pequeño y sólido. Lo saqué y vi una cajita de terciopelo. Mi corazón dio un vuelco y me temblaron las manos, haciendo que la caja se cayera.

Luke la recogió y la abrió, revelando el anillo de diamantes más hermoso que jamás había visto.

“¡Dios mío!” exclamé.

“Tienes que soltarme, Amelia. Tengo que arrodillarme”.

Una lágrima se escapó mientras me inclinaba hacia atrás sobre la manta. Su voz estaba cargada de emoción cuando habló de nuevo.

“Desde el primer momento en que nuestros caminos se cruzaron, supe que tú eras la pieza que faltaba en mi vida. Tú completas mi mundo, Amelia. Cada día a tu lado me hace enamorarme aún más de ti. Siempre que imagino mi futuro, es contigo en él”.

Me tapé la boca con la mano, tratando de contener el sollozo que amenazaba con salir.

Luke sonrió, y pude ver las lágrimas no derramadas en sus propios ojos.

“¿Quieres ser mi esposa, Amelia? ¿Crear una familia conmigo, vivir y envejecer a mi lado?”

Lágrimas de alegría corrieron por mi rostro mientras asentía, apenas capaz de encontrar la voz.

Él deslizó el anillo en mi dedo y este centelleó bajo la luz de la luna.

“Te amo mucho”, dijo mientras me abrazaba.

“Yo también te amo, y cada día más”, respondí.

Nos abrazamos con fuerza mientras el mundo a nuestro alrededor parecía desvanecerse, dejándonos solo a nosotros dos. Estábamos bajo el manto de estrellas con nuestras almas entrelazadas.

**FIN**

# Vista Previa

Si te ha gustado “ *La Tentación del Vaquero Multimillonario*”, prepárate para un viaje aún más tórrido con “*La Falsa Prometida del Vaquero Multimillonario*”.

**Entonces, el guapísimo vaquero multimillonario a quien abofeteé en el club anoche no solo es mi vecino, sino también mi prometido ficticio, ¡y ahora *vivimos* juntos!**

Vaya, somos completamente opuestos.

Sin mencionar que este padre soltero es el hombre más gruñón que conozco.

Después de que una tormenta dañara mi casa, su propuesta para ser su prometida ficticia con el fin de asegurar un negocio se convirtió en una oferta que no pude rechazar.

Al verlo con su hija, logro descubrir el corazón tierno que se oculta tras su apariencia ruda.

Además, sus penetrantes ojos esmeralda y su cuerpo de acero están distrayéndome de nuestro acuerdo comercial.

Ahora, no puedo dejar de desearlo. Sin embargo, él me oculta un secreto.

Nuestra relación de mentira enciende una pasión innegable, llevándonos a momentos ardientes que no podemos ignorar.

Mientras navegamos por esta complicada historia de amor, el drama externo y la presión familiar ponen a prueba nuestro vínculo.

**¿Podremos superar nuestras diferencias y encontrar el verdadero amor en medio del caos?**

**Sumérgete en esta intensa y ardiente travesía de pasión y resiliencia con River y Alana.**

Capítulo Uno

*Alana*

*“Srta. Alana Stiles, si sus notas bajan más, lamentamos informarle de que ya no podrá optar a nuestra beca”.*

Vivian chasqueó los dedos frente a mí y yo parpadeé, volviendo a la realidad, mientras las palabras que resonaban en mi cabeza se desvanecían.

"Alana, ¿estás bien?"

*No, no lo estoy.*

Vivian me miró a la cara y me abrazó tan fuerte que casi no pude respirar por un segundo, y mucho menos pensar en el circo que era mi vida ahora mismo. Su voz era tranquila y tranquilizadora junto a mi oído.

"Todo va a ir bien. Puedes quedarte aquí un par de días".

Me aparté del abrazo y la miré. Con su pelo oscuro ondulado, sus hermosos ojos azules y sus rasgos casi querúbicos, mi mejor amiga era angelical, pero distaba mucho de ser práctica.

"Meredith volverá mañana", le recordé. Meredith era su compañera de piso y una especie de mini tirana. Ella nunca consentiría que yo les quitara espacio.

Vivian hizo una leve mueca de dolor, pero no se desanimó. "Podrías quedarte en mi habitación", sugirió, a lo que yo negué inmediatamente con la cabeza porque no sabía qué más hacer o decir. Era imposible hacer cambiar de opinión a Vivian Milton. Pero, de nuevo, por eso nos compenetrábamos tan bien. Con su naturaleza implacable y mi bravuconería sin parangón, nos complementábamos a la perfección.

"He sido una tonta". Se me quebró ligeramente la voz al pronunciar estas palabras, mientras mi mente me llevaba de vuelta a lo que yo había calificado como mi lucha interminable.

Vivian me acarició las mejillas y sus amables ojos se encontraron con los míos. "No, sólo estabas pasando una mala racha. Te pondrás bien".

*¿Una mala racha? Más bien un año duro.*

Mi novio de casi cuatro años había terminado conmigo, lo que me hizo perder la concentración durante los exámenes y poner en peligro mi beca. Para colmo, al regresar hoy de una reunión en la universidad donde me explicaron los motivos por los cuales podía perder la beca, encontré mis cosas fuera de mi apartamento.

Parece que mi compañera de piso, Bella, se olvidó de pagar el alquiler de los últimos dos meses y había estado recibiendo llamadas y correos electrónicos del propietario. De alguna manera, logré adelantarle a Bella mi parte del alquiler de seis meses, además de cubrir los servicios y otras facturas. Bella era la encargada de hacer los pagos al propietario. Ella había vivido en el piso mucho antes que yo, y me mudé allí después de que su antigua compañera de piso se fuera. Tras mi llegada, Bella y yo vivimos juntas durante un año, pero en realidad no la

conocía bien. Resulta que no solo se llevó el dinero de mi alquiler, sino también al menos media docena de "préstamos" que había recibido de otros amigos.

Vivian apretó los labios con el ceño fruncido y se cruzó de brazos. "Veo esa mirada en tus ojos, Lana. Deja de castigarte por ello".

Pero no podía dejar de hacerlo. Yo era lista. Siempre tenía que serlo. No me dejaba engañar tan fácilmente.

Vivian enganchó mi brazo en el suyo y tiró de mí hacia su lado de la habitación antes de abrir de par en par su armario con una sonrisa traviesa.

"¿Qué te parece si salimos esta noche, nos soltamos la melena y nos relajamos un poco?"

Se me escapó una pequeña carcajada por primera vez desde que supe que no tenía casa. "¿Quieres que nos emborrachemos en una noche universitaria?"

Vivian levantó el dedo índice. "En primer lugar, somos estudiantes de maestría, así que no seas tan seria". *Gracias por la aclaración*. Luego levantó el dedo corazón para unirlo al índice. "En segundo lugar, mañana sólo tenemos una clase".

*Ya. La del nuevo profesor malo del que todo el mundo se quejaba.*

Luego levantó también el dedo anular con una sonrisa apesadumbrada. "En tercer lugar, ¿desde cuándo tomamos decisiones sensatas?"

Me encontré sonriendo junto con Vivian. Todos esos puntos eran buenos, pero la idea seguía siendo muy mala. Aun así, me resultaba muy difícil decir que no cuando se trataba de ella. Además, dudaba que tuviera elección, lo más probable era que Vivian atara mi cuerpo a una bolsa y me llevara hasta allí si me negaba.

"Me apunto".

Llevaba dos horas en el club nocturno y ya iba por la quinta copa. La música era tan ensordecedora que no podía ni escuchar mis pensamientos. Las luces se veían algo borrosas, mi vestido me apretaba, estaba sudada, y necesitaba ir al baño. Urgentemente.

"Ahora vuelvo", le grité a Vivian, que estaba en la barra. No estaba segura de si me había escuchado, pero me hizo un gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba. Avancé a trompicones entre la multitud hasta llegar a la periferia, donde la música era un poco más suave. De repente, alguien me agarró del brazo y me obligó a detenerme.

Me volví y me encontré con un chico de fraternidad, con el pelo cortado a tazón y una sonrisa lisonjera.

"Bombón, deja que te invite a una copa", me dijo.

Miré su mano sudorosa en mi brazo y sentí la intensa necesidad de echarle mi bebida en la cara. Acababa de darme cuenta de que seguía aguantando, pero no creía que mi vejiga pudiera esperar a la discusión que vendría después. Así que tomé la decisión menos catastrófica.

Me separé de su brazo de un tirón. “Ya tengo una copa. Búscate una mejor frase para ligar”.

Oí risitas y me fijé en el grupo de chicos con los que debía de haber venido, y en la expresión avergonzada y silenciosamente furiosa que tenía en la cara el chico de la fraternidad, antes de darme la vuelta y dirigirme al baño.

Este club tenía que empezar a tomarse en serio los controles de identidad. O había que buscar un club mejor para ir de fiesta.

Cuando llegué al baño, había cola. Una cola de verdad.

Me quedé lo más quieta posible, pensando en postres secos mientras esperaba mi turno. Cuando por fin llegó mi turno y terminé de hacer mis necesidades, el mundo ya no estaba borroso y mis pasos eran más firmes al salir del baño.

Pero no debía de estar lo bastante sobria, porque hice lo único que no debía. Llamé a mi ex, Jake.

Jake era todo lo que yo quería. Despreocupado, fiable y seguro. No teníamos una química excepcional, pero estábamos bien.

Hasta que todo terminó. No sabía exactamente cuándo ni cómo se habían roto las cosas, pero ya no encajábamos. Quizá porque yo no estaba lista para sentar cabezas y él sí, o tal vez porque, como dijo Vivian, nunca fuimos el uno para el otro desde el principio.

Aun así, seguía extrañándolo. Había sido la relación más larga en la que había estado, y me resultaba difícil adaptarme a la soltería después de haber compartido tanto tiempo con alguien.

Respondió al teléfono tras varios timbrazos. “Hola”. Su voz, profunda y seductora, me provocó escalofríos.

“Hola”, contesté, sintiéndome como una niña enamorada. Sabía que era una tontería, pero estaba demasiado borracha para colgar. “Solo quería hablar un rato”.

A Jake no pareció importarle. Siempre encontraba tiempo para mí, y por eso me costaba tanto dejarlo ir. “Claro, ¿de qué quieres hablar?”

Mi mente se quedó en blanco. “Yo... yo...” Lo que iba a decir, o mejor dicho, lo que no iba a decir, fue interrumpido por una risa femenina que escuché de fondo.

¿Acaso él estaba con alguien?

Sentí un frío recorrerme el cuerpo. “No importa, buenas noches”. Colgué de inmediato, sin esperar a que dijera nada más. Estaba tan enfadada que temblaba, aunque quizás también fuera

por el alcohol.

Hacía un mes que habíamos roto. ¿No era demasiado pronto para que él siguiera adelante? No estaba segura. Volví hacia el club, sintiéndome más malhumorada que antes de venir aquí. Demasiado para soltarme la melena.

Quería irme a casa, sentarme en una bañera durante horas con una copa de vino y sentir lástima de mí misma. Pero eso no ocurriría porque ya no tenía apartamento y, pasara lo que pasara, nunca volvería a quedarme en casa de mi abuela Hermione. Jamás. Esta guardaba demasiados recuerdos de mi madre y de la época en que murió, y no podía seguir torturándome con ellos por el momento.

No tenía dónde dormir, pero iba a estar bien. Me las arreglaría, como siempre.

Cuando llegué a la pista de baile, noté que algo extraño estaba ocurriendo. La música seguía sonando y la gente continuaba bailando, pero muchos miraban hacia una sección específica de la pista, peligrosamente cerca de donde había dejado a Vivian.

Mientras me abría paso entre la multitud, capté fragmentos de conversaciones, acelerando mi ritmo lo más que podía.

"¿Qué está pasando ahí?"

"Sólo es una chica borracha".

"Él le ha tocado el trasero o algo así".

"Vamos, hombre, es un club. ¿Qué esperabas?"

Esa última frase me enfureció. Normalmente, me habría detenido para darle una lección a quien la dijo, pero no podía detenerme hasta asegurarme de que Vivian estuviera bien. Y entonces, mis peores temores se confirmaron al escuchar la voz airada y elevada de Vivian.

"¡Sé que cuando un hombre me toca, no estoy borracha ni exagerando!", gritó, y por fin pude verla con su vestido rosa intenso. Delante de ella estaba un hombre que no pude evitar notar, con la mano extendida como si quisiera detenerla. Por un momento, al ver su rostro, olvidé por qué estaba allí.

Incluso bajo las luces de neón que cambiaban constantemente, era increíblemente guapo. Las luces resaltaban su cabello negro como la tinta, su mandíbula marcada y sus ojos oscuros, serios y conmovedores.

Era el tipo de hombre atractivo que sabías que nunca podrías tener, pero por el que suspirabas de todas formas. Me pregunté qué hacía en un lugar como este. Por otro lado, la ira de Vivian parecía dirigida hacia él, así que tal vez encajaba bien.

¿Por qué las personas malas rara vez lucen como los demonios que esperas?

Sacudí ese pensamiento de mi mente y me concentré en el desconocido.

Incluso su voz era sorprendentemente grave y sensual cuando respondió a Vivian: “No he dicho que lo fueras, pero...”

No pudo terminar su frase, porque intervine para ayudar a mi amiga.

“Las mujeres siempre exageran, ¿verdad?” Lo fulminé con la mirada, abriéndome paso entre la multitud hasta mi amigo. Vi la ligera confusión en su cara mientras intentaba procesar quién era yo. Imbécil.

Probablemente pensó que Vivian estaba sola y quiso aprovecharse de la situación. Lamentablemente para él, ese fue su error de la noche. Me acerqué y me coloqué frente a Vivian, mirando con firmeza, aunque su rostro tan hermoso hacía que fuera difícil mantener el enojo.

Sentí que Vivian me tiraba del brazo. “Alana”. Su tono ligeramente preocupado me hizo darme cuenta de que había notado mi enfado y trataba de detenerme antes de que hiciera algo de lo que me arrepintiera. Pero nadie toca a mi amiga y la ridiculiza cuando se queja.

El agresor, molesto y atractivo, hablaba con una voz ridícula, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no mostrar lo afectada que estaba. “No estoy seguro de quién eres, pero parece que hay un malentendido...”

Me solté de Vivian y me acerqué a él, lista para enfrentar a alguien que parecía poder cargarme con una mano.

“Entiendo perfectamente lo que está pasando”.

Él debe ser uno de esos hombres que se sienten con derecho a maltratar a una mujer por cómo se viste, baila o incluso respira.

“Crees que está bien tocar a una chica sin su consentimiento solo porque estás en un club, ¿verdad?”

“¿Qué?” Su mirada de confusión parecía tan genuina que casi le creí. Casi.

“Alana, espera...”

Vivian sonaba preocupada, y yo sabía que era por mi seguridad, pero estaría bien. Me había enfrentado a hombres más grandes y peligrosos.

Di otro paso hacia él y, al estar tan cerca, noté que sus ojos eran de un gris frío, no negros, y que olía muy bien. Maldita sea, ¿por qué tenía que ser tan guapo?

“No, Vivian. Creo que es necesario darle una lección. Los hombres como tú son patéticos. ¿Crees que puedes cosificar a las mujeres y aprovecharte de ellas solo por tu apariencia?” Le di un empujón en el pecho, y él retrocedió un paso, más por la sorpresa de mi audacia que por mi fuerza real.

Estaba a punto de golpearlo de nuevo, considerando quitarme los tacones para hacerlo más efectivo, cuando sentí que Vivian me rodeaba la cintura, tirando de mí hacia atrás.

"¡Alana, para!" Luché contra su abrazo. Vivian era demasiado amable. Pero por eso me hacía hacer el trabajo sucio. Había que dar un ejemplo a hombres como él para que no repitieran sus acciones con otras personas.

"¡Suéltame, Vivian!" grité, pero sus brazos seguían firmes.

"Ni hablar. Escúchame primero. No es lo que piensas".

Sí era lo que pensaba. No iba a dejar que se saliera con la suya solo porque ahora éramos el centro de atención. Continué mirando al desconocido que me observaba entretenido, con los labios ligeramente separados y perfectamente deseables, y sentí cómo se me revolvía el estómago.

Sí, lo miraba mientras planeaba en silencio su castigo por intentar molestar a mi amiga. Eso se llama ser multitarea.

"No intentes detenerme, Vivian. Voy a darle una paliza y luego lo denunciaré". Si intenta devolverme el golpe, será más fácil atraparlo.

Vivian se rio con desprecio y su voz se escuchó llena de desaprobación. "Te lo ruego. Él no ..."

Sus palabras quedaron cortadas por un apagón repentino de la música.

El club se llenó de murmullos de frustración. Los brazos de Vivian se relajaron alrededor mío, y mi mano ya había alcanzado la cara del desconocido cuando una voz firme sonó a través del sistema de sonido.

"¡Policía! Que todos se queden dónde están".

¿Qué demonios hacía aquí la policía?

No olvides buscar La Falsa Prometida del Vaquero Multimillonario, que estará disponible en Kindle Unlimited.¡Sumérgete en esta historia intensa y provocativa que te mantendrá enganchada de principio a fin!